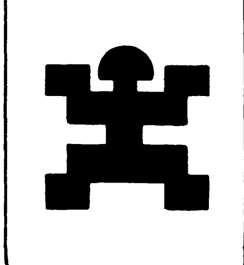
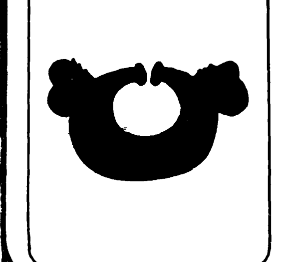
Breviarios Colombianos

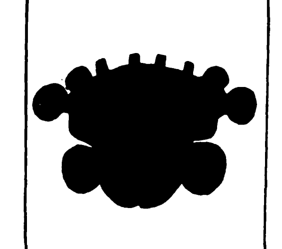
BANDERAS SOLITARIAS

VIDA DE AGUALONGO

Alberto Montezuma Hurtado







BREVIARIOS COLOMBIANOS No. 11

BANDERAS SOLITARIAS

VIDA DE AGUALONGO

Alberto Montezuma Hurtado

Montezuma Hurtado, Alberto, 1906-
Banderas solitarias: vida de Agualongo
Alberto Montezuma Hurtado. — Bogotá: Ediciones
del Banco de la República, 1981.
260 p. - (Breviarios colombianos; No.: 11)

Bibliografía: p. 257-258.

1. Agualongo, Agustín, 1780-1824. 2. Colombia -
Historia - Guerra de Independencia - 1810-1822.
I. Tit. II. Serie.

Clas. Dewey: 923.5861

I N D I C E

"On s'est battu par opinion, par sentiment, par desespoir et non pas par calcul... on n'avait ni but ni même une esperance positive, et les premiers succès ont passé l'attente qu'on avait d'abord conçue.

Madame de La Rochejaquelein"

"Mais là-bas, les roches, les monts, les plaines, la terre demeurent comme imprégnés de l'epopée de 93. Le temps qui efface tout, et jusqu'au souvenir des souvenirs, n'a pas encore aboli celui de tant de foi, de tant de larmes, de tant de sacrifices.

Georges Bordonove, "**La Guerre de Vendée**".

"A la distancia de siglo y medio de los acontecimientos, la figura de Agualongo se ha mistificado por unos, se deprimió por otros, cuando menos se le hizo personaje de leyenda quitándole su realidad histórica. Hoy, al cabo de ese tiempo de odio y de desprecio, de incomprensión y a ratos de olvido, su ciudad nativa lo recuerda como el más grande de sus hijos y le consagra monumentos, y los escritores de criterio amplio, desprovistos de prejuicios, están restableciendo la verdad acerca de ese hombre formidable que en un momento de grave responsabilidad se puso al frente de su pueblo en lucha contra todas las fuerzas desatadas de la revolución, abandonado de la misma España a la que defendía con obstinación y con fiereza; absolutamente solo, pero con fe, lealtad y valor incomparables; con decisión superior a la de todo otro caudillo y con el heroismo de sus gentes, superior también al de otros pueblos en lucha contra su propio destino. Su tierra, la tierra de sus padres, pereció con él; es justo que ahora honre su memoria y la historia, despojada de inútiles patrioterismos, la reivindique para el tiempo y la inmortalidad.

Sergio Elías Ortíz"

PORTICO

Porque la historia de un país no solamente ha de ser el relato y la interpretación de sus hechos y de sus épocas favorables, al mismo tiempo que la presentación elogiosa de sus figuras esenciales o de las más sobresalientes; porque en ella han de tener cabida tanto sus días luminosos como sus jornadas oscuras, por igual sus derrotas y sus victorias; porque, en fin, a ningún historiador se le ha ocurrido soslayar la traición, si la hubo para solo destacar la fidelidad, si igualmente la hubo, por estos y otros motivos de simple razonamiento y elemental equilibrio, ha sido escrito el presente libro, que aparte de evocar la figura obstinada del último gran resistente que sin remisión habría de ser aniquilado por la independencia, recuerda diversas circunstancias de su alrededor, por ejemplo, un colectivo sometimiento a cierta confusa amalgama de la ley y la religión, y sin decirlo expresamente, de alguna

manera conduce al entendimiento de condiciones políticas determinadas y más o menos sensibles todavía en las regiones donde la acción del gran resistente fue tan indomable como infortunada.

Al autor no lo anima intención alguna de hacer comparaciones, de mencionar las horas difíciles de la historia de otros países, y las gentes contradictorias y a veces reaccionarias que o bien se opusieron al tiempo y a su inevitable evolución o bien se agruparon tenazmente bajo las banderas de algún ciego apasionamiento. No considera necesario apelar a tales procedimientos retóricos para respaldar el libro y menos para intentar justificarlo con la presentación de ajenas situaciones. Simplemente cree que el tema conforma otro capítulo de las tradiciones y de los sucesos históricos colombianos y en el fondo su tratamiento viene a ser una especie de homenaje a la libertad de pensar y al derecho a disentir.

En fin de fines, el general de guerrillas pastuso don Agustín Agualongo, tan indiscutiblemente realista como los de su generación que nacieron en España, fue lo que sus hados quisieron que fuera, ofrendó la vida sin un instante de va-

cilación a sus sentimientos, como tantos otros seres humanos a los suyos, y portándose así configuró su propia leyenda en todos sus colores y detalles, hasta en su manera de morir.

AMH

HISTORIA DE UN CONVENTO

Era emocionante travesura estudiantíl subir a la terraza de la Basílica de Jesús del Río, burlando severa vigilancia y desde luego, a espaldas de la disciplina y de sus normas. Primero que todo, nada tenían que hacer en la susodicha y amplia terraza los estudiantes internos del afamado y centenario Colegio de San Felipe Neri, cuyo edificio se alzaba en el inmediato vecindario, y segundo, podía ser una proeza pero era también grave irrespeto invadir sin razón admisible los corredores intermedios entre el Colegio y la terraza, en el piso alto del Convento de los padres del Oratorio, Comunidad ligada durante ciento cincuenta años a la historia de San Juan de Pasto, ciudad que habrá de llamarse así mientras de ella se ocupen estas páginas, porque ese título la pinta y caracteriza tal como era en la época que va a ser rememorada y configura en letras un reflejo de su antiguo espíritu.

Nada distinto de su juvenil inquietud y curiosidad impulsaba a los estudiantes a su atrevida jugarreta, ya que ningún atractivo auténtico habrían de adivinar en la contemplación de los tejados próximos y lejanos de San Juan de Pasto, con las torres sobresalientes de sus iglesias y el fondo de montañas ligeramente azuladas por efectos de la distancia. En realidad, la terraza de la Basílica limitaba sus posibilidades de observatorio, al monasterio de las monjas Concepcionistas o Conceptas, situado en diagonal, en una de las dos esquinas salientes de la plazoleta de Jesús del Río. Con su menor altura, el convento permitía ver desde la terraza una parte del claustro, por donde desprevenidamente solía circular alguna figura monjil, asustada de pronto por las tosecillas, piropos y otras llamadas de atención de los malandrines de la azotea que se ahogaban en risas cuando la religiosa huía del campo visual, componiéndose sobre la cabeza en un pudoroso acto de defensa, la toca negra esencial en su sagrado atavío. Es indudable que los bromistas no vieron jamás el rostro de una sola de aquellas perpetuas prisioneras del divino amor, todas quizá en edad más que madura, y vestidas con "túnica y escapulario blancos y

un manto de estameña o de paño grueso o de bayeta de color azul" y comprometidas por voto y promesa "a Dios y a la bienaventurada Virgen María y a los bienaventurados apóstoles Sant Pedro y Sant Pablo y a todos los Santos y a tí, Madre, de vivir todo el tiempo de mi vida en obediencia sin propio, en castidad perpetua y encerramiento so la regla de nuestra Orden...".

En concepto del eminente historiador Sergio Elías Ortíz, "el Monasterio de monjas concepcionistas, o monjas conceptas, como vulgarmente se las designa, es la reliquia histórica más antigua de que puede ufanarse la ciudad de Pasto... por haber subsistido la entidad cerca de tres siglos y medio... con el mismo carácter de autoridad que tuvo en su orígen, con la misma constitución y el mismo resplandor de las más altas virtudes cristianas. En tan larga existencia solo dos días se vió turbado, por breves momentos, el secular recogimiento de este asilo de las vírgenes del Señor... Fue el segundo, el 24 de febrero de 1864, en que una patrulla de genízaros violó la clausura en cumplimiento del decreto de desamortización de bienes de manos muertas, para obligar a las monjas a cambiar de domicilio, pues el de ellas iba a formar par-

te desde ese momento y por solo el capricho antirreligioso de un caudillo afortunado, del patrimonio de la República". A su debido tiempo verá el lector cuál fue la primera turbación de la paz conventual y de la santa clausura.

La historia de aquellas lejanías informa que la instalación de la Comunidad de Monjas Concepcionistas fue acogida en San Juan de Pasto como un don del cielo, y que fueron los propios vecinos quienes andando el año de 1585 acometieron los trabajos de adaptación del primer albergue monacal, inaugurado solemnemente en octubre de 1587, con doña Leonor Orense, viuda de Hernán Alvarez Daza, en carácter e investidura de abadesa, y ante vicario y escribano, y cumplidos los papeleos y diligencias que exigían las constituciones y la juridicidad de la época. Nueve personajes de San Juan de Pasto, todos con títulos, respetabilidad y preeminencias, dieron, bajo gravedad de juramento, testimonio en relación con la utilidad religiosa y espiritual de la fundación no solamente para la ciudad sino para todo el territorio dependiente de la Gobernación de Popayán, de tal manera que examinados a fondo los motivos y sopesada la suficiencia del pecunio exigible pa-

ra el caso, tal y como se hace ahora antes de que las autoridades correspondientes se embarquen en materializar una decisión de importancia, el Deán y el Cabildo de la Santa Iglesia Catedral de Quito impartieron su aprobación al monasterio y a su gobierno, dictándole un reglamento con trece normas fundamentales, en copia asimilada del que Su Santidad Julio II estableciera para la Orden del Císter y que en un principio se aprovechara para la casa de doña Beatriz de Silva, fundadora de la Comunidad de la Concepción.

Para concluir las presentes líneas, encargadas de hacer oficio de vanguardia en el desarrollo de los temas históricos que con tanta humildad como buen discurso este libro se propone, parece conveniente cerrarlas con un párrafo del muy confiable maestro y amigo, el señor don Sergio Elías Ortíz, ya citado y que posteriormente volverá a serlo, párrafo que dice así: "...regularizada la existencia del claustro, se consagró la pequeña comunidad, como era natural, a la práctica de las virtudes cristianas propias del estado religioso, pero en una forma tal y con un método de vida tan peregrino, que en sus primeros tiempos y hasta la vi-

sita que le hizo el presbítero Juan de Dávila, el monasterio no fue otra cosa que una reunión de damas distinguidas, dedicadas a trabajos manuales en que entraban el hilado, el lavado de ropa y las labores de aguja, alternados con el rezo de las oraciones comunes. Las monjas, excepción hecha de la abadesa Leonor de Orense, no sabían leer y nadie se preocupó hasta cuatro años después de fundado el monasterio, de remediar esta necesidad principalísima. Por lo mismo no pusieron en práctica el rezo del oficio divino, que les señalaba la regla... En suma, vivían las monjas la vida tranquila de una familia de regular acomodo, dedicada voluntariamente al trabajo y al encierro absoluto, con las costumbres traídas de sus propios hogares, acomodadas a lo que ellas creían vida religiosa".

Con los años y con su tranquila solvencia económica, afianzada gracia a dotes y donaciones considerables, y administrada sin duda por sucesivas mayordomías tan diligentes como honestas, el convento prolongó sin angustias su supervivencia, bien que ocasionalmente hubiera de padecer altos y bajos, como se ve en las largas relaciones que le dedica el maestro de la vieja historia, doctor José Rafael Sañudo, en

su obra *La Colonia bajo la Casa de Austria*. Poseía encomiendas que hoy serían latifundios y ganaderías no por lo criollas menos importantes, a través de aportes de monjas profesas y donativos particulares, como ya se ha dicho, no hallándose la Comunidad excusada sin embargo, de ocurrir a Su Majestad en solicitud de limosnas reales para reedificar su iglesia, adquirir imágenes sagradas, tallar altares y atender diversas necesidades del culto. Tal vez no todas sus aspiraciones, por justas que fueran, se realizaron, pero la verdad es que poco a poco una aureola de veneración vino a rodear el monasterio y la mayoría de las buenas gentes de San Juan de Pasto acabó por ver en él una especie de máximo delegatario de los poderes ultraterrenos, de las bondades celestiales, en una palabra, del mundo superior.

En esas circunstancias, las oraciones debían salir del convento como un incienso invisible e inodoro, pero cierto, extendiéndose sobre el ambiente de la ciudad antes de ascender hasta los pies del Altísimo, y contribuyendo a la formación de los sentimientos y del alma misma, diáfana y obediente, de San Juan de Pasto, que en pleno siglo XVII contaría con una población

censable entre dos mil y dos mil quinientos habitantes evangelizados en competencia por franciscanos, jesuitas, mercedarios, agustinos y dominicos, agentes naturales y directos del Señor de los Ejércitos, del rey, su representante en la tierra baja de los hombres, y de la Santa Iglesia Católica, Apostólica, Romana, guía de los espíritus y guardián de las conciencias.

Insólitos tiempos de relajación habrían de venir después, como si el diablo hubiera logrado introducirse, como siempre sin reato ni vergüenza, en algunas casas de santidad para difundir el mal ejemplo y procurar la quiebra de las reglas y de las costumbres, y no está borrada del todo la murmuración de respetables historiadores alrededor de sucesos sorprendentes, como las corridas de toros que en el curso del siglo XVIII dizque fueron permitidas en el mismísimo internado concepcionista, cuya ubicación era entonces distinta de la de hoy. El murmureo y el zaherimiento han ido más lejos, probablemente sin buena fe, hasta dar la impresión de que quizá para adornar el excitante espectáculo taurino, se expendían aguardientes en trastienda. La incredulidad rivaliza con toda posible evidencia y por su lado la historia se

mantiene incierta o parca sobre el particular; lo inconcebible hubiera sido que las altas autoridades civiles y eclesiásticas, lanzando en tropa sus aguaciles y procuradores contra lo que no podía ser otra cosa que tretas y ruindades del Maligno, no impidieran que la inverosímil irrupción de la tauromaquia popular en el convento se repitiera, amenazando con destruir el gran estilo reverencial que rodeaba a la institución.

Obrando así, como era de esperarse si las diversiones fueron ciertas, evitaron que la *leal cibdad* se estremeciera y decepcionara, lo que no consta que ocurriera jamás ni en el campo de su moral y de su catolicidad, ni en cuanto a su adhesión a la estructura política y social venida de España. Por otra parte, en conjunción doctrinaria los muy venerados emisarios de la Iglesia predicaron siempre con éxito el amor al rey, lejano pero temible y absoluto, fiel ejecutor de la divina voluntad y en tales circunstancias a San Juan de Pasto nunca le vino en mientes poner limitaciones a su lealtad y sumisión o crear incertidumbre frente a las instituciones católicas o los reales privilegios.

Pudieron acaso presentarse deslices y flacuras intemporales tanto en la conducta civil

como en la religiosa, pero no por eso defendieron con menos rectitud y fervor a la Iglesia Católica, Apostólica, Romana, lo mismo que a Su Majestad el rey, los gobernadores, los alcaldes, los recaudadores, en una palabra, la burocracia de la Colonia, como hoy defiende a su republicano presidente la vasta clientela o subalternidad a quien él distingue con designaciones y preferencias. Que las maneras y los sentimientos en todas las épocas son iguales, aunque no lo sean en su apariencia y su colorido. Y, desde luego, por unas supuestas corridas de toros y unos probables negocillos de pulpería en terrenos conventuales, absolutamente privados, la misa no llegó en ningún momento a perder su influencia en San Juan de Pasto ni la mística su popular respeto ni las fiestas catalogadas en el Eucologio su celebración ni los incensarios su sagrado perfume, ni las campanas perdieron el sentido de sus voces de bronce. Ni el pueblo sencillo, el natural de la ciudad religiosa y apacible, descubrió que la disipación o los pecadillos ajenos eran tan graves como para empañar su propio destino.

LA TIERRA Y LOS ORIGENES

Experto en la interpretación sociológica de las diferentes zonas del país, en su libro *De cómo se ha formado la Nacionalidad Colombiana*, dijo de las regiones del Sur el profesor Luis López de Mesa: "Considerado en su conjunto, el pueblo nariñense es amable, sobrio, delicado de maneras, suave de trato, valeroso en la guerra, laborioso en la paz, respetuoso de la tradición y del derecho, conservador y un poco fanático, cual es frecuente en aquellos grupos de población nuestros en quienes predomina sangre aborígen, al revés de los en que supera el elemento de color, adheridos al partido liberal de preferencia por gratitud (en parte) a la liberación absoluta de la esclavitud que este instituyó a mediados del siglo XIX (1º de enero de 1852). En la lucha por la independencia mostróse arduo defensor del gobierno peninsular, o más bien de su clero y caudillos regionales, y fue

heroico en varias ocasiones. Guerrillero temible entonces y en las revueltas civiles más tarde, uno se pregunta de dónde le viene esa cualidad, si tan humilde parece en la vida cuotidiana y sosegado. En el indígena nariñense hay dos elementos distintos, a saber: el quillacinga, súbdito del antiguo imperio incaico, aunque no de su raza, guerrillero tenaz que no retrocede, que no calcula peligros, que se adjetiva a sus capitanes, llámense Agualongo, Villota u Obando, y el "guaicoso" (del quechua "huaicos", barrancas) habitando las hoyas hidrográficas, más belicoso todavía, el patiano, v. g., célebre en nuestra campaña del Sur, seguramente emparentado con los caribes.

"Dado a las ceremonias religiosas, como pueblo que no tiene otro ideal que la fe ni otra expansión del ánimo que la liturgia y las escenas populares del culto, asiste frecuentemente a procesiones, peregrinaciones y fiestas de esa índole, y hasta posee a la manera del indígena boyacense, imágenes religiosas de renombre nacional. Por sus remembranzas españolas gusta también de becerradas, y en todo mezcla un poco de música popular, murgas aldeanas de cla-

rinete, flauta y tamboril, a más de la marimba, predilecta de sus antepasados aborígenes.

"Esta región del país aún no ha dado a la República el "equipo" de hombres que le corresponde por su población. Ello no es causado por deficiencia moral o de carácter. Dentro de sus recursos de vida produjo al padre Juan Lorenzo Lucero, misionero apostólico de la Amazonía; a los Villotas, al guerrillero y santo padre Francisco, gran perturbador de la República naciente... a Agustín Agualongo, el más célebre guerrillero de aquella comarca, de puro abolengo indígena...".

El de Agustín Agualongo es un caso en que no es absolutamente necesario despejar las hipótesis o mejor dicho las sombras que durante doscientos años han velado sus orígenes. Ni su antropónimo, ni su apellido sugieren posibilidades aristocráticas. Que fuera un indio humilde y anodino, nacido en La Laguna, en Jongovito o en los alrededores de El Tambo, con un apelativo derivado del supuesto tratamiento que se le daba en el servicio doméstico de un notable personaje pastuso; que por conductos desconocidos le llegara su gracia desde Europa, en la traducción al español de una palabra ita-

liana o portuguesa, son planteamientos o conjeturas que ahora no exigen rigurosa comprobación. En la suya como en otras situaciones biográficas, la sola conducta basta para establecer ampliamente y para bien o para mal, la identidad del biografiado.

Existe, por otra parte, una inconfundible partida de bautismo y está por demás que haya todavía investigadores intranquilos que pierden el tiempo analizándola con lupa y aún poniéndola en duda; al fin y al cabo es menos laborioso y ya más sensato aceptarla, otorgarle la confianza que de todos modos merece, mientras no aparezcan documentaciones de mayor o de irrefutable credibilidad, y mientras el rastreo constante de los historiadores no demuestre, por ejemplo, que el gran guerrillero fue mecido por manos suaves en blanda cuna y gozó del aditamento consagrante de la sangre azul que en suma, no es sino otra forma retórica, ya bastante desvanecida e inutilizada en estos famosos tiempos de la democracia, el terrorismo y la vida igualitaria de los hombres. Lo único cierto y definido es que indio o no indio, aquel individuo irreductible fue y en la posteridad será siempre Agustín o Juan Agustín Agualongo,

guerrillero colombiano, sin que para el afianzamiento de su dimensión histórica haya que modificar o simplemente desconocer los términos del único certificado bautismal que a los trabajadores de la historia les ha sido posible descubrir. Agregándole las señas de confirmación, el documento que identifica a Agualongo se conforma así: "En veintiocho de agosto de mil setecientos y ochenta, bauticé, puse óleo y crisma a Agustín de edad de tres días, hijo legítimo de Manuel Criollo indio y Gregoria Sisneros montañesa. Fue madrina Cathalina Pérez, a quien advertí el parentesco que contraía y la obligación de educarlo en la Doctrina. De que doy fe, Manuel Ribera". Confirmación: "Agustín Agualongo, hijo legítimo de Manuel Agualongo y Gregoria Sisneros. Bautizado en esta iglesia. Fue padrino don Salvador Zambrano". Libros 5 178, 1791. Confirmaciones, año 1800.

Se debe el descubrimiento de las partidas anteriores al ojo paciente y agudo de monseñor Justino Mejía y Mejía, en los libros parroquiales de la muy pastusa y varias veces centenaria iglesia de San Juan Bautista que todavía, erguida en una de las esquinas de la plaza principal, recuerda viejas edades y glorias viejas, lo mis-

mo que oscuros días y amarguras padecidas por San Juan de Pasto. Como se ve, aún en la documentación eclesiástica surge una confusión, sutilmente aclarada por monseñor Mejía y Mejía, entre Criollo y Agualongo; según el erudito sacerdote, Criollo no se tomó con fuerza característica de apellido, se asentó como calidad, como lo que semánticamente el vocablo significa. Sea de estas cosas lo que fuere, en el renombrado pueblo de Genoy, a diez y ocho kilómetros al occidente de la ciudad, en años vecinos de la mitad de este siglo, unos cuantos campesinos se identificaban con ese nombre, hasta el punto que varios miembros de una familia eran conocidos como Los Criollos; eran todos robustos, trabajadores, amigos leales del aguardiente oficial y como hecho fuera de lo común en ciertas comarcas del Sur, todos estaban afiliados al partido liberal. A esta altura de la narración, parece de elemental cordura suspender los presentes temas onomásticos, tan interesantes como inútiles en fin de cuentas, porque de pronto podría surgir la suposición de que por alguna rama misteriosamente desgajada, misía Gregoria Sisneros descendía del poderoso Car-

denal del mismo apellido, salvo una breve discrepancia ortográfica.

Con claridad nada se sabe de la escuela o escuelas por las que pasó Juan Agustín Agualongo —este fue el nombre que utilizó para inscribirse en las milicias reales, en San Juan de Pasto, corrido el año de 1811. Por razones cronológicas, no resulta aventurado pensar que no funcionaba en su época la escuela de don Manuel Paz, donde aprendían las primeras letras los niños del barrio de Ríoblanco, pero la verdad es que en todo el curso de su beligerancia el hombre comprobó que leía, escribía y redactaba no mediocremente sino con relativa propiedad en el lenguaje de entonces. Debió ser alumno de otro Manuel Paz muy anterior al de Ríoblanco, tal vez un maestro de apellido Gallardo, actuante en la pequeña docencia alrededor de 1800. Si Agualongo hubiera sido discípulo de los jesuitas, las historias vernáculas habrían pregonado timbalescamente el educativo acontecimiento.

En consenso unánime quieren las tradiciones que el futuro general del rey fuera pintor al óleo y nada hay que sirva de base para negarle un oficio que presupone disposiciones es-

peciales del gusto, de la mano y del espíritu. Es probable que su incesante guerrear por los derechos y la perdurabilidad de la monarquía, no le permitiera legar a su ciudad y a las generaciones posteriores una obra artística sustantiva. Nadie se ha preciado en San Juan de Pasto de conservar una pintura de Agualongo, ni siquiera lo hizo el ilustrado humanista doctor Leopoldo López Alvarez, que poseía todo un museo, más para su satisfacción personal que para la curiosidad de los visitantes. Muchos pintores coloniales estaban representados allí, pero no Agualongo. Quizás algún cuadro suyo —con seguridad de tema religioso— duerma su anonimato en la sacristía de una de dos iglesias parroquiales, San Andrés o San Agustín. También en San Francisco o en la capilla de la Casa de Ejercicios o Piscina de Jesús del Río, edificada más tarde, donde algunos penitentes solían flagelarse al anochecer durante su internado confesional, previo a la Semana Santa, y de cuyos muros pendían varios óleos antiguos representando sobrecogedoras escenas del purgatorio y rostros tristísimos de cristianos que se purificaban en medio de las llamas, antes de calificar para la etapa final de su viaje al cielo.

Como ha ocurrido en otros casos, resulta igualmente difícil apreciar con exactitud esta fase de la vida de Agualongo; lo evidente es que al engancharse para el servicio del rey, en la Compañía Tercera de Milicias, comandada por el capitán Blas de la Villota, el 7 de marzo de 1811, Agualongo dió como profesión la de pintor al óleo; declaró además, ser casado, bien que "divorciado legalmente". Sergio Elías Ortíz no oculta cierta perplejidad cuando a esta declaración se refiere, dada la moralidad y la estricta sumisión religiosa, características de la época, pero al convertir en documento público su compromiso militar, Agualongo no habría de desfigurar por ningún motivo sus datos personales, sobre todo su estado civil cuya normalidad conyugal tal vez no le hubiera permitido sentar plaza de soldado para el resto de su vida.

Sobre el divorcio legal de Agualongo elabora un estudio canónico a la par que histórico un escritor de muchos quilates, don Alfonso Ibarra Revelo, con respetuosa paciencia y con la insinuación clara por demás, que el asunto tuvo que andar como tantos otros similares, en terrenos de los tribunales de primera instancia hasta el supremo y final de La Rotta, en el Va-

ticano, al tenor del cánon y con la lentitud y el totalismo probatorio que tal proceso supone. Sin hacer mención concreta del costo de tarea tan importante y demorada, que sufragan sin agrias muecas los grandes y los ricos, es fácil imaginar las dificultades que sin duda afrontan para llevarla a cabo los humildes pintores al óleo, localizados por obra de su suerte en oscuros pueblecitos de la tierra. Pero en fin, en el caso del caudillo queda pendiente el por qué de su divorcio, la causa central que por culpa de la indocumentación no habrá de ser específicamente determinada entre las que las leyes eclesiásticas clasifican, a saber, los malos tratos, la embriaguez consuetudinaria, la cárcel, el adulterio. Tampoco hay noticia de que el empedernido soldado del rey de España sufriera de apremiantes dolamas donjuanescas, de que les arrastrara el ala con insistencia y con éxito a las mozas del propio y del ajeno terruño y que por tal razón la llamada Jesús Guerrero que el 25 de enero de 1801 aceptó ser su esposa, acudiera a los tribunales apostólicos y romanos en demanda de justicia, esto es, en demanda de divorcio. En resumen, no se originarían comentarios hoy cuando tales insucesos son más o

menos el corolario de todo matrimonio, como que gentes hay que contraen para tener la satisfacción de descontraer en plazo que por supuesto, no se fija de antemano. Debió producir extrañeza en las feligresías de San Juan de Pasto, acendradamente católicas en aquellos remotos días del Señor y del rey, en que tal vez el divorcio de una pareja perteneciente al mundillo real o a la rancia aristocracia podía ser mirado con ojos tranquilos o indiferentes. En cambio, entre las opacas gentecillas del común el desate o la anulación de los lazos sacramentales debía provocar inquietud y alguna sombra de pecado rodear a las personas que cortaran su vínculo. En esas condiciones y aún más, tratándose de la atmósfera moral de San Juan de Pasto, es de creer que el hombre gozaba de lo que hoy se conoce como carisma, para evitar que el rechazo público siguiera a su quiebra matrimonial. Otro individuo, de calidad inferior, probablemente no hubiera logrado evadirlo. Es posible que también pesaran las previsiones del derecho canónico, la fuerza de las razones del departimiento, que ya sería vano empeñarse en descubrir, aparte del tiempo que

borra las cicatrices, limpia las manchas y trae consigo las bondades del olvido.

Se dijo arriba que Agualongo no dejó memorias de algún episodio amoroso, como si hubiera sido invulnerable a la gran pasión y a sus encantos y problemas. Se dice que en su descendencia hubo un niño o una niña, pero no hay quien ratifique con pruebas indiscutibles la aseveración que antecede. Por lo general, en la vida de todos los hombres figuran varias mujeres o por lo menos una, dueña, señora, jamás competida en su dominio, y por otra parte, santos hubo también que trajinaron los caminos del buen y el mal amor, antes de la santidad. Nada en la de Agualongo sugiere o evoca la presencia femenina que diera origen a sus ensueños y a sus emociones. Con perfil y en detalle, nadie ha dicho cómo fue su noviazgo y luego su vida conyugal con Jesús Guerrero, y con testimonios al canto nadie ha confirmado ni la existencia de una niña, supuesta hija del caudillo, ni su paternidad legítima o natural sobre el individuo del mismo apellido registrado como Manuel en la parroquia de El Tambo; de tal manera que por esas vertientes no afloran rastros evidentes de alguna clase de amor. Hay,

pues, en relación con estos temas familiares un vacío en la historia del Nathan Hale colombiano, como lo llamó Mrs. Cathleen Romoli, y además, es ya demasiado tarde, fuera de imposible, reconstruir en alguna forma y menos con elementos de insospechable autenticidad los aspectos sentimentales de que la biografía del guerrillero carece.

En el acta o formulario de reclutamiento, Agualongo declaró ser "hijo legítimo de Gregoria Almeida y de Manuel..." y por otros lados a doña Gregoria se le conoce por Sisneros. No faltan, por supuesto, explicaciones para todo y así cabe esperar que la madre del personaje tenía los dos apellidos; en esa circunstancia, como en la aritmética, el orden de los factores no altera el producto, en este caso la verdad nominativa. Quedan anotados los puntos oscuros en la vida del gran insurgente que sin causar lesiones trascendentales a su famosa estampa irán siempre a donde él vaya de la mano de su historia. Puntos oscuros y maraña de conjeturas, a la que no sobra agregar la existencia repetida del apellido Agualongo en algún lugar del Municipio de El Tambo, Departamento de Nariño, con tradición recogida por don Alfredo

Galeano en 1950 y origen en el Manuel Agualongo, antes citado, vástago supuesto del general, y otros grupos homónimos en que aparece un nuevo Agustín, apelativo coincidente, que la más simple dialéctica no autoriza para que sea tomado como prueba de parentesco.

El autor está en su derecho al incluir párrafos y menciones de trabajos suyos anteriores, que le convienen ahora, y aunque no se sienta estrictamente obligado, hará uso de las comillas como procede a hacerlo con las líneas siguientes:

"...se sabe que fue hijo de Manuel Agualongo, criollo, y de Gregoria Sisneros, gentes del montón, y a mí esa procedencia me deja satisfecho; me da la impresión de que con ella se acusan más sus perfiles futuros, que su estampa crece más en el fondo histórico con su linaje humilde, con su muy probable sangre indígena y su piel bastante aproximada al color de la tierra que quizás ayudó a labrar en su adolescencia. Me inspira mayor proyección sin ascendientes europeos, representa más pura y hondamente su comarca, las virtudes sencillas que todavía la caracterizan, su próvida natura-

leza. Por ningún costado me duele que a su padre le hubieran pedido los amos "agua, longo" o que se lo hubieran dicho así al propio Juan Agustín. Recuerdo que en casa de unos abuelos míos —en este siglo, afortunadamente—, también había un muchachón a quien le decían "longo", que llevaba los recados, hacía las pequeñas compras domésticas y rezaba el rosario a las siete de la noche, en compañía de todo el mundillo alojado en la solariega estancia. "Longo" por aquí, "longo" por allá. No encuentro ni extraño ni deprimente que esa fuera la condición social de Juan Agustín en los primeros escalones de su vida. Admito como un hecho meritorio su notable vocación para la pintura y sé por libros y tradiciones que manejó pinceles y mezcló colores, y creo que sin la Independencia y las guerras consiguientes en defensa del rey y su corona, tal vez habría legado a las artes colombianas una importante contribución. Y no se me diga que esa inclinación artística podía ser simplemente de artesanal procedencia; el "longo" de mis abuelos tocaba flauta y otro instrumento delicado, la ocarina.

"Bien examinada su posición frente a las

exaltantes y deslumbradoras ideas de la Independencia, a mí no me parece tampoco que el gran jefe Agualongo fuera un reaccionario, con mucha propiedad podría decirse hoy que fue un resistente, pues desde el mismo día en que sentó plaza en las milicias reales... no hizo otra cosa que resistir el empuje de los hombres nuevos y de las nuevas banderas. Peleaba a la sombra de las que le eran tradicionales, las que estaban izadas en el centro de sus afectos, y en nombre de un sujeto a quien se mentaba con reverencia, Fernando Séptimo, rey de todas las Españas, incorporando a sus convicciones con lealtad diamantina, un objetivo religioso: la defensa de la catolicidad".

MERITOS MILITARES

El extenso y desigual territorio que hoy constituye el Departamento de Nariño, fue desde 1809 teatro de numerosos encuentros, escaramuzas y batallas campales entre republicanos y realistas y le cupo en suerte al jefe de guerrillas Agustín o Juan Agustín Agualongo ejercer el mando en etapas diversas de la lucha por la supervivencia del régimen español. Así sucedió en sitios ecuatoriales del antiguo Nuevo Reino de Granada, después de la capitulación del coronel Basilio García y de San Juan de Pasto, su cuartel general en 1822, a raíz de las batallas de Bomboná y Pichincha. Agualongo era ya coronel para entonces; ascendió por los caminos del mérito, con base en su comportamiento en las campañas iniciales contra don Pedro Montúfar y sus quiteños revolucionarios que invadieron la ciudad en septiembre de 1811; luego contra el doctor Joaquín de Caycedo y

Cuero que llegó a San Juan de Pasto, procedente de Cali y Popayán, poco tiempo después de Montúfar, y que consiguió lo que ningún militar profesional hubiera conseguido, a saber, que el honorable Cabildo prestase juramento de fidelidad a la Junta de Gobierno de Popayán, juramento que todo tuvo menos perdurabilidad, pues de repente y con ayuda citadina si no con total beneplácito, se hicieron dueños de la población los patianos que comandaba un sujeto de malas pulgas, Juan José Caicedo, desbaratando la tarea de verdadero estadista del presidente de la Junta de Gobierno de Popayán y el compromiso juramentado de varios y respetables vecinos de la localidad.

Todavía como soldado raso o ya como cabo, Agualongo peleó después contra la expedición del joven médico norteamericano Alejandro Macaulay, que nada tuvo de aventurero o de mercenario; según las leyendas tenía una ilusión de amor en Quito y persiguiéndola se unió a los patriotas que le improvisaron mando y presillas de coronel y así equipado les propinó una formidable paliza a los patianos en Popayán, librando la ciudad de su siniestra presencia. Tanto el doctor Caycedo y Cuero como

el romántico coronel Alejandro Macaulay, fueron pasados por las armas en San Juan de Pasto, muy probablemente ante uno de los grandes paredones laterales de la iglesia de San Sebastián. La sentencia no fue dictada por las autoridades locales; vino de Quito con la firma del presidente don Toribio Montes, un chapetón cascarrabias cuya hija tenía encadenado desde un casual encuentro anterior, el corazón del coronel Macaulay. Por aquellos días se inició la figuración de don Estanislao Merchancano, que más tarde había de ser compañero, mentor y vocero político de Agualongo. Estará siempre junto a él en las futuras campañas. Don Estanislao actuó larga, meticulosa e implacablemente como juez de instrucción en el proceso seguido al Coronel Macaulay.

La verdad es que no se destaca el soldado o el cabo Agustín Agualongo en las acciones de armas de que se ha hecho breve mención; en los partes militares sus jefes no se ocupan de él, pero en posteriores relatos aparecerá con grado de sargento, subalterno del teniente coronel Juan María Villota, en una compañía del Primer Batallón de Milicias de San Juan de Pasto. Se trata entonces de organizar la defensa

de la muy noble ciudad contra un poderoso invasor que de triunfo en triunfo viene desde Santafé de Bogotá y que se anuncia epistolarmente al Cabildo entre cortesías y arrogancia, el general Antonio Nariño.

En lo que faltaba del siglo y aún ahora la campaña del muy atildado general de Cundinamarca recibió y recibe el homenaje de los ríos de tinta y de las lupas de la investigación; nada se ignora de los preparativos que la antecedieron, nada de sus tropiezos con la disciplina, de su anecdotario, de sus despliegues de bizarría y de valor, el público que ama la historia conoce sus movimientos, y ejercita las meninges pensando en lo que hubiera ocurrido al no haberse topado el general Nariño con la desgracia en los ejidos de San Juan de Pasto. Es posible que a los niños de escuela todavía se les cuente que aterido por la lluvia y el cortante frío del Páramo de Tacines, atenaceado por el hambre y afligido por la desorientación y la soledad, no tuvo el general patriota más recurso que entregarse a los primeros seres humanos con quienes afortunadamente se avistó en la montaña, un campesino y un recluta pastuso. En el parte rendido por el coronel Pedro Leo-

nardo Noriega, a quien pasó el mando su superior el mariscal Melchor Aymerich al considerarse perdido y optar por huir tanto del combate como de su responsabilidad, figuró por primera vez el sargento Agustín Agualongo. De ahora en adelante será más frecuente su mención y en dos años pasará de sargento primero supernumerario a subteniente. Comienzo quieren las cosas, práctica las profesiones y motivos suficientes piden los ascensos. Los daría buenos y relevantes Agustín Agualongo cuando se convirtió en ayudante de un capitán De la Rosa en Popayán, con grado de teniente, otorgado al parecer por el general Juan Sámano, otro chapetón con entrañas de piedra, que sería el último virrey actuante de la Nueva Granada.

No existe documentación incuestionable para deducir que el sargento o el teniente Agualongo se halló en compañía de sus coterráneos batalladores en "las alturas de Genoy", al producirse en 1821 "la fanfarronada militar del general Manuel Valdés" que por desconocimiento del terreno, por torcidos informes, por exceso de confianza en sí mismo y en sus tropas, de ninguna manera por mala suerte, no mantuvo

allí la relativa brillantez de su trayectoria. Tampoco es demostrable que Agualongo acompañó al coronel Basilio García en "el sangriento engarce de Bomboná" del que salió el Libertador con la aguda necesidad de marchar hacia atrás durante varias jornadas, para esperar refuerzos y reorganizar los maltrechos cuadros patriotas, tan heroicos y agotados en la dolorosa victoria del 7 de abril de 1822. Naturalmente, para configurar la estampa guerrera de Agustín Agualongo no es indispensable que en centenares de enfrentamientos, mayores y menores, hubiera relampagueado "su gran espada" que según comentarios autorizados por la antigüedad, "tenía proporciones que la hacían digna del más gigantesco de los caballeros andantes". Sea lo que fuere en esta materia dimensional, lo cierto es que la ficha de inscripción solo le concede a Juan Agustín cinco pies de estatura, que la hacen notoriamente desproporcionada para el manejo de un "espadón digno de Durandarte y otros Amadíses o caballeros de Hircania".

Y no hay demérito justificable en su historia o en su leyenda por el hecho de que no hubiera peleado con relevancia y gloria personal

en todas las batallas del Sur, aunque bien pudo hallarse el 2 de abril en una y el 24 de mayo de 1822 en otra, por cuanto Agualongo parecía gozar del don de la ubicuidad, ya que se trasladaba de un lugar a otro con fantástica rapidez y sin utilizar los caminos reales. Debieron serle más que familiares los llamados caminos de a pié, los senderillos del monte, que acortan las distancias, como también debió ser maestro de baquía en las orillas y los vados de los ríos. Es oportuno señalar que los nativos del Sur han sido siempre caminantes insignes, jamás se arredraron ante las vías pedregosas o ante las pendientes que aflojan las piernas y agitan el respiro, ni siquiera en la época de lluvias se desesperaron al enterrarse en el lodo hasta las rodillas, al saltar de canjilón en canjilón, al resbalar aquí y allá; cuando mucho daban rienda suelta a gruesos vocablos y maldiciones, pero seguían adelante, deteniéndose acaso ante los chorros naturales menos crecidos y todavía transparentes, para tomar un puñado de aco con un par de sorbos de agua, que era polvo de cebada o de maíz tostado con panela, y que no podía faltar en el avío del viajero. Y así desde las primeras horas de la madrugada hasta las

últimas de la tarde, salvando quince y más leguas en una jornada de rudo caminar.

Por cortesía del Banco Ganadero fue publicada hace pocos años una *Introducción a la Historia de los Caminos Colombianos,* que figuran entre las preferencias y los afectos del autor de *Banderas Solitarias,* por su inmensa contribución a la estructura del país. No lo hizo entonces, pero confía en hacerlo después, ya que un sinnúmero de páginas apasionantes pueden ser escritas acerca de los caminos del Sur en el siglo XIX, que el caudillo recorrió con sus capitanes y sus guerrillas. Por ahora y como obligadamente se hablará de las contiendas de Agualongo en jurisdicción de Barbacoas, antigua ciudad del oro, bien puede anticiparse una muestra de la "Historia de un Camino", sin duda uno de los tantos que trajinó el rebelde pastuso en los dramáticos y ardientes días de su indomabilidad, si bien no sería el que directamente le sirvió para su audaz cuanto desventurado ataque al puerto del Telembí. En todo caso, fuera o no otro de los caminos fundamentales en las guerras de Agualongo, era una vía esencial entonces y desde mucho antes, y siguió siéndolo a lo largo del siglo XIX en sus

circunstancias primitivas, hasta ser transformado al fin, más tarde que temprano, debido a las exigencias del progreso.

"No son pocas las gracias que le he dado a la Divina Providencia por haberme concedido el privilegio de no existir en condiciones válidas, por aquellos tiempos difíciles, y de no haber tenido que andar por el famoso camino de treinta y una leguas o seis días de angustia que iba de Túquerres a Barbacoas y que durante infinidad de años fue el eje de la comunicación de San Juan de Pasto con el mar. Cuenta la tradición que ese camino, casi exclusivo para gentes de a pie, por el cual marcharon milicias pastusas con el ánimo de poner el pecho a posibles ataques piráticos en la época de Enrique Morgan y de Eduardo David, camino ensanchado después y en plena selva, con altos y bajos, el suelo surcado de profundas estrías, y lodo y charcos permanentes, era uno de los semilleros más prolíficos y nutridos de reptiles que sea posible concebir sobre la superficie de la tierra. Si Dante Alighieri lo hubiera conocido, tal vez habría modificado aquél terrorífico párrafo del Infierno, que dice: "Deje la Libia de envanecerse con sus arenas, que si produce queli-

dras, yáculos y faras, ceneros y anfiesbenas, ni en ella ni en toda la Etiopía con el país que está sobre el Mar Rojo existieron jamás tantas y tan nocivas pestilencias como en este lugar. Por en medio de aquella espantosa y cruel multitud de reptiles corrían gentes desnudas y aterrorizadas, sin esperanza de encontrar refugio ni elióptropo. Tenían las manos atadas con sierpes, las cuales, formando nudos por encima, les hincaban la cola y la cabeza en los riñones".

"Un ilustre viajero que encontró digna de alabanza la construcción de aquel camino de culebras, el doctor Fortunato Pereira Gamba, lo recordaba así en su libro *La Vida en los Andes Colombianos:* «En las posadas del camino el dueño entretiene (!) con detalles vívidos de las costumbres, hábitos y rencores de las víboras. La "nupa" inmensa, especie de boa que devora los venados y otros grandes animales; la "gualcauna", de mordedura mortal, perezosa e inágil; la "ambaucana", terror de los montañeros por su agilidad y sobre todo por su rencor. Esta "ambaucana" espera años si necesario a quien la molestó, hasta que logra darle su mortífero mordisco. Cuántas cruces hay en el cami-

no, en los puntos donde N. N., cayó bajo el ataque de la feroz "ambaucana"».

"Otro ingeniero, no menos sobresaliente, el doctor Miguel Triana, que dedicó varias páginas al camino de Barbacoas y a los arrieros "cantarranos", nombre con que se distinguía a ciertos andarines, naturales de la Sabana de Túquerres, que entonces eran los transportadores veteranos en aquella zona espeluznante, se refirió también al imperio de las sierpes. «Los más horribles dramas resultaban a diario de la lucha contra los funestos ofidios; proezas de audacia e impavidez ejecutaban los traficantes para defender la vida; gentes hubo que para evitar la circulación del mortal veneno, se cortaban de un machetazo el miembro vulnerado; lo general era sacar una tajada de carne alrededor de la mordedura y echar en el hueco resultante lacre fundido en la temperatura de los crisoles del infierno. Cada transeúnte contaba por centenares el número de culebras que había matado en el viaje. Los husesillos de los reptiles, casi tan enconosos como sus colmillos, formaban en el fondo de los zanjones un erizo de espinas pozoñosas, para evitar las cuales andaban con los pies forrados en una especie de borce-

guíes de cuero crudo». Así, pues, científicos viajeros dejaron las anteriores constancias treinta o cuarenta años después de Agustín Agualongo que hubo de transitar quién sabe cuántas veces por caminos sembrados de espantos similares".

Y por otras cien regiones malsanas y desérticas como eran entonces las de Cumbitara y El Castigo, como las montañas auríferas pero gigantescas y repulsivas de La Llanada y otras vecinas de Samaniego, los vericuetos y socavones de la vieja mina de oro de La Espada, al pie del cerro del mismo nombre, jurisdicción de El Tambo, donde es fama que Agualongo se refugiaba cuando soplaban vientos peligrosos para la resistencia; los precipicios del Guáitara y las peñas y hondonadas de El Juanambú, las llanuras calurosas del Patía, las Sabanas frías de Túquerres, Ipiales y Cumbal, los páramos que circundan La Laguna, las faldas agrestes del Galeras, el Chota, La Tajumbina, el Tablón de los Gómez, los picos y vértebras de la gran cordillera que se bifurca en el Sur, la naturaleza, en fin, quebrada e incompasiva con los hombres, que abnegadamente debían someterse a sus caprichos.

Esas rutas y esos lugares y la aterradora asimetría de las tierras en el Sur, fueron el común escenario de las andanzas de Juan Agustín Agualongo en el servicio de lo que sin medir nunca la verosimilitud y las consecuencias, fue durante toda su vida para su incambiable razonamiento un régimen establecido por Dios y encomendado al rey, escenario que don Rufino Gutiérrez bosquejó de la manera que sigue, en uno de sus artículos del *Repertorio Colombiano,* en 1897: «las reflexiones que nos ocurren sobre la importancia militar del territorio que hoy o mañana ha de formar una de las secciones políticas de la Nación, huelgan para quien haya recorrido aquella región cuyo centro más poblado está defendido naturalmente: al Norte por las estrechuras del Patía —en El Castigo, entre Cumbitara y Guadual—, el Mayo y el Juanambú, y por los astutos e indomables habitantes del calumniado valle del Patía, que son los Escitas de América; hacia el Oriente, por los dilatados bosques del Caquetá y el Putumayo, y por las frigidísimas cimas de los Sucumbíos; en el Occidente, por Salahonda, Arrastradero, Maindés, el Guabo, Chambú, Ales y Gualcalá; y al Sur, por la bravura y nunca desmentido amor

patrio de los hijos de Pasto y de los pastos, protegidos por el Angasmayo, el Siquitán y el Téllez, y por el Guáitara que fue para Bolívar barrera infranqueable, y para Sucre y Sanders caída poco gloriosa en su brillante carrera de victorias o, como dice Larrazábal, lugar donde "fue infeliz el mejor soldado del ejército libertador"».

BIOGRAFIAS

Los historiadores que se han ocupado del tema, conceptúan que la capitulación de San Juan de Pasto, dos meses después de la desesperada y costosa batalla de Bomboná, y que fue concertada entre representantes del coronel peninsular Basilio García y delegados del Libertador Bolívar, no contó con la aceptación unánime de la ciudad. Es de presumir que les cayó muy bien a las gentes ricas, en especial a los terratenientes que como consecuencia del estado de guerra, vieron disminuir sus peonadas y aumentar sus contribuciones para el sostenimiento de las milicias. De otro lado y sin medios eficaces para hacer valer su protesta, los habitantes de la ciudad, de artesanos para abajo, y los campesinos de los numerosos caseríos de los alrededores, ocultaron su disgusto y resentimiento, pero no lo extirparon en el fondo de sus corazones. Al fin y al cabo, eran

ellos quienes ponían el material humano para la contienda y después de Genoy y Bomboná no se sentían humillados ni vencidos, y la capitulación no fue obra de los pastusos, fue obra de un jefe español, colocado en San Juan de Pasto con una espada y un estandarte, para luchar y no para rendirse.

Es elemental que el alma y la mentalidad humanas reaccionen en alguna forma, puesto que no se cambian fácilmente los hábitos y las convicciones por lo que les es diametralmente opuesto y mucho menos cuando el renunciamiento ha de producirse por acción de la fuerza. En esas condiciones, no se extinguieron inmediatamente los rescoldos, se transformaron en una posibilidad callada y latente y el día menos esperado apareció dentro del cerco montañoso de San Juan de Pasto, alguien capaz de reavivarla. Desde luego ese alguien no vino solo; a pesar de la sonoridad estremecedora de su apellido y de su posición militar entre la oficialidad española del Capitán General Murgeon, nada habría podido hacer sin otro alguien que actuara como su brazo derecho y que arrastrara consigo la confianza del pueblo descontento. Don Aníbal Galindo se expresa bien del

"bizarro general español don Juan de la Cruz Murgeon, nombrado y reconocido en el Istmo como Gobernador y Capitán del Nuevo Reino de Granada, valiente, activo, generoso y humano, animado del mismo espíritu emprendedor y aventurero de los conquistadores del siglo XVI. Su expedición componíase de unos 800 hombres de los batallones Tiradores de Cádiz, Cataluña y Pardos, con dos escuadrones de caballería, desmontados". Tal vez este buen señor y general habría detenido por algún tiempo la marcha de los acontecimientos, pero no tuvo suficiente para poner en ejecución su capitanía, debido a la presencia inoportuna de la muerte que en realidad lo libró de capitular ante los patriotas después de la batalla de Pichincha.

De algunas consecuencias de la antedicha batalla se hace eco el general José María Obando en sus *Apuntamientos para la Historia:* "Del fuerte de Panecillo donde se asilaron para capitular los restos vencidos en Pichincha, se habían fugado para Pasto los tenientes coroneles Boves, español, y Agualongo, pastuso, trayendo el plan de revolucionar a Pasto. En efecto, al moverse el ejército sobre el Perú, se levantaron en masa y atacaron y batieron en Cuarchú la

fuerza que tenía el coronel Obando (Antonio). Este alzamiento, capitaneado por aquellos jefes no tenía por objeto la venganza de ningún agravio, pues que ninguno habían recibido, sino la ejecución de un plan concertado para distraer con esto la atención de las fuerzas que marchaban sobre el Perú y presentar ese apoyo al grande ejército español que dominaba esta República....".

Informaciones habría recogido el general José María Obando sobre la posible actuación de su antiguo camarada guerrillero Agustín Agualongo, en la batalla de Pichincha; ocurre sin embargo, que el nombre de Agualongo no apareció en la minuta de los presos realistas de Panecillo y aquí como en otros momentos de su trayectoria no hay más que sombras, dudas y silencios. Se sabe que con grado de capitán, Agualongo tuvo bajo su mando una compañía de guarnición en Cuenca con la que libró encuentro favorable contra un destacamento republicano, y todo indica que de allí se desprendieron sus presillas de teniente coronel, impuestas seguramente por la mayor autoridad militar, ejercida todavía por el mariscal don Melchor Aymerich, el antiguo fugitivo de San

Juan de Pasto. Para que días después apareciera en esta ciudad como segundo de Benito Boves, no era indispensable que se hubiera fugado en chapetona compañía de la hospitalidad armada de Panecillo. Ya fuera por la huída o simplemente por el retiro hacia climas más propicios para su seguridad personal y para sus proyectos futuros, es un hecho que las crónicas volvieron a localizarlo en San Juan de Pasto que fue siempre su máximo centro de operaciones, el cuartel ideal para su vana aunque infatigable resistencia.

Mencionado atrás el coronel Antonio Obando, no está por demás intercalar aquí algunas de las líneas que en la página 397 le dedica el *Diccionario Biográfico* de Vergara y Scarpetta: "Nació en el Socorro en 1790". —Don Gustavo Arboleda lo cree natural de Simacota—. "Sentó plaza de soldado en el Batallón Milicias de Cundinamarca. Siguió con Nariño al Sur; peleó en 22 batallas sangrientas, sin contar encuentros parciales. Derrotado en la Cuchilla de El Tambo, se unió a Serviez en Casanare. Luego a Santander. Vencedor en Gámeza, Pantano de Vargas, Boyacá, Popayán, Bomboná. Nombrado Gobernador de la Provincia de Pasto, combatió

en Túquerres con mala fortuna contra Benito Boves. Secretario de Guerra en 1831 y también durante la Administración Santander. Militar valiente, modesto, sin ambiciones, hombre intachable. Murió en Tocaima el 30 de diciembre de 1849". El eminente historiador don Gustavo Arboleda, ya citado, recoge las siguientes ideas de don José María Samper sobre el coronel Antonio Obando: "Era patriota de inflexible firmeza en el cumplimiento de su deber y sobre todo, hombre honrado. En su semblante rudo pero respetable y digno; en su voz áspera y de franca entonación; en la seriedad de sus maneras y en la austeridad de sus costumbres tenía un no sé qué de antiguo y patriarcal. Su modestia y filosofía en la vida privada eran conformes con la serenidad que había mostrado en los combates y la entereza de su vida pública. El buen viejo Obando era uno de los más valientes vencedores de Boyacá, fiel a la escuela política de Santander y entusiasta admirador de la vieja patria".

En forma poco menos que unánime, al Tigre de los Llanos, de tan tristes leyendas, se le ha agregado el apellido Rodríguez, quedando su gracia supuestamente completa en José To-

más Rodríguez Boves. Sin embargo, don Luis Bermúdez de Castro, biógrafo del caudillo llanero, asegura formalmente que nunca cargó con el Rodríguez y en la página 96 de la biografía incluye lo que enseguida se lee: "En el libro de bautizos de la Parroquia de San Isidoro el Real, de Oviedo, al folio 26 vuelto, del año 1782, se halla la inscripción siguiente: En esta iglesia parroquial, a diez y ocho del mes de septiembre de 1782, don Juan Conchés, mi teniente, bautizó solemnemente un niño que nació dicho día. Llamóse José, Tomás, Millán, hijo legítimo de mis feligreses Manuel de Bobes, natural de la Parroquia de San Tirso el Real, de esta ciudad, y de Manuela de la Iglesia. Fue su padrino Alonso Alvarez, vecino de dicha ciudad, advirtiéndole el parentesco que contrae. José Agustín de Lago. (hay una rúbrica)".

Continúan las informaciones de don Luis Bermúdez de Castro: "La partida de casamiento, inserta en el folio 121, ofrece una particularidad: consigna los apellidos de padre y madre del contrayente y de la cónyuge no dice más que su apellido La Iglesia, sin mencionar padres, de donde parece inferirse, en relación con este último apellido, que la esposa era de La

Inclusa y no tenía padres conocidos... En el libro de fallecidos de la misma Parroquia consta la partida de defunción de Manuel de Bobes, que vivía en el número 2 de la calle del Postigo. Murió el día 26 de enero de 1787, sin testar, por no ser necesario, y dejando tres hijos: María, Josefa y José Tomás; se le enterró en la Iglesia del convento de San Francisco... De estos tres documentos irrebatibles e indudables se deduce que Bobes era bien Bobes y no Rodríguez; que los apellidos del padre eran Bobes y Fernández, y los de la madre La Iglesia, que es común a los recogidos por la Inclusa de Oviedo, no apareciendo un Rodríguez por niguna parte, ni aún en los padrinos de boda y de bautizo".

Lo que acaba de ser transcrito desvirtúa totalmente los rumores aceptados sin mayor investigación, sobre un parentesco inmediato del teniente coronel Benito Bobes, fugado del fuerte de Panecillo en Quito y reaparecido en San Juan de Pasto, con el formidable llanero que tantas veces puso en calzas prietas a los patriotas de Venezuela. Para que José Tomás Millán Bobes, el de Calabozo y de Urica, hubiese sido tío carnal de Benito, el de San Juan de Pasto, este último tenía que haber procedido

filialmente de María o de Josefa Bobes, hermanas del Tigre, y no llamarse Boves. Y para confirmar cierta opinión generalizada, a saber, para ser sobrino de doña Manuela, la madre de José Tomás, mujer cuyos padres no dejaron el menor rastro que los identificara, tal vez habría tenido que incrustar en su gracia el distintivo apellidante La Iglesia que según se ha visto, era el que recibían los niños expósitos en la Inclusa de Oviedo. A lo mejor, el iluso don Benito habría conseguido así más adeptos para su descabellada aventura en San Juan de Pasto.

Afirma Sergio Elías Ortíz que indiscutiblemente fue Agustín Agualongo quien cubrió "con su prestigio el movimiento" que encabezara el teniente coronel Remigio Benito Boves, que por todo lo anterior, no parece haber sido de los de José Tomás Millán Bobes. Sobre el particular, no caben dudas, Agualongo era una figura local conocida de marras, prácticamente desde su enganche en 1811 y desde el tiempo en que movía pinceles en algún taller del barrio de San Andrés; además, era un individuo fogueado en muchos combates y acciones de guerrilla, y ya un militar auténtico, teniente coronel por riguroso escalafón. Y así tuvieran aureola peninsu-

lar, comandancias y veteranía, no lo eclipsaban en su terreno otros de los fugados de Panecillo, como los comandantes españoles Domingo Martínez, Juan Muñoz y Francisco Moreno. No hay que olvidar tampoco que con Agualongo formaban cierta flor y nata de la milicia concentrada en San Juan de Pasto, entre otros, los coroneles Juan José Polo, Joaquín Enríquez, Francisco Angulo, José Canchala; los capitanes Ramón Astorquiza, Francisco Terán, Manuel Insuasti, Joaquín Guerrero; los civiles Juan Bucheli, Lucas Soberón, José Folleco, Francisco Ibarra, el cura de Buesaco Manuel José Troyano León y Calvo, y los presbíteros Martín Torres y Gabriel Santacruz.

En esa cúpula directora no podía faltar la apostura un poco dogmática de don Estanislao Merchancano, Gobernador militar y político, con su círculo de asistentes; pero algo hubo inexplicable, dadas las circunstancias y teniendo en cuenta desconsuelos populares todavía no amortiguados, de los que se hizo anterior señalamiento: la insurrección de Benito Boves no contó con el apoyo general y el fervor de los pastusos, como hubiera podido esperarse; bien medidas las dimensiones de la ocurrencia, lo

que hubo realmente fue algo así como un desahogo, no un acto colectivo de bravura, una trágica y multitudinaria explosión de sentimientos reprimidos desde la capitulación de don Basilio García. No fue poca la gente de la ciudad y también de los campos aledaños que miró la beligerante aventura con recelo, como si difusos presentimientos presionaran su conducta o como si los chapetones de Panecillo no lograran penetrar en su confianza. Por donde se comprueba que sin Agualongo, el antiguo oficial del Capitán General Juan de la Cruz Murgeon, no habría subido a la extrema condición de agresividad a que llegó; en verdad, era otro tercio de la Península, lo que ya tenía algún sentido, pero no era más que un sujeto sin antecedencia renombrada entre las clases sociales de San Juan de Pasto, en suma, un forastero no totalmente confiable por su carencia de raigambre en el pasado inmediato y entre los pobladores de la ciudad.

No es grave redundancia repetir que por el contrario, el veterano Agualongo gozaba de relaciones y respeto en el mundo oficial de la villa y entre el menos oficial y más silencioso de los conventos, y todo indica que aprovechó su amis-

tad y buena acogida en el monasterio de las monjas conceptas para depositar allí el arsenal de la revuelta. De acuerdo con una referencia de Sergio Elías Ortíz, "en el mayor sigilo se hizo el acarreo de las armas desde los montes vecinos al convento de monjas concepcionistas donde se conservaban vivos los más exagerados sentimientos monárquicos". La autoridad solitaria del coronel Benito Boves, por más persuasión que se desprendiera de su nacionalidad y su realismo, no hubiera almacenado en sitio tan seguro las herramientas bélicas diseminadas en los escondites montañosos de San Juan de Pasto. Y más complicada y laboriosa habría sido esa tarea preliminar si semejante refugio monárquico no hubiera existido.

Advertidas las secciones adictas y tomadas cuantas disposiciones inspiraban la prudencia y la estrategia, se señaló el 28 de octubre, año del Señor de 1822, para la proclamación de lo que iba a tener trazas de guerra santa. Cuatro o cinco centenares de milicianos y voluntarios campesinos se reunieron en la plaza principal y con la guía de los locutores contemporáneos, aclamaron a don Benito Boves como Comandante General de la Nueva División del rey y al coro-

nel Agustín Agualongo como subcomandante, y juraron destruir a los enemigos de Su Majestad Fernando Séptimo y de la Santa Religión o regar en la demanda toda su sangre ardorosa, monárquica y católica. Aunque multitudes arrolladoras no se sumaran a ella, la insurrección en San Juan de Pasto fue uno de los hechos más sonados y peligrosos en la lucha por la Independencia en el Sur colombiano, por su repercusión y por sus éxitos iniciales. En su libro *Obando,* Premio Nacional Guillermo Valencia en 1956, el doctor Antonio José Lemos Guzmán se expresa en estos términos acerca de Benito Boves y su pronunciamiento. "Alrededor de este nuevo Boves se van sumando todos los descontentos, los rebeldes, los reacios, los convencidos, y como ocurre siempre, los forajidos; a él no le importa sino su causa, y a quienes primero intima para que le den dinero es a los sacerdotes, porque ellos deben ser realistas y defensores de la fe; luego se echa a la lucha, pasa sorpresivamente el Guáitara y se le viene encima y fulminantemente al coronel Antonio Obando; el asunto toma cuerpo y ya este guerrillero inesperado domina desde Tulcán al

Juanambú —donde le ataja Obando— esparciendo la buena nueva de la reconquista".

En este momento se aparece la necesidad de preguntar: ¿cuál Obando? Forzosamente el general José María, que tan agitada, recia, cambiante y discutible actuación tendría en el Sur, mucho antes de sus resonantes y variables glorias republicanas, pues a raíz de su descalabro en Túquerres el coronel Antonio Obando, jefe militar de la Provincia, se lanzó velozmente por las rutas más cortas para llevar las alarmas a Quito y nada hace pensar que poseyera cualidades de tan diabólica naturaleza que, dirigiéndose al Sur, le fuera posible reaparecer de pronto en el Norte con elementos adecuados para atajar guerrilleros triunfantes o por lo menos sus sombras.

Prosigue el doctor Lemos Guzmán, página 75 de la obra citada: "El Libertador recibe las malas noticias en Quito, deja de pensar en los bellos ojos de doña Manuelita, olvida sus laureles, y ordena la marcha de dos mil veteranos al mando del general Antonio José de Sucre, para exterminar de una vez ese foco malsano, verdadero abceso que enferma la nueva patria; allí vienen el famoso Rifles, el de las alturas de

Cariaco, y también jefes como José María Córdoba, ya rubricado general en el campo de Pichincha. Boves también tiene sus ejércitos y en su cola van 700 fusileros y otras lanzas; no teme, porque la mayoría son pastusos, y bien sabe el temple de estos campesinos, y la seguridad con que puede fiarse. El grito y la rebelión cunden y como sortilegio de Popayán a Tulcán y hasta Ibarra, se levantan los realistas, escurriéndose por atajos, y apareciendo sobre las lomas, de modo mágico. Va a corresponder al nobilísimo y manso Sucre un triste papel, el más ajeno a su espíritu, pero el militar tiene que serlo y para él rige un código amargo e irrevocable, ese de que en las luchas decisivas no puede caber ni un ápice de sentimentalismo".

Es bien posible que no cometiera exageración el doctor Lemos Guzmán al decir que hasta Popayán se oyeron los gritos de la revuelta y las voces exaltadas del pueblo realista, al menos sus ecos debieron resonar en la vasta región del Patía, ardiente e inhóspita, donde desarrolló actividades guerrilleras en sus primeros años militares y al servicio del rey, su Corte y sus leyes, el futuro presidente de la República general José María Obando, en la pésima compañía

de Simón Muñoz, Juan José Caicedo, Joaquín Paz, Rafael Ledesma y otros pajarracos de armas tomar y cualquier bellaquería cometer.

De modo que a pesar de notorias diferencias o frialdades pastusas y de que numerosas familias optaron por retirarse oportunamente a sus haciendas, para no verse involucradas en la sediciosa aventura, ciertamente el valle y la montaña se fueron incendiando poco a poco con la noticia, trasmitida por los caminantes, las brujas y los vientos, acerca de la aparición en San Juan de Pasto de un adalid peninsular, especie de Santiago el Mayor, patrono de España, el de la espada flamígera de la Conquista, abriendo guerra contra los enemigos del rey y de la religión, asistido por Agustín Agualongo, por fogueados coroneles y capitanes criollos e igualmente por unos cuantos curas de pueblo, es decir, por caudillos eclesiásticos de los maestros en manejar simultáneamente la cruz y la espada.

1822

En la población de Yacuanquer, cabecera del Municipio del mismo nombre, fundada en 1539 por Lorenzo de Aldana, se alza hoy una estatua del general venezolano Pedro León Torres, fallecido allí a consecuencia de las mortales heridas que recibiera en la batalla de Bombоná, en que tuvo una actuación caballeresca y heroica. La estatua es un obsequio del gobierno de Venezuela en recuerdo del héroe y en homenaje a la hospitalaria localidad del Sur, que recogió su último aliento.

Aclamado como Comandante General de la Nueva División del Rey, don Remigio Benito Boves, que otros historiadores bautizan como José Benito, se preocupó sin demora por escoger un sitio estratégico para el establecimiento de su cuartel general, y terminó por hacerlo en la sección Moechiza, en jurisdicción del Muni-

cipio de Yacuanquer que, acendradamente católico, le suministró considerable material humano para sus filas. Además, las fértiles tierras yacuanquereñas atendieron con prodigalidad el abastecimiento del ejército. En las primeras décadas del siglo XX y como si se tratara de un insoslayable atavismo, Yacuanquer fue uno de los grandes baluartes electorales del partido conservador en el Sur.

No escasean leyendas y figuraciones, lo mismo que la literatura histórica en relación con los acontecimientos que ocurrieron en San Juan de Pasto y sus proximidades en 1822, penúltimos de la contienda que había de concluir allí como en otros lugares con la consolidación de la Independencia. De manera que para no dispersar la narración en citas innumerables, quizá resulta de buen consejo concretarla en una sola, que será la que relata los episodios, el proceso, las circunstancias en fin, que condujeron al sofocamiento de la revuelta.

Un poco al socaire de la realidad, hay que convenir en que el Boves escapado de Panecillo para alzar banderas sediciosas en San Juan de Pasto, no se hallaba escasamente acompañado en su temerario emprendimiento; si no grandes

números y pechos capaces de amurallar la ciudad rebelde, lo respaldaban la prédicas y demás reservas eclesiásticas de los presbíteros Gabriel Santacruz y Martín Torres, la eficaz aunque subrepticia y lógica simpatía de las monjas concepcionistas, la preparación militar de los comandantes peninsulares que escaparon a la detención en Quito, y el ánimo de los coroneles y capitanes pastusos que a nada aspiraban sino a pelear otra vez, por ideales reconocidos. Sea lo que fuere, ni estos jefes ni las fuerzas disciplinadas o colecticias bajo su mando, representaban la totalidad de la población sureña, sobre la cual planeaban primero el tratado de paz del ocho de junio y segundo la creciente incerteza de una acción general de reconquista que España se decidiera a emprender. Y así, pues, la indiferencia de algunas clases acomodadas y de otros miembros del clero, encabezados por el presbítero Aurelio Rosero, Juez Eclesiástico de la ciudad, indispuso los hígados de Boves que en un súbito afán autoritario ordenó la elaboración de una lista de contribuyentes que bajo coacción atendieran las urgencias de las nuevas tropas del rey; en el plazo perentorio de tres días deberían entregar en las improvisadas ca-

jas de la intendencia, entre cien y cuatro mil pesos por persona; las sanciones por renuencia o por omisión iban desde el embargo y la subasta inmediata de los bienes hasta el fusilamiento, acto de terrorífica drasticidad que cumpliría la División Real, con el antiguo coronel de Pichincha a su cabeza. Esto último pudo ser más una amenaza efectista que una decisión irreversible.

Entre otras dificultades y desacuerdos, "una polémica, por no decir de una vez una guerra colateral de cánones y excomuniones se desprendió de la notoria falta de unanimidad, entre el Juez Eclesiástico Rosero y el Vicario Manuel José Troyano León, nombrado Capellán General, en que salieron a relucir el Concilio de Trento y el palio bajo el cual cinco meses antes entró en San Juan de Pasto el Libertador. Por fortuna en este pleito no se registraron muertos y heridos, aunque sí excomulgados; cuando mucho en el fragor de la contienda teológica hubo cruce de silogismos y de latínes, armas que de acuerdo con la experiencia, a nadie le han causado la muerte".

"Fuera lo que fuera y pese a las reservas mentales y a las polémicas, la insurrección ini-

ciada el 28 de octubre de 1822 con el coronel Remigio Benito Boves al frente, alcanzó a reclutar no menos de mil quinientos hombres, lo que constituye un contingente de mucha importancia, y con ellos se paseó engreídamente por la Provincia de los Pastos, desbaratando a su Gobernador, el ya mencionado coronel Antonio Obando cuyos trescientos fusiles le fueron de preciosa utilidad. Cuenta don José Manuel Groot, que Boves regresó de Túquerres con mil quinientos caballos y tres mil reses, que sin duda no pagó en su valor comercial —o en ningún valor— y se parapetó en Taindala, otra sección del Municipio de Yacuanquer, entre los sobrecogedores peñascos que le hacen corte poco menos que fantasmagórica al río Guáitara, y allí rechazó causándole serias pérdidas al propio general Sucre, vencedor en Pichincha, que hubo de volver la cara y la tropa hacia Túquerres para reorganizar sus efectivos. Una vez rehechos y preparados en el saludable clima de la Sabana de Túquerres, los batallones Rifles, Vargas, Bogotá, Dragones de la Guardia, Cazadores, Guías y Milicias de Quito, superaron los peñascales y elevaciones entre Yacuanquer y Pasto, y peleando sin respiro descendieron a la

ciudad por las cuestas de Caracha hasta el barrio de Santiago, sin que la feroz resistencia que en todas partes encontraron debilitara su ímpetu".

"Por el número de combatientes, los movimientos de conjunto, las luchas cuerpo a cuerpo, el arrebatamiento o la ira de parte y parte, la duración, los muertos, la de San Juan de Pasto fue una verdadera batalla y se habría prolongado quién sabe por cuanto tiempo si el desconcierto no hubiera surgido para quebrar el ánimo de los realistas, al cundir en la peor fase de la refriega, la conseja o la voz inesperada de que peleaban sin jefe, de que se sacrificaban en una acción inconexa, individual, desordenada. Se ignora si asumiendo de pronto la disolvente certeza de su inferioridad y por ende de su fracaso, y acosado ya por la visión o la pesadilla de su fusilamiento, el general de pocos días don Remigio Benito Boves resolvió en buena hora para él y en compañía de sus curas revoltosos y de sus paisanos españoles, tomar el primer camino abierto, el menos peligroso, que sería el del Oriente, hacia La Laguna, donde encontraría caballos de relevo, y luego las trochas a Sibundoy, las rampas de Mo-

coa, las escampavías o chalanas del Putumayo, del Amazonas y del misterio. Ya no le importaban la suerte de la ciudad ni la del flamante y desgraciado ejército nuevo del rey. Agualongo, por su parte, debió comprender con mayor sensibilidad indígena y por lo tanto a buen tiempo, que ya no era aconsejable correr más riesgos, y tampoco dijo la crónica a qué hora abandonó los campos donde se combatía; ante la certidumbre del desastre, no le quedó más remedio que desaparecer, rumbo a sus montañas protectoras".

Más adelante serán presentados algunos cuadros escalofriantes de la terrible jornada; por ahora no queda fuera de lugar referir que "el Libertador arribó a San Juan de Pasto dos o tres semanas después y que fueron rígidas en extremo y hasta penosas las medidas que dictó; es de suponer que lo sucedido arrancaba de raíz toda posibilidad de mansedumbre. El nuevo Vicario, don Aurelio Rosero, que no solamente se opuso sino que condenó la revuelta, hizo saber a los ciudadanos en general y a los miembros del clero en particular que "por orden del Libertador Simón Bolívar deberían presentarse en la Santa Iglesia Matriz el diez y

nueve de enero, a las nueve en punto de la mañana, para oir una misa de acción de gracias y jurar la Constitución de Colombia". Según anotaciones de monseñor Justino Mejía y Mejía "el notario José María de la Torre notificó al cura Excusador de la Iglesia Matriz, José de Paz y Burbano; al de Jongovito, Miguel de Rivera; al de Matituy, Toribio Rosero, y a los presbíteros Estanislao Martínez, Francisco Villota, Vicente Guerrero, Fernando Zambrano, Juan Astorquiza, Francisco Bucheli, Manuel de Pazos, Julián Rojas, Ignacio Figueroa, Fernando Burbano y Gaspar Martínez. Los nombrados atendieron la notificación, desatenderla hubiera equivalido a contravenir órdenes superiores terminantes, y rodeado de numerosos civiles, el Venerable Clero Secular y Regular asistió a la misa y juró, además, la Constitución.

Resulta tan innecesario como difícil, por la oscuridad con que el tiempo cubrió las huellas y el paradero final del coronel Benito Boves, dedicarle otra mención si no de importancia, al menos de añadidura y epílogo de su fugaz comandancia general y de su empecinado intento militar. Quien más se acerca a la escapatoria y a los rumbos finales del fugitivo es el

general Daniel Florencio O'leary cuando vagamente indica que "penetró por las montañas que conducen a las cabeceras del Marañón, descendió el río y llegó a las costas del Brasil", aventurándose probablemente por Manaos y Belén do Pará. La curiosidad puede quedar insatisfecha, pero la de Benito Boves es una aureola momentánea, disuelta por los vientos de la derrota, que en nada se compara con la de su pariente o no pariente José Tomás Millán Bobes, "monstruo con cara humana" al decir de don Julio Mancini, "que pasaba con sus soldados como un huracán devastador". En fin de fines, la figura de Benito el de Panecilo no pertenece al mundo heroico ni merece que los historiadores encanezcan y pierdan su valioso tiempo buscándola después de la refriega de San Juan de Pasto. A lo mejor regresó a España en un barco portugués y murió atiborrado de fastidio y de padrenuestros en algún rincón de su tierra asturiana.

Comentó en sus *Memorias* el mencionado general Daniel Florencio que "los pastusos recibieron el castigo de sus crímenes y estupideces", pero en esos renglones se cuidó de decir el galoneado cronista irlándes lo que fue realmen-

te la tragedia de la ciudad que el grupo de escapados de Quito comprometiera en una empresa colindante con el absurdo. Aquel negro suceso fue otro de los espantos de la guerra, de los que en algunas ocasiones diabolizaron con inhumanas escenas la de la Independencia. Ya se verá más adelante en que consistió el castigo que según el general venido de Irlanda, merecieron "los crímenes y las estupideces de los pastusos".

Sin malicia ni exceso de ironía hay que deducir que de los revoltosos no quedó nadie, porque así se lo dice el general Sucre al Libertador en carta de fecha 27 de diciembre, cuando todavía su ejército, y muy especialmente el Batallón Rifles, tan valeroso, pero gran Dios! tan vengativo, —por no decir también tan asesino— se hallaba sumamente *ocupado* en la ciudad: "Mi General: Vino el correo esta tarde y pensé tener oficios o cartas de U., y nada ha llegado; lo siento porque deseaba alguna comunicación suya. —De oficio digo a Pérez lo poco que se sabe. No he mandado aún ningún cuerpo en persecusión del enemigo porque aunque he enviado espías por todas partes, no sé aún dónde están, y sería molestar la tropa sin dirección ni

objeto; porque la deserción de nuestra tropa no la temo aún, pues está muy contenta (!) y creo que poca deserción sufriremos; la persecución al enemigo no se puede hacer porque no se sabe dónde está..." Naturalmente, Bobes en el Putumayo, Agualongo y sus tenientes en las montañas y un montón de pastusos en el cementerio.

UNA CIUDAD OFENDIDA

Con el título de Una Navidad Sangrienta, el autor recogió en la triste crónica que viene a continuación muchas reminiscencias del drama que siguió a la toma de San Juan de Pasto por las fuerzas republicanas del general Antonio José de Sucre, entre el 23, el 24 y el 25 de diciembre de 1822. Por supuesto, hay otros relatos escalofriantes y tradiciones que producen tanta inverosimilitud como dolor, y hasta tal punto que cien años después cualquier alboroto callejero, sobre todo nocturno, hacía pensar a la habitancia de los barrios de Santiago y Chorro Alto y aún a la de San Andrés, en una nueva llegada de Los Rifles. De lo cual se colige que el famoso Batallón no pasó por San Juan de Pasto en 1822 precisamente como un vuelo de palomas.

"Qué lucido ejército traía bajo sus órde-

nes el futuro mariscal de Ayacucho!. Estaba compuesto ni más ni menos que por los curtidos batallones Bogotá, Vargas y Rifles, los escuadrones de Guías, Cazadores Montados y Dragones de la Guardia, además de otras milicias de Quito, un conjunto capaz de partir el sol con cualquier enemigo en cualquier terreno del mundo. No vamos a relatar las peripecias anteriores al combate del 24 de diciembre; bástenos decir que comenzó el 23, en el paso acostumbrado del Guáitara, desarrollándose en etapas por una topografía quebrada, larga, escabrosa, hasta el atrio de la iglesia de Santiago, frente al viejo camino de Caracha a Yacuanquer, en el extremo sur de la ciudad. Ahí está hoy remozada y airosa la iglesia de Santiago, cuya fachada mira ligeramente en diagonal hacia el Galeras y también por el ojo izquierdo, a las zonas por donde en suave ascenso se retorcía aquel camino histórico, utilizado entonces por los pastusos para retirarse y por Sucre para avanzar". El nombre de la iglesia provenía sin duda de que fue consagrada así a la imagen del apóstol en ella venerada, con el respeto y beneplácito de los franciscanos o capuchinos sembrados por tiempos inmemoriales en San Juan

de Pasto. En este como en otros casos resulta inocuo detenerse para investigar la razón o el principio de los destinos cuya trascendencia se pierde con la costumbre.

"Según referencias de la crónica, la propia imagen de Santiago fue colocada en medio de los defensores, como un gran general de madera, callado e inmóvil, pero no hizo papel alguno y más bien, cayó al suelo en uno de los lances del combate, mientras unos cuantos de sus decepcionados partidarios le echaban en cara tan lamentable ineptitud. También es cierto que en aquella ocasión los pastusos se equivocaron de general y se mostraron inconsecuentes y olvidadizos con la Virgen de Las Mercedes, que en otras hostilidades los condujo a la tranquilidad o a la victoria".

El general Antonio Nariño dió una similar prueba de fe cuando en la primera guerra civil de la naciente República, cuya independencia no se conocía en la práctica sino en los buenos deseos y en importantes actas y otros documentos, sacó en procesión y ciñéndole al cinto una lucida espada de general, la imagen del Señor de Monserrate, venerada en Santafé. Después, cuando Nariño vino a San Juan de Pasto en

desarrollo de la primera gran campaña por la libertad, los pastusos sacaron contra él un Jesús Santísimo, que a su turno hacía las veces de comandante general. Corriendo los días y los azares de la guerra, republicanos y españoles se pelearían los favores de la imagen de la Virgen de Chiquinquirá. La verdad es y en su homenaje sea dicha, que los cuadros sagrados y los santos de madera a nadie mataron, no siendo más que maravillosos estímulos de la fe.

Sobre estas materias, los relatos van más lejos, y hablan, por ejemplo, del ya citado apóstol Santiago, que actuó belicosamente contra los aborígenes en Chile. Don Alberto Mario Salas dice que "Santiago es el santo más agresivo e intolerable contra los infieles, sus atributos no son de paz, sino de lucha: caballo, lanza y espada flamígera". Hay noticia de que la Virgen se apareció durante el sitio de el Cuzco, pero sin más armas que una intensa luz y una delicada lluvia de rocío. Cómo evitar la idea de que toda resistencia a la Conquista fuera inútil, si los poderes sobrenaturales daban muestras de estar coaligados con el rey y las huestes de España!

Sea como fuere, Santiago no puede ser con-

siderado como un coadjutor de una sola pieza con los españoles y subrayarlo de alguna manera equivale a formular un reclamo indirecto a las leyendas y a su tortuosa verdad. Sin embargo, ellas cuentan que jinete en caballo fogoso y con tizona resplandeciente, Santiago combatió contra el cacique Michimalongo en Chile; en cambio, en su figura de apóstol y de predicador no le sirvió sino de estorbo a los realistas de San Juan de Pasto. Sería irrespetuoso imaginar que gozaba del privilegio de la contradicción.

"A las tres de la tarde la dispersión de los facciosos se hizo incontenible; Boves echó camino del oriente en compañía de unos clérigos españoles y varias gentes de fusil; Agualongo, Merchancano y sus tenientes se acogieron a los montes hospitalarios. Y entonces, bajo la vista gorda del general Sucre, los vencedores se entregaron al saqueo de la ciudad, distinguiéndose por sus atrocidades el famoso batallón Rifles, con su jefe Arturo Sanders —otros escriben Sandes— a la cabeza. Numerosos personajes de las letras, las armas y la Iglesia, se han ocupado de aquellos sucesos inverosímiles, como va a verse enseguida:

"Don José Manuel Groot: Las tropas irri-

tadas con la obstinada guerra que les hacían los pastusos, saquearon la ciudad y el general Sucre hubo de permitírselo. Allí no hallaron casi gentes, todos los hombres habían huído, no habían sino las monjas y algunas mujeres refugiadas en el convento". Ningún esfuerzo mental hará el lector para caer en cuenta que se trataba del Convento de Monjas de la Concepción.

"Don Carlos Pereyra: Sucre tuvo que destrozar a los combatientes y tuvo que presenciar después, lleno de un profundo desaliento, la matanza que siguió al combate y la destrucción de un pueblo.

"El general Tomás Cipriano de Mosquera: El encono del batallón Rifles por el rechazo que sufrió en Taindala en el mes anterior, le hizo ser cruel y no dió cuartel, de lo que provino que murieron más de cuatrocientos hombres, mientras los cuerpos del gobierno nacional solamente tuvieron seis muertos y cuarenta heridos. El general Sucre tuvo que restablecer la disciplina y sujetar al Rifles, poniéndose a la cabeza del batallón Bogotá. Este castigo cruel que sufrieron los pastusos produjo que la guerra durara dos años más.

"El general José María Obando: No sé có-

mo pudo caber en la cabeza de hombre tan moral, humano e ilustrado como el general Sucre la medida altamente impolítica y sobremanera cruel de entregar aquella ciudad a muchos días de saqueo, de asesinatos y de cuanta iniquidad es capaz la licencia armada; las puertas de los domicilios se abrían con la explosión de los fusiles para matar al propietario, al padre, a la esposa, al hermano y hacerse dueño el brutal soldado de las propiedades, de las hijas, de las hermanas, de las esposas; hubo madre que en su despecho salióse a la calle llevando de la mano a su hija para entregarla a un soldado blanco antes que otro negro dispusiese de su inocencia; los templos llenos de depósitos y de refugiados fueron también asaltados y saqueados; la decencia se resiste a referir por menor tantos actos de inmoralidad...

"El general Daniel Florencio O'Leary: En la horrible matanza que siguió, soldados y paisanos, hombres y mujeres, fueron promiscuamente sacrificados.

"El doctor José Rafael Sañudo: Se entregaron los republicanos a un saqueo por tres días, y asesinatos de indefensos, robos y otros desmanes hasta el extremo de destruir como

bárbaros al fin, los archivos públicos y los libros parroquiales, cegando así tan importantes fuentes históricas. La matanza de hombres, mujeres y niños se hizo aunque se acogían a las iglesias, y las calles quedaron cubiertas con los cadáveres de los habitantes; de modo que "el tiempo de los Rifles" es frase que ha quedado en Pasto para significar una cruenta catástrofe. Quizás el haber permitido Sucre tan nefandos hechos, dió causa a que la Providencia señalara los términos de Pasto ocho años después...

"El doctor Roberto Botero Saldarriaga: Al combate leal y en terreno abierto sucedió una espantosa carnicería; los soldados colombianos ensoberbecidos por la resistencia, degollaron indistintamente a los vencidos, hombres y mujeres, sobre aquellos mismos puntos que tras porfiada brega habían tomado. Al día siguiente, cuatrocientos cadáveres de los desgraciados pastusos, hombres y mujeres, abandonados en las calles y campos aledaños a la población, con los grandes ojos serenamente abiertos hacia el cielo, parecían escuchar absortos el Pax Omnibus que ese día, del nacimiento de Jesús, entonan los sacerdotes en los ritos de Navidad.

"El padre Aristídes Gutiérrez, sacerdote

oratoriano: El padre Villota pasó por la terrible prueba de ver su tierra natal convertida en un lago de sangre, pillaje y degüello por tres días, el 24, 25 y 26 de diciembre de 1822, en los cuales el batallón Rifles cometió atrocidades inauditas de barbarie y salvajismo.

"Don Pedro María Ibáñez: Aquella población fue tratada por los soldados de Sucre como país enemigo; sacrificaron sin piedad a los obstinados y valientes guerrilleros y apagaron con esos triunfos la terrible insurrección.

"El doctor Leopoldo López Alvarez: Ocupada la ciudad, los soldados del batallón Rifles cometieron todo género de violencias. Los mismos templos fueron campos de muerte. En la Iglesia Matriz le aplastaron la cabeza con una piedra al octogenario Galvis, y las de Santiago y San Francisco presenciaron escenas semejantes.

"El doctor Ignacio Rodríguez Guerrero: Nada es comparable en la historia de América, con el vandalismo, la ruina y el escarnio de lo más respetable y sagrado de la vida del hombre, a que fue sometida la ciudad el 24 de diciembre de 1822, por el batallón Rifles, como

represalia de Sucre por su derrota en Taindala, un mes antes, a manos del paisanaje pastuso armado de piedras, palos y escopetas de caza".

Nadie caería en la sinrazón de poner en duda lo que dijeron los personajes citados arriba, ninguna de sus palabras proviene de lo inverosímil o de la equivocación; desde luego a nadie consolaría la idea de que el batallón Rifles fue el único protagonista de la criminal hazaña, fueron soldados republicanos quienes la consumaron, y en fin, todas esas cosas, que no solamente las batallas triunfales y las jornadas inmarcesibles, conforman la historia de Colombia, lo mismo que la de cualquier otro país y quien honestamente las recoja no hará más que pintar el pasado con los colores de la realidad.

Quién sabe por qué motivo el general Sucre en su parte de guerra no hizo la menor alusión a los desmanes del Rifles ni habló claramente de los sufrimientos de la ciudad; se limitó a explicar las operaciones antecedentes, a recomendar al teniente coronel Wright y a otros coroneles graduados, a los capitanes Fergusson y Brown, todos extranjeros, en espera de que el jefe de Estado Mayor le indicara otros más. El parte terminó así: "Mi edecán, el teniente co-

ronel Chiriboga, que pondrá en manos de V. E., esta comunicación, tendrá el honor de presentar a S. E., el Libertador la bandera tomada a los enemigos, que formaba su señal de rebelión".

El éxito no ha coronado las pesquisas adelantadas para descubrir qué colores tenía la bandera de los facciosos de San Juan de Pasto, que, en cumplimiento de su encargo, el teniente coronel Chiriboga debió entregar al Libertador, pero nada impide imaginar que fuera una insignia española, confeccionada acaso en el convento de la Concepción o por otras hábiles manos pastusas, y con todos los signos reales de entonces. Para Benito Boves debió ser el estandarte habitual y lógico de su carrera y de su servicio y para Agualongo su enseña natural, la de su corazón; no se sabe que hubiera creado una representativa o exclusivamente simbólica de su movimiento; de toda evidencia, él nunca peleó para sí, para sus personales ambiciones, para fundar, por ejemplo, otra nación independiente en su tierra nativa, independiente o con irradiaciones peninsulares, en el territorio que don Sebastián de Belalcázar, don Lorenzo de Aldana, don Pedro de Puelles y con estos con-

quistadores, innumerables misioneros y personal de conventos colonizaron. Qué de disonante habría tenido que fuera la de España aquella bandera solitaria de los insurrectos? Hasta hace algunos años, no muchos por cierto, en la iglesuca de un pueblecito de indios, ubicado entre el Cuzco y Matchupitchu, donde para acompañar la misa dominical todavía sonaba un organillo de rejos, traído por Almagro o alguno de los Pizarros, adosadas a la pared y a los dos lados del altarcillo lucían dos banderas, una de España y otra del Perú.

Conviene anotar sin doble sentido y muy de paso, que entre los militares de graduación que entraron en San Juan de Pasto con los batallones del general Sucre, para debelar una revolución que no por lo limitada dejaría de ser peligrosa, se contaban algunos de arrestos ya por entonces harto conocidos, pelo en pecho, entrañas de piedra y pésimas pulgas, a su vez ellos conocían el valor hasta las entretelas, pero no la misericordia; eran el granadino Hermógenes Maza y el venezolano José Trinidad Morán que había de morir después, fusilado en Arequipa. Y "así fue cómo en la noche del 24 de diciembre de 1822 no hubo en la ciudad de

San Juan de Pasto, ni farolitos de colores, con velas de sebo, ni villancicos, ni reuniones familiares, ni misa de gallo, ni campanas de Navidad".

Se dijo en otro lugar que Agustín Agualongo, segundo jefe de los revoltosos, desapareció de la lucha cuando lo juzgó prudente, acogiéndose a sus amparos del monte, que no estarían en el sur, donde el riesgo era inminente de que se topara con patrullas republicanas; como buen guerrillero no ignoraba que los territorios dominados por huestes vencedoras se tornan de inmediato siniestros para los vencidos. En elemental consecuencia del desastre, ni por grave necesidad Agualongo o alguno de sus conmilitones, Angulo, Merchancano, Toro, Enríquez, Polo, Astorquiza, regresarían a la zona del Guáitara, mucho menos a los caminos de Túquerres. El oriente, hacia donde enfilaron el malaventurado Boves y los suyos; el norte y también el occidente les ofrecerían la protección y seguridad que desesperadamente buscaban. No faltarían en aquellas regiones campesinos amigos que con generosidad, silencio y ojo avizor oteasen las sendas, los vallados y las lomas, aparte de proveer al sustento de aquella plana

mayor casi milagrosamente escapada del exterminio. De una tía del coronel Joaquín Enríquez, llamada igualmente doña Joaquina, quedó un bondadoso recuerdo: se transformó en ángel tutelar, brindándoles el estímulo de su solidaridad y su cariñoso cuidado; su mesa campesina estuvo servida bien con mazamorra, bien con choclos asados en el rescoldc de la tulpa, bien con cuyes acompañados de papas chorreadas y ají de huevo, y no faltó un solo día el agua de panela con queso casero para cerrar la comida montañera de los coroneles del rey —que ni siquiera tendría indicio de su existencia— amparados por el gran corazón solidario de una anciana indomable como ellos, católica, apostólica, romana, y fiel a ciegas como ellos al ignoto monarca que desde la ensoñada España continuaba irradiando sobre las Américas como un faro poderoso e inaccesible.

Con su consejo y su buen sentido debió doña Joaquina participar en los conciliábulos de los coroneles que admitían haber sido derrotados, pero en ningún caso vencidos. Andando el mes de febrero de 1823 habían trazado nuevos planes a desarrollar ya no bajo el comando de

otros Benitos por más Boves que fueran o por más peninsularidad e investidura de tercios que demostraran, y ya sin la bendición y la camándula de otros curas nativos de Aragón o de Castilla, de los que servían para todo, para absolver pecadores y disparar cañones como lo hizo don Félix Liñán y Haro, secretario de la Diócesis de Popayán. En esta vez la guerra correría por cuenta exclusiva de los naturales de la región, sin jefaturas forasteras y menos las de sujetos ya tiznados en otros lugares por la mala suerte o por la incompetencia.

Todos exponen su criterio y finalmente y en forma unánime, designan al coronel Agustín Agualongo para la dirección suprema de las operaciones militares, Merchancano asumirá las responsabilidades del gobierno civil. "Este Agualongo —dice el doctor Antonio José Lemos Guzmán— es un prototipo nuestro, personificación racial propia y también de un sistema de lucha". A lo que el académico Sergio Elías Ortiz agrega: "Valor temerario, su actividad prodigiosa, su capacidad de mando, sus dotes de hombre tenaz, abnegado y fuerte, lo indicaban para el cargo. Ninguno de los demás

podía presentar una hoja de servicios más limpia de faltas y más honrosa que él, que desde 1811 no había soltado las armas y que de soldado voluntario, por sus propios méritos, había alcanzado uno de los títulos más altos en el escalafón del ejército real y eso contando con que los jefes españoles que lo habían tenido a sus órdenes eran parcos en los ascensos y antes los regateaban con evidente injusticia". Tanto más en tratándose de un criollo sin linaje, sin prosopopeya y sin proximidad de ninguna clase a los ujieres y porteros de la Corte, para no mencionar contactos de mayor elevación, que de todos modos hubieran sido imposibles.

Sellado el entendimiento con fuertes apretones de mano y con dos o más copas de "chancuco", aguardiente fabricado a espaldas del estanco, Enríquez, Polo, Calzón, el indio Canchala, cacique de Catambuco, Jerónimo Toro, de la temible legión patiana, el negro Francisco Angulo, el capitán Ramón Astorquiza, de notable familia pastusa, y otros personajes de las mismas convicciones y de igual reciedumbre, se dispersaron rumbo a sus destinos respectivos. Sus instrucciones no eran otras que

levantar partidas, armarlas hasta donde fuera posible, prender fuego en sus sentimientos, adiestrarlas para la guerra y cumplir las órdenes que oportunamente recibirían por conductos reservados. Cualquiera que fuera su suerte, ninguno de aquellos hombres faltaría a su palabra; al empeñarla, empeñaban también su vida y todos se mantuvieron invulnerables hasta el fin.

LA NUEVA VENDEE

Subrayan algunos historiadores la circunstancia de que con excepciones absolutamente personales, en el nuevo alzamiento ya no tomarían parte activa y medular las castas privilegiadas de San Juan de Pasto, la aristocracia estructurada allí como en otras ciudades del Nuevo Mundo gracias a las hidalguías y otras variadas alcurnias venidas de España en usufructo o ejercicio de prebendas coloniales, y que mas o menos hasta el primer cuarto de siglo en el que declina, conservaban huellas un poco pálidas del viejo estilo, pero aún visibles sobre todo en las clases afiliadas al partido conservador. Numéricamente y con autoridad que pudiera en alguna forma ser considerada como legítima, la aristocracia de San Juan de Pasto no se vió representada como antes en las fuerzas realistas; quizás se sintió inconforme con la jefatura de Agualongo que

era un hombre del pueblo, por no decir de una vez un indio incontaminado.

En tales condiciones, para sus aventuras de 1823 los vendeanos neogranadinos del Sur ya no contarían con grandes alianzas de sangre azul ni de apellidos sonoros y sobre todo reverenciables. Tendrían que contentarse con muchos Jojoas y Pachajoas, Matabanchoyes, Naspiranes, Montánchez, Capies, Pascuazas, Pasuyes, Naspucíles y cien otros representativos de las tribus y agrupaciones étnicas diseminadas en las vastas comarcas de su tierra. En las renovadas filas de los defensores del rey ya no habría superabundancia de Santacruces, Villotas, Burbanos, Soberones, Vivancos, Follecos, Zambranos y otras lumbreras del poder económico y de los empleos públicos. La revuelta de Agualongo va a ser, pues, empresa exclusiva de algunos artesanos, del pueblo de los campos y del humilde vecindario que rodea la ciudad como un cinturón indígena, gentes simples por lo general, pero que con criterio de bronce creen defender lo que Dios les dió, a saber, un soberano y una religión.

Aparte de la raigambre a la vez sencilla y profunda de sus sentimientos, es preciso con-

siderar también lo limitado de sus ideas; para los indígenas de La Laguna, de Siquitán, de Chacapamba, de la hacienda de Las Monjas Conceptas donde había de ser fundada más tarde la importante población de Sandoná; para los indígenas de Guapuscal, de Sucumbíos, del Rosal del Monte, de Chitaúrco, de Matituy, etc,. no existían más concepciones e imágenes políticas que el monarca y la monarquía, ni más razones del alma que las que iluminaba permanentemente el culto católico y fortalecía el ejercicio acendrado de sus ritos. Tendrían para ellos un sentido más comprensible y un mayor atractivo la constitución republicana y la patria libre? Lo que hicieron en aquellos días ensangrentados no fue más que una terca y numantina demostración de fidelidad a sus creencias, y con esa prueba de que podían matar y morir en defensa de unos principios, no malograron la historia colombiana, lo que hicieron en realidad fue contribuir a su grandeza. Sin ofender a nadie y permitiéndole un breve exceso a la imaginación, podrían ser considerados como unos comuneros al revés. Y fuera de su marco, existe la certeza de que en ninguno de los países libertados por Bolívar la Independencia encontró caminos abiertos o

sembrados de rosas. Viejos derechos e instituciones y gentes que a la ligera no podrían ser tildadas de irreflexivas, menos de infames, se defendieron con el encarnizamiento que era de preverse, ya que fácilmente no habrían de renunciar a trescientos años de vida y de costumbres así fueran coloniales.

Refiriéndose al pueblo de que Agualongo fue caudillo irreductible, Sergio Elías Ortiz, tan digno de respeto como historiador y como humanista, dice lo siguiente: "Se puede acusar a ese cristiano pueblo de tozudez, de fanatismo, si se quiere, pero no de salvaje, criminal, infame... Estaba en un error involuntario, ciertamente, pero con la mayor buena fe del mundo. Así lo creía y por ello peleaba y sacrificaba su vida con un valor espartano y una pureza de intención de que hay pocos ejemplos en la historia. Pueblos... como el de Pasto de Agualongo, son dignos de admiración y del respeto de las generaciones, antes del insulto procaz de quienes nunca ahondaron en la psicología de los pueblos, ni los estudiaron al través de su ambiente y de su tiempo".

En armonía con lo anterior, se transcriben enseguida algunos conceptos de don Guillermo

Ruiz Rivas, tomados de su obra magistral *Bolívar más allá del Mito:* "Sobre los pastusos se desató la furia republicana con una severidad que sobrepasa las crueldades cometidas durante esa penosa lucha por la libertad. Culpa de ello fueron, la tremenda importancia de su situación estratégica y el valor sobrehumano de sus habitantes, educados entonces en el amor de España y de su clero. Nuestros próceres los tildaron de traidores, canallas y perversos, infames, además de pretender su destrucción. O'Leary, como narrador muy cercano, también se hizo eco, utilizando esos adjetivos. Pero nunca, jamás, nadie los tildó de cobardes. Su valor quedó consagrado en la historia, no obstante la causa que defendieron con fidelidad conmovedora, ni el peligro a que sometieron a la libertad de América. Con el advenimiento de la República, esa raza maravillosa se incorporó por su voluntad al movimiento, puso al servicio de la patria las grandes ejecutorias de su espíritu, adoptó para su territorio el insigne nombre de Nariño y supo olvidar con nobleza, las vejaciones a que la sometió el Destino. Los hijos de Nariño son los mejores soldados del país".

LOS PACIFICADORES

Bartolomé Salom

Por lo general, el lector desprevenido y con mayor razón el aficionado a la historia, conservan cierta simpatía por algún personaje del pasado. Se sienten atraídos por la gloria, la luz de la inteligencia, las virtudes humanas en fin, cuando destellan por la fuerza de su acendramiento. Julio César, Napoleón, Simón Bolívar, promoverán siempre y en tal sentido, admiración multitudinaria; pero así mismo y aunque parezca inadmisible y contradictorio, Nerón, Atila, Hitler, quizás alguno de los "caudillos bárbaros" de Los Andes, pueden contar con simpatizantes, ya que los gustos y las preferencias nunca se forman sobre medida. De otras circunstancias dependen a veces la predilección y el valimiento, y es así cómo en ma-

teria de remembranza histórica, para los colombianos ejercerá siempre don Abraham Lincoln atracción infinitamente superior a la que pudiera desprenderse de don Teodoro Roosevelt.

En este orden de ideas, no es imposible que los neogranadinos contemporáneos, de los ya bastante escasos que suelen volver las miradas y derivar emociones de algunos momentos pretéritos de la patria, centren sus preferencias en la acción política de próceres como don Antonio Nariño y don Francisco de Paula Santander, y en la militar del general José María Córdoba, que en la acción humana de otros de posición igualmente elevada en los anales republicanos, y quizás aprecien con mayor simpatía a los autores civiles de la Independencia que a los militares que la pelearon, cualesquiera que sean las causas que explican esa especie de fijación de la sensibilidad.

Entre otras razones, vale la pena tener en cuenta que la conducta es siempre una base máxima del atractivo, y en este sentido es oportuno recordar que en su mocedad el almirante José Padilla era un pobre negrito de las playas de Ríohacha; nadie le negaría hoy su gratitud y su loor y respeto por haber con-

tribuído tan eficazmente a la fundación de las instituciones republicanas.

Nada de raro es que el paso de los años haya disminuído el resplandor siniestro que solía emanar de los nombres de Pablo Morillo, Juan Sámano, José Tomás Bobes, Tomás Morales y tantos otros de cruel aunque obligado comportamiento; le habrá costado mayor trabajo a la incesante procesión del tiempo desvanecer el mal recuerdo que dejaron en San Juan de Pasto los generales venezolanos Bartolomé Salom, Juan José Flórez y Juan de la Cruz Paredes; si tal cosa ha ocurrido, como no sería error imaginarlo, de todos ellos, al igual que de Arturo Sanders, comandante del Rifles, se hablará tal vez con acento perdonante, pero en jamás de los jamases con simpatía, a pesar de que en la serenidad de hoy sea posible aceptar una explicación para la horridez de su conducta.

Salom tuvo parte mandatoria en las acciones represivas de la insurrección pastusa y recibió del Libertador el nombramiento de Gobernador Militar de la Provincia, con instrucciones especiales para asegurar su pacificación definitiva. Nació en Puerto Cabello en 1780 y re-

nunciando a su inicial oficio de comerciante, se afilió a la causa republicana, obteniendo en breve plazo el grado de alférez de artillería. Y ascendió por la escala innegable de sus buenos servicios, su bravura, su carácter inquieto pero firme, su adhesión sin paréntesis al Libertador. Fue otro de los innumerables sujetos de la época a quienes endureció la contienda, el hecho de jugarse la vida todos los días, la obligación implacable de hacer la guerra a muerte, sin permitir pausa ni menos remordimiento. En su hoja de vida figura el sitio y rendición de El Callao como la más afortunada de sus hazañas militares.

Por severas, casi impiadosas, que fueran las disposiciones de Bolívar, "Salom —dice en sus *Memorias* el general O'Leary— cumplió su cometido de una manera que le honra tan poco a él como al gobierno, aún tratándose de hombres que desconocían las más triviales reglas del honor. Fingiendo compasión por la suerte de los vencidos pastusos, publicó un bando convocándolos a reunirse en la plaza pública... a jurar fidelidad a la Constitución y a recibir seguridades de la protección del gobierno...". Confiando en la palabra del goberna-

dor Salom o simplemente temerosos de su propia inobediencia, muchos concurrieron a la convocatoria y escucharon la lectura de la ley y de los derechos del ciudadano. Pero de repente un batallón cercó la plaza y detuvo "obra de mil pastusos que de seguida fueron enviados a Quito. Muchos perecieron en el tránsito, resistiéndose a probar alimentos y protestando en términos inequívocos su odio a las leyes y al nombre de Colombia. Muchos, al llegar a Guayaquil pusieron fin a su existencia, arrojándose al río; otros se amotinaron en las embarcaciones en que se les conducía al Perú y sufrieron la pena capital, impuesta por la ordenanza en castigo de su insubordinación".

No fueron mil los pastusos arrancados por la fuerza a su ciudad y a sus familias, fueron cerca de mil cuatrocientos, sumándoles el número de campesinos de Genoy, Anganoy y otras parcialidades, que corrieron la misma suerte. Y en resumen, la medida no fue solamente impolítica, fue desatinada, fue absurda. Quizás con gente del temple pastuso mejor resultado habría tenido la insinuación persistente y cordial, el aleccionamiento, un despliegue constante, aunque fingido, de amistad. Salom no con-

cibió las cosas así, para él la guerra no era más que la exposición de la fuerza armada y el recurso a la muerte; terminó escarbando hasta en los matorrales de las montañas en busca de guerrilleros escondidos, y entregándole al entonces teniente coronel José de la Cruz Paredes catorce ciudadanos distinguidos, entre Villotas, Santacruces, Ramos y otros, para que dispusiera de ellos en la forma que más le pareciera conveniente; la que Cruz Paredes escogió no pudo ser más cruel y diabólica, pues atándolos espalda contra espalda, él mismo los empujó a uno de los aterradores precipicios del Guáitara. Más tarde, el insigne verdugo había de ser general, tomar parte en Ayacucho, ejercer la gobernación de Coro, Guayana y Maracaibo. En un Diccionario histórico, obra de colombianos, que contiene graves errores y disparates, puede leerse lo que sigue: "La ciudad de Cartajena se gloría por haber sido el lugar donde murió el tan bizarro i modesto Jeneral José de la Cruz Paredes, el 26 de agosto de 1876".

Salom no se contuvo ni siquiera ante la dignidad del sexo en su impulso punitivo, se ensañó también con las mujeres y varias de ellas

fueron condenadas al destierro "como desafectas a nuestra causa y coaligadas con los facciosos de los Pastos". Habría sido incomprensible que en una campaña en que se mezclaban grandes ideales religiosos no hubieran participado las mujeres con su inmensa fe y su natural fervor. Les produciría alivio, al menos momentáneo, la noticia del reemplazo de Salom por otro venezolano de larga trayectoria, el coronel Juan José Flórez, nacido como el otro en Puerto Cabello, y actor en infinidad de combates antes de Carabobo, Bomboná y el Portete de Tarqui donde fue ascendido a general de división. Adquirió notoria importancia en el Sur y aprovechando decisivamente las circunstancias, en mayo de 1830 proclamó la separación del Ecuador como integrante de la Gran Colombia; un congreso reunido en Ríobamba lo designó para la primera presidencia de la República. Su existencia, agitada y contradictoria, habría de apagarse meses después de haber perdido con cinco mil hombres la batalla de Cuaspud, ante dos mil granadinos comandados por el general Tomás Cipriano de Mosquera, el 6 de diciembre de 1863.

Entre el estilo de gobierno de Bartolomé Sa-

lom y el de Juan José Flórez prácticamente no existe solución de continuidad; también al segundo se le ha borrado toda inclinación posible a la magnanimidad y al razonamiento, si alguna vez la tuvo, y en esas condiciones San Juan de Pasto y su provincia lo único que consiguieron fue caer de una crueldad en otra crueldad, con una substancial diferencia para la hoja de vida de los dos, que se produce el 12 de junio de 1823, al aparecer por sorpresa ochocientos hombres al mando de Juan Agustín Agualongo en el lugar conocido como Catambuco, escenario de otras luchas en tiempos del doctor Caycedo y Cuero y del coronel Alejandro Macaulay.

El susto de don Juan José es grande, ya que se trata de una presencia odiosa y además, inesperada, pero sin vacilación decide salir al encuentro del enemigo y destruirlo en su propio terreno, decisión que está en absoluta armonía con su concepto de la jefatura y con su vasta carrera militar. Por lo que a él y a su causa respecta, Agualongo está resuelto a todo y naturalmente a morir, pero no muere sino que se adjudica la victoria con armas extraídas de la naturaleza, de los montes que siempre

lo ampararon, armas que no son más que garrotes de guayacán o de ramas de eucalipto, y "chaclas" duras aguzadas en punta de lanza; los pocos fusiles con que cuenta sirven más para hacer ruido que para disparos certeros; solo él y sus coroneles y capitanes manejan sables y no pierden tajo ni mandoble. Es el caso de decir que su arrojo y el de sus milicias suple la pobreza de sus armas. La verdad es que en poco más de dos horas de encarnizada pelotera y de dolor en las espaldas apaleadas y en las costillas rotas, el desánimo cunde en las tropas de Flórez. Midiendo la evidencia del descalabro, el antiguo subalterno del general José Antonio Páez, resuelve tomar las de Villadiego y no se detiene en la ciudad ni para efectuar diligencias elementales como la compra de pan, queso y panela. "...acompañado de 19 oficiales y soldados —refiere un memorialista— salvó en un decir Jesús los trescientos kilómetros que separan a Pasto de Popayán".

En San Juan de Pasto, el coronel Agualongo y los suyos fueron objeto de entusiasta recibimiento. No existe constancia de que se pronunciaran discursos —como fatalmente habría

ocurrido ahora— ni de que se lanzara al aire la cohetería a veces violenta, peligrosa e insoportable —heredada de viejas costumbres moriscas a través del mundo español trasladado a América— con que la ciudad suele celebrar todavía diversos acontecimientos civiles y religiosos, pero hubo Te Deum, ceremonia votiva de gran solemnidad que por su significado ha de servir para todos los casos en los tiempos contradictorios que son los actuales. Viene al canto un pequeño y breve ejemplo, el Te Deum celebrado un día en ciudad de Guatemala para pedir al Señor por el éxito gubernativo del general e ingeniero Miguel Ydígoras Fuentes al asumir constitucionalmente el poder, y el Te Deum cantado con idéntico fin, el día en que su ministro de Defensa, coronel Enrique Peralta lo derrocó. Nunca sabrán los guatemaltecos cual de los dos actos litúrgicos fue más grato a los ojos del Señor.

Y hubo músicas en San Juan de Pasto, con flautas y tambores del campo; el pueblo agotó las existencias de aguardiente en el estanco, y en los salones del empingorotamiento pastuso —que no combatió— se ofrecieron sin embargo y con amable instancia, licores suaves venidos

de España, a pesar de la lentitud que sufrían las importaciones de entonces. Sería menuda injusticia, pero injusticia al fin, olvidar los continuos repiques de campanas en todas las iglesias de la ciudad, que no significarían únicamente la adhesión fervorosa de los sacristanes y monaguilos, más alta representación tendría su broncínea voz. Igualmente injusto sería dejar sin mención la febril actividad con que las reverendas madres reclusas del Monasterio de la Concepción, aliñaron variados y domingueros productos de su cocina y repostería para agasajar a los vencedores. En ese decorado vivió Agualongo un verdadero día de gloria; es lástima que adjunto a su Estado Mayor no hubiese habido un escribiente con ímpetus de cronista que configurara la verídica relación de los hechos y describiera el estado de ánimo del coronel, para información de la posteridad. Sea en fin de fines lo que fuere, nadie podrá afirmar con absoluta honradez histórica, que fusiló uno solo de las decenas de prisioneros que le hizo al general Flórez, o que permitió a sus milicias el saqueo de un barrio de la ciudad, como en el diciembre siniestro y no muy remoto del general Sucre, del coronel Sanders

y del Batallón Rifles de Bomboná de la Guardia.

No disipados todavía los humos del justificado festejo, don Estanislao Merchancano puso sus letras en acción y produjo un mensaje que firmado por él y como era lógico, por el coronel Agualongo, fue leído en las cuatro esquinas de la plaza, en San Andrés, Santiago y otros lugares de importancia. El documento, con aires de proclama, se refirió a los intrusos del tirano Bolívar, a la fracmasonería y a la irreligión; habló también de la profanación del templo de San Francisco, al que durante la navidad sangrienta, militares del batallón Rifles penetraron a caballo y donde con mujeres de los arroyos cometieron toda clase de abominaciones. "Y ahora es tiempo, fieles pastusos —continuó diciendo el mensaje— que uniendo nuestros corazones llenos de un valor invicto, defendamos acordes la Religión, el Rey y la Patria... si no aumenta nuestro santo furor en defender los más sagrados derechos, nos veremos segunda vez en manos de los tiranos enemigos de la Iglesia, y de la humanidad... Así, crezca en nosotros el valor, la fuerza y la intrepidez a la defensa de nuestra Re-

ligión y quietud, vivamos felices en nuestro suelo bajo la dominación del más piadoso y religioso Rey don Fernando Séptimo".

El Libertador contestó con una proclama a los habitantes de Quito: "Quiteños, la infame Pasto ha vuelto a levantar su odiosa cabeza de sedición, pero esa cabeza quedará cortada para siempre". Y puso en movimiento oficiales, soldados, fusiles, municiones caballos y abastecimientos para volar sin tardanza a la anunciada cortadura de cabeza. Parca la historia y pudorosa en extremo frente a muchas explosiones naturales del lenguaje, esquivó toda mención precisa de los fuertes vocablos que debieron escaparse torrencialmente del estado por demás explicable del ánimo del Libertador, vocablos dedicados a los forajidos de San Juan de Pasto y que escucharon los edecanes sin fruncir el ceño, acostumbrados como estaban al fragor de los combates y de los epítetos de cuerpo entero que acompañan la vida del combatiente. A veces las narraciones históricas de la Independencia hacen pensar que tanto los realistas como los republicanos no emplearon en sus duelos y en el ejercicio de sus terribles rivalidades palabras desterradas o desconocidas en el lenguaje de salón.

LOS PACIFICADORES

Juan José Flórez

Mientras tanto, desde sus vacaciones obligadas en Popayán, don Juan José Flórez explicó al Secretario de Guerra y Marina las causas de su derrota y de su apresurado cambio de aires, en el documento que sin variar la ortografía se transcribe a continuación: "El oficio de VS. sin fecha que acabo de recivir es para mí el documento más desgraciado de mi vida porque él manifiesta que el gobierno a creído que los facciosos de Pasto me han hecho huir indignamente y VS. puede asegurar a S.E. el Vicepresidente que mi Divición aunque de 900 hombres se componía de 200 reclutas que no savían ni disparar un fucíl, de 200 ciudadanos de Pasto y de los Pastos que no devían merecer mi confianza hasta aquella época, y de 500 ve-

teranos, los únicos que yo podía disponer en todas circunstancias. Que los facciosos no fueron 600 como dije sino 800 armados de fuciles, lanzas, sables y garrotes y con las municiones necesarias para decidir un comvate. Que yo solo contaba con 400 fuciles útiles, porque siento eran inservíbles. Que una divición compuesta en su mayoría de reclutas y enemigos que acabavan de ser enrolados en nuestras filas no estava en el caso de emprender una retirada hacia Popayán y menos decidir un comvate de un modo positivo con 800 enemigos que siempre han echo frente a fuerzas superiores. Que sin embargo antes de estar en el caso de capitular o de batirme por las razones que llevo expuestas nunca jamás pensé en lo primero porque soy incapaz de una bajeza y porque siempre recuerdo que con cien rifles envolbí muchas veces a más de 400 pasteños y españoles en un comvate incesante de dos días... Acompaño a VS. un manifiesto de mi conducta y operaciones en la provincia de mi mando para que VS. se sirva ponerlo en conocimiento de S.E. el vicepresidente, asegurándole que me reservo de hacerlo conocer del norte en las actuales circunstancias, pues tan solo el ejemplar

que dirijo a VS. es el único que he dado a luz...".

De don Juan José Flórez se ocupó extensamente el escritor ecuatoriano don Nicolás A. González en su libro *El Asesinato del Gran Mariscal de Ayacucho* y por cierto que no son de homenaje y alabanza los términos que emplea: "Guerrillero astuto, sanguinario; político fullero, intrigante, rapaz; entendimiento rudo, corazón mezquino, frío, la figura de Flórez no es precisamente un motivo de orgullo, ¿qué decimos?, es más bien un tizne en los fastos de nuestra independencia. No tenía escrúpulos, ni idea, ni convicciones. Hombre de rapiña en toda la extensión de la palabra; alma calcinada. ¡Y qué ausencia tan dolorosa de sentido moral! Apoyó todas las causas; fue realista hasta 1822; en seguida patriota americano, pero patriota encarnizado y cruel con España; en 1826 tomó partido entre los bolivianos contra los defensores de la Constitución; en 29 ofreció apoyar con su sangre los proyectos de una monarquía en América; en 30 consumó la disolución de la primera Colombia, y en 46 anduvo en tratos con María Cristina para traer al duque de Rianzares al titulado trono de Los Andes. ¡Un architraidor!".

Para realzar la nada agradable estampa del futuro general de división y presidente, el señor González recoge en las *Memorias* del general O''Leary unos cuantos párrafos del soldado de Puerto Cabello, en que se retrata él mismo como un auténtico matasiete, al que no le tiembla la mano para dejar por escrito estremecedoras constancias de su conducta: "Mayo de 1823. —Yo pienso marchar a Túnez debe ser Fúnes— si no se logra una operación que he combinado desde esta ciudad, y desde allí mandar partidas a todos los lugares, degollar indistintamente a los comprendidos sabedores, etc. incendiar los pueblos y suburbios, talar los campos y destruir absolutamente aquel país". '"Febrero de 1824. —Dos sorpresas que dispuse sobre La Laguna y Catambuco nos han dado más de cincuenta hombres, pero la mayor parte fueron muertos en el acto porque hicieron resistencia". "Mayo de 1823. —Ahora sí cuente usted que hay mucho patriota en Pasto; más de doscientos se agolparon a mi casa a pedirme los ocupara en cualquier servicio; todos me piden destruya a los malos y como yo soy amigo de dar gusto, estoy fusilándolos, expulsándolos del país y quitándoles las mulas, los ganados, etc.".

Como cita final de don Nicolás González, encaja ahora con mucha propiedad la siguiente: "Casi no se encuentra (en la correspondencia de Flórez) una página en que no haya un gesto de maldad, de adulación servíl, de estupidez o de egoismo. Insensible al dolor ajeno e investido a la vez, de un poder irresponsable, se apoderó de Flórez una especie de monomanía homicida. Quitaba la vida a los vencidos sin vacilaciones, ni desmayos, paso a paso, con una sangre fría que desconcierta. Era el salvaje que se echa fuera de su caverna arrastrado por un instinto de conquista...". Los apartes epistolares transcritos más arriba, pertenecen a comunicaciones enviadas al general Bartolomé Salom, Intendente y Comandante de Quito, y equivalen a un corto muestrario del desenfado de Flórez en los testimonios de su obra gubernamental.

Abelardo Forero Benavides evoca también a don Juan José Flórez con la frase de don Nicolás González "un alma calcinada" y agrega: "Juan José Flórez nos dejó en sus cartas su retrato psicológico. No hay que buscar otras fuentes para cerciorarnos sobre sus intenciones. Escribe con una despiadada crudeza, co-

mo lo haría un tigre si escribiera. No hay afeites en ese autorretrato trazado a brochazos por un soldado. ¿Cruel?... él mismo lo dice. ¿Doble?... Basta leer sus cartas de amorosa amistad al personaje a quien trata de inculpar en la sombra (Obando) en esos mismo días, como autor de un crímen atroz. ¿Ignorante? Precisamente se muestra en las cartas en las que alardea de sus lecturas. Con una drástica noción primitiva del orden y una intrigante capacidad de adulación. No pensaba sino en sí mismo. Soldado cruel y cortesano plebeyo".

No es imposible que los juicios anteriores se atemperen un poco si se presentan después algunos conceptos de don Alfredo Díez Canseco, contenidos en el segundo volumen de su Historia del Ecuador. Pudieran tal vez producir momentáneas situaciones de equilibrio, aunque finalmente no alcancen a rodear la cabeza de don Juan José con una aureola arcangélica: "Flórez es el mestizo que ha superado complejos de inferioridad gracias al terrible acontecimiento de la guerra de la Independencia. Es el hombre que surge del caos y de la sangre, de la batalla y de la herencia versátil, delirante y contradictoria de Simón Bolívar, cuya uni-

dad creadora muere con su muerte. Flórez es la espada enérgica y la lengua dúctil pero no la capacidad administradora. Es sí un caudillo y no un estadista. Es también lo caótico... de nuestros primeros días republicanos y nacionales; la ganancia de un puesto en el poder que hace del hombre del subterráneo, es decir, el ser histórico... De Flórez se dice que fue en los comienzos de su carrera un hombre de escasa instrucción, que hizo sus primeras letras ya crecido. Pero tenía talento. Cuando era mandatario de nuestro país, gustaba de la literatura y escribió versos, entre ellos, un himno nacional".

En el debido momento se dijo que la descalabrada aventura de Benito Boves no contó con el apoyo total y la franca simpatía de San Juan de Pasto, si bien no hubo marcadas discriminaciones ni a la acción represiva le fue antepuesta la serenidad del juicio. Las cosas tomaron otro aspecto, gris y fruncido, en la alta y la baja ciudad y en las extensiones rurales en que primaba, cuando volvió a la jefatura civil y militar el coronel Juan José Flórez. Posiblemente irradiaba repulsión, las gentes adivinaban sin esfuerzo la doblez de su espíritu, su reptante hipocresía, y en semejantes condicio-

nes, el rechazo general a Flórez se transformaba en una colectiva esperanza en Agustín Agualongo. Naturalmente, el disgusto fluía en voz baja, cuidando los grandes y los pequeños que las paredes no tuvieran oídos; pero los comentarios y cuchicheos en San Juan de Pasto destilaban amargura contra el uno mientras resumían la complacencia y la fe de los habitantes en el otro. Aquel fue un caso de los muchos en que el comportamiento y los antecedentes de un individuo situado en posición relevante, orientan hacia el bien o hacia el mal los sentimientos de un pueblo. Lo que ocurrió por aquellos días en San Juan de Pasto está descrito en un párrafo de don Alfonso Ibarra Revelo, que en su importante obra sobre Agualongo acumuló sus exhaustivas investigaciones acerca del caudillo pastuso.

"En el tiempo de Flórez —dice el meritorio escritor nombrado— en la heroica ciudad de Pasto eran fáciles los cohechos, las amenazas, las falsías, las mentiras, las calumnias los perjurios, las torturas; sus habitantes vivían sin consejo, ni auxilio moral ni material, es decir, una época aciaga, perniciosa y fatal. Por eso y conociendo el alma perversa de Flórez, Bolí-

var decía en Bucaramanga en 1828: ..."yo conozco a Flórez: en astucia, sutilezas de guerra y de política, en el arte de la intriga y en ambición, pocos lo aventajan en Colombia. Solo ha faltado a Flórez el nacimiento y la educación"... Y luego continuaba: "la mala educación que apaga todo sentimiento de honor, de delicadeza y de dignidad, facilita el contagio de las malas costumbres y de los vicios, aleja del camino de la virtud y del honor...".

Suministraría material para un grueso volumen la colección de todo cuanto de poco elogioso se ha dicho de don Juan José Flórez, verdugo de los pastusos, que quizás por aquello de que todo pícaro es feliz, llegó a las insignias del generalato y a la primera presidencia del Ecuador. Suerte la de algunos hombres que en toda justicia no la merecen! Si se compararan sus orígenes con los de Agualongo, imparcialmente se vería pureza y estirpe en los del jefe guerrillero, estirpe india, nadie va a negarlo, pero infinitamente más clara que la de su futuro e implacable enemigo, pues de Flórez se dijo que nació de una negra de Puerto Cabello "probablemente esclava o criada de don José Flórez", o que fue hijo de Remigio Ramos

y de una mulata de nombre Dolores Flores o también, de Rita Flores y Juan José Aramburo. En fin, nada gana Agualongo con el demérito de su feroz perseguidor y endemoniado adversario que, además, le faltó a la Independencia en materia grave, como lo demuestra de manera irrefutable el eminente historiador Luis Martínez Delgado, en su documentada obra *Traiciones a la Independencia Hispanoamericana.*

Los informes obtenidos en las ricas y variadas canteras de la historia y hasta aquí presentados, solo responden a un propósito, el de invitar al lector a imaginar lo que sería la situación de San Juan de Pasto bajo el gobierno civil y militar del nuevo pacificador don Juan José Flórez que, según verdades desdibujadas o simplemente habladurías, en su primera época fue barbero de José Tomás Millán Bobes, y de quien, en cita del doctor Martínez Delgado, dijo un ecuatoriano distinguido, don Vicente Rocafuerte: "...solo tiene aptitudes para embrollos, enredos, cubiletes, intrigas, tramoyas y trapacerías".

SAN MIGUEL DE IBARRA

El gobernador Juan José Flórez reaparecerá después, porque el relato histórico ha de imponer su reaparición; por ahora la cronología y el orden de la narración aconsejan regresar al coronel Agustín Agualongo, dedicado en San Juan de Pasto a la preparación bélica del nuevo ejército, que ya no estará compuesto por montoneras colecticias, sino por cuadros relativamente disciplinados que, aparte de la encendida inspiración de su valor, gozan por fin de cierta moral militar. Con todo y como siempre, Agualongo no cuenta con armamento suficiente, si bien entre sus primeros planos mentales mantiene la visión del armamento enemigo, del que tarde o temprano y por todos los medios tiene resuelto apoderarse.

Hay ahora una gran novedad y es que el coronel ha concebido planes de envergadura; sus

próximos movimientos ya no serán de simple táctica guerrillera, en campaña formal irá hasta Quito, buscando al propio Libertador; el suyo es un arrogante pero ciego desafío, de todas maneras considera llegada la hora de realizarlo, y así lo anuncia el 20 de junio de 1823 a la Corporación Edilicia de Otavalo: "...hallándonos poseídos de los sentimientos de la Santa Religión que profesamos, hemos resuelto marchar con nuestro fiel y valiente ejército, a exterminar el del enemigo en cualquier parte que lo hallemos, a cuyo efecto nos tendrá Usía Ilustrísima en el Distrito de su mando". Las cosas andan, pues, en serio; son mil quinientos hombres los que se mueven bajo las órdenes del coronel Agualongo, entre las aclamaciones y vítores de los pueblos y caseríos que atraviesan. Tropas republicanas mandadas por Salom evitan combatir y se retiran tácticamente ante el avance amenazador de la invasión pastusa, lo que fortalece su ánimo, le inculca la sensación anticipada de la victoria. Y poco menos que en un verdadero desfile triunfal, llegan las tropas entusiasmadas de la sedición realista a la población de San Miguel de Ibarra, fundada doscientos años antes por un Presidente

de la Real Audiencia de Quito, que le dejó su nombre, en sitio escogido a más de medio camino entre aquella ciudad y San Juan de Pasto.

Para un jefe de la experiencia, de la visión, de la sensibilidad extraordinaria del Libertador, en todo se esconde el peligro y a nada hay que restarle importancia, de modo que él no desestima ni siquiera la escasez de armas adecuadas de sus adversarios, pero en cambio reconoce su indomable, su casi desesperada valentía, y toma cuantas precauciones juzga aceptables y oportunas; de otro lado, el Libertador sabe muy bien que cuenta con oficiales y soldados de la más redomada veteranía y con elementos de guerra que no le permitirán al faccioso Agualongo utilizar con repetido éxito los palos de Catambuco. Frente a la minuciosa previsión del Libertador, resulta inexistente o muy endeble y defectuoso el apercibimiento de los jefes realistas; tal vez Juan Agustín carece en Ibarra de los servicios de inteligencia que en San Juan de Pasto le prestan las monjas conceptas, algunos clérigos españoles o españolistas e innumerables campesinos de su tierra nativa.

Dicen unos que sus batallones preferidos, el

Cariaco y Los Lagunas, se hallaban descansando de su belicosa mudanza, ya en un pequeño festejo o en apacible descuido, y dicen otros que se ocupaban en el acopio de bastimentos y también en ejercicios militares; fuera lo que en realidad fuera, las historias relatan en forma unánime y que nadie ha encontrado fundamentos para contradecir, que el 17 de julio de 1823 la ciudad, escogida por Agualongo para centro temporal de sus operaciones, fue atacada resuelta y sorpresivamente por los Granaderos a caballo y por el batallón Vargas, bajo el mando del general Manuel de Jesús Barreto, militar curtido que contaba alrededor de sesenta batallas y acciones bélicas en su hoja de vida; por el batallón Yaguachi y los Guías de la Guardia, con la jefatura del general Bartolomé Salom, y por el batallón Quito y la Artillería, con el coronel Hermógenes Maza al frente, figura de gran nombradía y guapeza en la guerra de la Independencia, que según costumbre debió echarse varias copas de aguardiente al coleto antes de iniciar la pelea, antes de la pelea, en la pelea y después de la pelea. Que la afición al trago y el desprecio por la vida ajena y la desconsideración por la propia, fueron ele-

mentos ensenciales en la carrera del antiguo colegial del Rosario. "Era para él como una necesidad vital derramar toda la sangre española que estuviera a su alcance". —dice Carlos Delgado Nieto—. "Sobre la sangre no acataba órdenes condescendientes o piadosas; se le olvidaba la disciplina militar cuando se trataba de ese precioso líquido, o del otro, quemante y transparente del alcohol".

La batalla de Ibarra fue tan sangrienta y monstruosa como las peores de la Independencia, y sus resultados acusan la dramática desproporción de los contendientes. Se prolongó por espacio de nueve horas en la propia ciudad y en sus afueras, transformándose poco a poco en una masacre en que las milicias pastusas corrieron con la más atroz desventura, no exactamente por su falta de valor, que lo probaron en extremo, sino por su enfrentamiento con fuerzas superiores en todo aspecto y por su ya referida inferioridad en el equipo. Si todavía pelearon con garrotes "como en la edad de piedra", comenta Sergio Elías Ortiz! Y con sus clásicas varas de chonta, puntiagudas como agujas! Las crónicas de la batalla refieren que la caballería republicana no les daba tiem-

po ni siquiera para agacharse y esquivar un sablazo, menos para cargar los viejos "chopos" enmohecidos que a duras penas disparaban. Y sin embargo, los pastusos se enardecían más y más, apelando a su imaginación y a todo medio improvisado, por ejemplo, echar los brazos al cuello de las cabalgaduras para derribar caballo y jinete, lo que algunos consiguieron, sin que al final de las cuentas, sirviera de mucho aquel ardid o aquella maniobra desesperada. No lograron evitar o reducir la matanza. El combate arreció en las proximidades de Ibarra, convirtiéndose en un variado cuadro de espanto, se podría decir de espanto en continuo movimiento, por la implacable acción de las lanzas libertadoras y la puntería de los fusileros, ninguno de los cuales hacía blanco por primera vez. El de menos experiencia venía haciendo blanco desde Bomboná, Yaguachi y Pichincha.

Los Granaderos a Caballo, el batallón Vargas y los Guías de la Guardia combatieron furiosamente, cumpliendo con su terrible comportamiento sus órdenes de no dar cuartel. No obstante, oficiales patriotas hubo que movidos por un impulso de humanidad, pedían a sus adversarios la rendición, a grito herido, aterroriza-

dos también por las dimensiones del exterminio, con lo que no consiguieron otra cosa que llevar el heroísmo de los pastusos hasta los límites de la demencia; preferían romper sus armas de madera y quedarse definitivamente inermes frente a la muerte. Batallas de inconcebible ferocidad jalonaron la guerra trágica de la Independencia, pero cuando se hable de las más sobrecogedoras, de las que configuraron una suma inhumana de inmisericordia y de horror, habrá que mencionar también y siempre la batalla de San Miguel de Ibarra, en que con audacia de leyenda el coronel guerrillero Agustín Agualongo desafió el poderío y la grandeza del Libertador Simón Bolívar. Una ave menor, una ave del monte contra el águila!.

Aquello fue poco menos que un morir en condiciones aterradoras de multitudinario despedazamiento. "El indómito valor de los rebeldes —dijo O'Leary, presente en la memorable jornada— no cedió en medio de la derrota, despreciando el perdón que se les ofrecía si deponían las armas...". Se jugaron el todo por el todo, conscientes o no de sus desventajas y limitaciones en elementos, en disciplina, en ciencia militar, pero no en arrojo ni en desdén por la

muerte, y no huyeron, no abandonaron el campo mientras no se vieron aplastados por lo irremediable de su desgracia. Tan absurda y tan funesta sería la desigualdad entre los dos ejércitos, que las pérdidas de los republicanos no pasaron de trece muertos y ocho heridos, de acuerdo con el parte oficial; en cambio, ochocientos cadáveres de pastusos formaron el botín de la muerte, en un macabro tendal que fue visto y contado a lo largo del camino hacia el Chota. Dos o tres días después del horrendo fracaso, Agualongo y varios miembros de su comando, llegaron contusos, sangrantes, silenciosos, a sus refugios de las montañas próximas a San Juan de Pasto. Fueron doscientos o doscientos cincuenta kilómetros de fuga angustiada, hambrienta, casi sonámbula, que sin embargo constituyó una prenda piadosa para la preservación de su vida.

Anunciándole la victoria, el Libertador escribió al vicepresidente Santander: "...logramos en fin, destruir a los pastusos... me parece que por ahora no levantarán más su cabeza los muertos...". Y cuenta la tradición que el propio don Simón tomó parte activa en el desgarrador acontecimiento de San Miguel de Ibarra,

a caballo y blandiendo el sable como el más experto de sus dragones; entre cortes y cuchilladas intercaló exclamaciones y juramentos, adorno natural de la conducta de cualquier sargento endiablado por los furores de la contienda. En buena hora la suerte no permitió que en alguno de los lances a muerte se encontrara con Agualongo, que daba ejemplo a los suyos, batiéndose heroicamente y no solo contra los iracundos republicanos sino contra su propio destino.

Es tiempo de convenir en que a todo lo largo y agitado de su carrera le faltó al coronel Agualongo una auténtica formación militar, no tuvo más que la incompleta y frágil de los reclutas, mejorada más tarde con la experiencia de los encuentros, escaramuzas y combates formales en que se halló. Con escuela o cuando menos con la compañía aleccionante de militares profesionales de mayor lucidez y preparación que Benito Boves y sus compañeros del fuerte de Panecillo, habría sido un jefe de gran proyección y cuidado, siendo de todas maneras un caudillo al que guiaban sus instintos, su sagacidad, su tesón y su indiscutible valentía. Es de todo punto evidente que gozaba de lo que

hoy se conoce como carisma, pero no de frialdad calculadora ni de conocimientos de profundidad en el arte de la guerra. Obró siempre su naturaleza pero no su raciocinio, su ímpetu pero no su visión, ni siquiera su capacidad de presentimiento, y en esas condiciones Agualongo no pudo ser más que un tropiezo de consideración, en ningún caso un real e inmensurable peligro. Y la verdad es que en pocas ocasiones sonaron para él con embriagante tonalidad los clarines del triunfo; nunca midió con helada serenidad sus medios y posibilidades y muchísimo menos cuando a la cabeza de mil quinientos individuos más o menos armados consideró que podía desbaratar en Quito o en cualquier otro sitio al mismo Libertador.

De modo, pues, que esencialmente, lo que desde todos los ángulos ha de apreciarse, es la inquebrantable lealtad, la tozuda fortaleza con que sirvió sus principios, creyó en su religión y en su rey y llevó sus convicciones intactas hasta el fin; en zona inferior, mucho menos admirable, puede quedar para siempre su estructura militar, su virtud para disputar en campos abiertos los objetivos fundamentales de toda

guerra. Y más que su terca resistencia, lo que en realidad explique su posición histórica sea en último término su fe, defendida sin descanso por su temerario valor.

ESTATUTO DE LA PACIFICACION

Convertidas en polvo las fantasías y aspiraciones de Agualongo, el Libertador dispuso que los generales Bartolomé Salom y Manuel de Jesús Barreto tomaran posesión de San Juan de Pasto, lo mismo que si se tratara de una ciudad conquistada, y al primero, como jefe supremo de la pacificación definitiva del Sur, le envió un pliego de instrucciones cuya sola lectura produce aún asombro y escalofrío, aunque resulta prudente y elemental admitir que la época no era precisamente para sonrisas, cortesía y paños tibios. Con todo, el muy respetable don José Manuel Restrepo fue de los primeros en observar que "órdenes y providencias tan duras de ejecutar a la letra, producirían grandes excesos y que exasperando a los rebeldes, colocándolos entre la muerte y el destierro, opondrían estos la más obstinada resistencia y venderían su vida a muy caro precio".

Con veinte disposiciones numeradas se formó una especie de manual o estatuto de la pacificación, quizás pudiera decirse un Código especial destinado a regir la posterior existencia de la región más insumisa de la naciente Colombia. No la desconfianza, de una vez el pánico podía ser la consecuencia inmediata, inevitable de las medidas del Libertador; los pastusos que tanto conocían el carácter de don Bartolomé Salom, debieron estremecerse al escuchar por bando la número 3 que textualmente decía: "Destruirá V.S. todos los bandidos que se han levantado contra la República". Por supuesto y como hubiera sido de esperar en formulaciones de esa índole, no la seguía un parágrafo que definiera sin equivocaciones ese bandidaje. Una ola de frío debió helarles la columna vertebral cuando oyeron la sexta disposición con el texto siguiente: "Los hombres que no se presenten para ser expulsados del territorio serán fusilados". En la alternativa de semejante mandato no cabía escapatoria. La número 9: "Se ofrecerá el territorio de Pasto a los habitantes patriotas que lo quieran habitar". La número 11: "Las propiedades de estos pueblos rebeldes serán aplicadas a beneficio del ejército y del

Erario Nacional". La 12 que revestía al general Salom de facultades dictatoriales, omnímodas: "V.S. está plenamente autorizado para tomar todas aquellas providencias que sean conducentes a la conservación del ejército de su mando y a la destrucción de los pueblos rebeldes". La 13 que reducía a solo dos meses el plazo indispensable para la pacificación. La 14 que dejaba en libertad la organización humana de la venganza: "Llame V.S. al coronel Flores para que se haga cargo del gobierno de los Pastos". La 18 que prohibió hasta la existencia de un clavo en jurisdicción de San Juan de Pasto: "No se permitirá en Pasto ningún género de metal en ninguna especie de útil, y serán perseguidos fuertemente los infractores".

Medidas adicionales vinieron después, relativas al mundo eclesiástico, enemigo de la República, las que fueron inauguradas en Mocoa por un teniente coronel Pallares, probablemente Antonio, español de nacimiento y republicano de inclinaciones y afectos. Cumpliendo una comisión en la mencionada localidad, puso preso al franciscano fray Diego del Carmen y al anteriormente nombrado Vicario General Castrense de Benito Boves, el doctor Manuel José Tro-

yano León y Calvo, el mismo que con el derecho canónico en la mano, rechazó la excomunión dictada por el Juez Eclesiástico Aurelio Rosero contra los pastusos alzados en armas y los que luego se alzaren; ni juicio ni capilla ni demora permitió Pallares para los dos religiosos, poniéndolos de inmediato frente a un grupo de fusileros que en pocos segundos los cambiaron en cadáveres, sin la menor consideración por su carácter y sus raídos hábitos sacerdotales. Y tampoco admitió señal alguna de su sepultura, comprobando que el mundillo de la subalternidad considera que cumple mejor con su deber si exagera las órdenes que recibe. Salom dispuso la expatriación de otros presbíteros, de los que en una u otra forma se codearon con los adictos al rey de España y naturalmente, también llevó a cabo a su gusto e interpretación con todo lo dispuesto por el Libertador para la pacificación final de los Pastos.

Que tampoco pudo realizarse entonces, porque la dramática desaventura de San Miguel de Ibarra disolvió ciertamente a los guerrilleros y diezmó en forma desconsoladora sus efectivos, pero no logró eliminarlos ni siquiera los

situó frente a una hora de reflexión y de cordura en que hubieran podido pensar seriamente en la inutilidad de su alocado y testarudo esfuerzo. Cualesquiera que fueran las dimensiones de su desaliento y su desmedro, siguieron creyendo que contribuirían a fortalecer la posición de la monarquía en el Perú, al renovar y sostener su terco acosamiento a los independientes en el Sur. Ni Agualongo ni sus correligionarios soñaban con alcanzar un triunfo nacional; su único sueño, alejado de la realidad como todos los sueños, no era otro que servir y defender la religión, supuestamente atacada, que les trajeron los misioneros del siglo XVII, y el orden colonial establecido autoritariamente y afianzado por medio de Cédulas Reales, Pragmáticas, Provisiones, Ordenanzas de las Audiencias y Autos de Buen Gobierno. Ante ese panorama, la independencia equivalía a una persecución. Dígase lo que se diga de los resistentes de San Juan de Pasto, hay que admitir que defendieron hasta el escarnio, la ruina y la muerte, lo que consideraron como su sola verdad.

Y se alzaron de nuevo y otra vez en montonera, con los mismos garrotes de guayacán y

las mismas varas en punta; a juzgar por viejas narraciones, contaban aproximadamente con doscientos fusiles, manejados eso sí, por indígenas de certera puntería. ¡Doscientos fusiles! Para una guerrilla tan castigada como la de Agualongo, equivalían a un tesoro, conseguido a través de quién sabe cuantas maniobras y sacrificios, puesto que en ninguna parte consta que el caudillo recibiera materiales bélicos del realismo organizado y todavía en armas en diversos lugares del Continente. La verdad es que el realismo no le prestó ayuda, porque no quiso hacerlo o porque no pudo; de tal manera que de toda evidencia, sí fueron solitarias las banderas de Juan Agustín. Nada tendría de raro suponer que comprara fusiles y carabinas a diez y diez y seis pesos la unidad, respectivamente, de acuerdo con las estadísticas de valores acumuladas por el general Carlos Cortés Vargas en su obra sobre la Participación de Colombia en la Libertad del Perú; piedras de chispa a veinticinco pesos el millar, cartuchos embalados a real cada uno y machetes a doce. ¿De dónde provendría el dinero para negocios tan urgentes? Las colectas campesinas no darían para tanto; posiblemente lo hicieron al-

gunas encomiendas antiguas, algunas propiedades rurales, pertencientes a la aristocracia pastusa, entre ellas las patrimoniales del monasterio de la Concepción.

Y en esta vez, con mayor decisión y bravura los facciosos salieron de sus montañas y caseríos, en número de tres mil, según lo anota, ampliándolo en demasía el general José María Obando quien se hallaba en San Juan de Pasto, como subalterno del general Salom. Dependía también de este último el coronel Juan José Flórez, vuelto de Popayán, recuperado de sus anteriores apuros; muy pronto asumiría el gobierno de los Pastos. Otro coronel figuraba en el Estado Mayor, que corriendo los días habría de tener un activo desempeño republicano, don Pedro Alcántara Herrán.

Cualquiera que fuera en realidad el número de los rebeldes, dieron comienzo no precisamente a un sitio total de la ciudad, pero sí a una diaria amenaza, a una serie persistente de escaramuzas, tiroteos, asaltos, acometidas desde ángulos imprevistos, todo bajo la dirección de Agualongo, acampado en el dominante pueblecito de Anganoy, en las faldas del volcán Galeras. No obstante, a San Juan de Pasto le

quedaban libres sus comunicaciones hacia el norte, pero es de conjeturar que a Salom y a sus oficiales, sus efectivos y su estrategia no les ofrecían facilidades para una acción eficaz; al efecto, es inexplicable que no realizaran un ataque en tenaza al campamento de Agualongo, por los costados del volcán y por el centro, aprovechando la cuesta de Mijitayo. A estas horas de la historia militar colombiana de de aquella época, ya no cabe empeñarse en desentrañar la razón de tal inercia, si bien haya de tenerse presente que don Juan José Flórez conocía por experiencia personal los demoledores resultados de los palos de Agualongo.

Como las semanas pasaran y el éxito relativo de sus maniobras y estratagemas envalentonara a los realistas, fuera de que no llegaban refuerzos patriotas ni de Popayán ni de Quito, encontrando sensata y viable una sugestión del coronel Flórez, el comando republicano optó por apelar a las vías pacíficas y cuerdamente a las autoridades religiosas, aunque no a las masculinas, solicitando en cambio a las monjas concepcionistas que una comisión designada por la abadesa se entrevistase con Agualongo, le hiciese entrega de una nota de la jefatura

republicana local y le expusiese los beneficios inmensos que para todos se derivarían de la concertación de la paz. Comentarios irónicos hizo la posteridad alrededor de semejante iniciativa que bien examinada y admitiendo su sinceridad, equivalía a una demostración de debilidad castrense de parte de los republicanos, de un cansancio evidente de la lucha tantos días indecisa o finalmente de un deseo indudable de buscar entendimiento por intermedio de personas que podían influir en el ánimo de Agualongo.

Dice el general Obando que ignoraba el pensamiento de sus superiores y que le causó sorpresa la monjíl embajada. Sobre ese tema dejó el siguiente relato: "...de repente se presenta a nuestros ojos en la mitad de la plaza una visión compuesta de tres bultos indefinibles. Nos acercamos a reconocer aquello que tanto nos había sorprendido. Eran tres ancianas y achacosas monjas que según nos decían, iban en comisión de los señores generales donde el señor general Agualongo con un oficio y con el encargo de rogarle que se acabase la guerra dándose un abrazo como cristianos hijos de Dios". Seguramente el original encargo consti-

tuyó para las tres religiosas una prueba incompasiva de resistencia, por la necesidad de ir y volver entre su sagrado domicilio, sito entonces en la esquina nor-oriental de la plaza mayor, y el cuartel general del guerrillero en Anganoy. Felizmente salvaron el trayecto, a pesar de su artritis y de su deshábito del ejercicio y la caminata, deteniéndose de cuando en cuando para recuperar el aire; su condición de gentecilla puramente cristiana y su espíritu de obediencia, les impidieron negarse a cumplir con la trascendental comisión. A lo mejor, rezaron dos rosarios enteros mientras subían, y solo el Señor de los Ejércitos sabe lo que en realidad le dijeron al gran jefe insurgente sus aliadas del convento de la Concepción, adictas al régimen y a su monarca, como el clero y los más católicos cortesanos de Madrid. La pequeña historia no lo refiere, pero no se peca por osadía al presumir que fielmente transmitieron al coronel Agualongo los recados de Salom y de Flórez, absolutamente incapaces de no hacerlo, por razones elementales de su formación monástica. Cumplido lo cual, le hicieron obsequios de alfajores, pan de huevo, dulce del llamado doble-ancho y otros delicados

productos de su habilidad en las artes de la culinaria conventual, rematando la entrevista con jaculatorias y bendiciones.

Vuelven ahora los *Apuntamientos* del general José María Obando: "El resultado fue que Agualongo rechazó con indignación la comisión claustral, sin recibir siquiera el oficio... Era hasta donde podía llegarse a poner en ridículo la orgullosa carrera del soldado, y hasta donde podía injuriarse a una división que acababa de dar y daba todos los días las más esclarecidas pruebas de valor. Solo la consideración de ser este un hecho público que no puede ser jamás desmentido me autoriza a presentarlo para adorno de la historia cómica del coronel Flores". Lo lamentable es que la crónica no recogiera la misiva de los jefes republicanos; infortunadamente la curiosidad no puede satisfacerse, por cuanto el documento o fue devuelto a sus autores o desapareció con otros papeles viejos durante la prolongada vida del monasterio.

Aquella interminable guerra de desgaste acabó por fastidiar a los combatientes; debía ponerlos de mal humor, ser ingrato por demás, exponerse día tras día, y especialmente intolerable para los patriotas, mejor armados, no

darle a la contienda una solución final. En últimas y previo consejo de comandantes, Salom dispuso cambiar de ambiente, y una mañana sus tropas echaron camino del sur, hacia la Provincia de los Pastos, lo que les exigiría no menos de dos jornadas de buen andar. Agualongo cometió entonces una "gaffe" auténtica, uno de sus muchos actos impulsivos, propios tal vez de un caudillo ardido por la audacia, pero no de un jefe calculador, de una cabeza fría. Se lanzó contra Salom en las conocidas tierras de Catambuco, atacándolo con sus palos usuales y su acostumbrado frenesí, pero sin un plan preconcebido, y un solo batallón, el Yaguachi, que encabezaba la marcha, bastó para desbaratar el ataque, entre las medias tintas del amanecer siguiente, helado como suelen serlo todos los amaneceres en aquel sector elevado de la región pastusa. En esta vez los efectos de la proyectada paliza no alcanzaron mayores consecuencias.

Sin embargo, en medio de los movimientos de la breve refriega, y según referencia del general Obando, Agualongo se encontró de pronto con el coronel Pedro Alcántara Herrán, a quien no conocía, y que marchaba entre los

soldados del Yaguachi. Estremecido por el susto y creyendo que había llegado su fin, Herrán se arrodilló delante del adalid pastuso y con las manos puestas, como si orara ante una imagen religiosa, le imploró misericordia y perdón para su vida. "Yo no mato a los rendidos", le contestó Agualongo, con una mueca de desprecio.

EL GENERAL JOSE MARIA CORDOBA

Abandonada San Juan de Pasto por la aguerrida aunque bastante desalentada guarnición republicana del general Bartolomé Salom, Agualongo entró nuevamente a la ciudad, en medio de otros vítores y simpatías; le sería útil ese receso en la lucha para mejorar sus efectivos y planear los futuros movimientos. Con todo, el bienvenido paréntesis de tranquilidad no se prolongaría por mucho tiempo, pues en reemplazo de Salom, llamado a Quito, empezó a actuar el coronel Juan José Flórez mientras arribaba a la Sabana de Túquerres el general José Mires, nuevo gobernador y comandante, de nacionalidad española pero veterano de la Independencia, poseedor de una nutrida hoja de servicios y de recio temple, como eran todos los oficiales superiores, batido en el fuego y los azares de la prolongada contienda.

La primera medida del general Mires consistió en limpiar de guerrilleros distintas zonas del sur, con el explicable propósito de dar seguridad a las comunicaciones con Quito, lográndolo completamente, pues solo se trataba de partidas desorganizadas, sin objetivos definidos ni contacto entre ellas, y en las peores condiciones posibles con relación al armamento. Ni siquiera esos inconformes regados por el sur, manejaban con pericia los palos y varas de Agualongo. En Sapuyes fue dispersado sin dificultad el grupo de Juan y José Benavides, tenientes del caudillo; de la región de Pupiales desapareció con sus adjuntos el indígena José Calzón. Era vano empeño ensayar alguna resistencia contra las tropas frescas del general Mires. El cual arribó por fin a la ciudad rebelde, no exactamente como un vencedor, sino como un general más, dispuesto eso sí, a forzar a los insurgentes sin tregua ni piedad, hasta que mordieran el polvo, y dispuesto a no morderlo por su propia cuenta y riesgo.

Los combates se reanudaron, Agualongo volvió a su campamento y parece que San Juan de Pasto cambió de manos una vez más, intensificándose la lucha entre republicanos y mili-

cias pastusas que no se fatigaban ni se rendían jamás y que alcanzaron a crear la intranquilizante sospecha de estar dotadas de poderes diabólicos de transhumancia, porque ya se hallaban escondidas en las "chambas" divisorias de potreros y propiedades rurales, ya detrás de todo matorral y toda piedra de buen tamaño para ocultarlas, como las muchas que suelen verse todavía en las faldas del Galeras, y tanto en los senderillos de la montaña, tupidos de maleza, como en las calles mismas de la ciudad, en los ejidos, en las lomas y los páramos y si bien parece fantasía, aún en los tejados y en los campanarios de la iglesias. En el momento oportuno, las bandas de Agualongo sabían dispersarse para cumplir una misión, así su militar desvalimiento las condenara a mediocres o desconsoladores resultados.

Al anochecer, regresaban sigilosa, fantasmagóricamente a sus sitios de concentración, para alimentarse con lo que las indias acompañantes les hubieran preparado, una taza de mazamorra con panela raspada, carne de res, asada o cocida, una pierna de "cuy" y un "mate" de chicha, preparada no para emborrachar sino para nutrir, como la que merecía por su cali-

dad alimenticia, los elogios del doctor José Félix Merizalde, médico y cirujano mayor del Ejército republicano: "...una taza de mazamorra, una totuma de chicha, una mogollita i un poco de ají, es el alimento diario de los indios, quienes llegan a una edad avanzada, libres de muchísimas enfermedades, sin perder un diente i sin encanecer, sino hasta los 70 u 80 años, yendo muchos de ellos al sepulcro sin un punto blanco en la cabeza i sin más enfermedad en su vida que la que los separa de su dilatada i robusta familia. El vigor que los indios adquieren con la chicha no es inferior al que los europeos adquieren con el vino i la cerveza...". Después los curtidos hombres de Agualongo se envolvían en sus ruanas para dormir en paz del cuerpo y de la conciencia, hasta que el frío de la alborada y las voces de los coroneles los despertasen, habiendo llegado la hora de pelear otra vez, con la misma agilidad y el mismo coraje del día anterior.

Es posible que esa lucha cruenta, rencorosa, siempre incierta y por demás extenuante, hubiera concluído por desmoralizar también a las fuerzas que unidas a las que quedaron en Túquerres con Flórez trajo a San Juan de Pasto

el general Mires y que no obstante su superioridad militar, no lograban disminuir siquiera la tozudez enemiga. Además, su rudo comportamiento con los civiles no combatientes, las convirtió muy pronto en objeto de sorda antipatía en la ciudad; pero por aquellos días una noticia inesperada vino a trastornar los proyectos y la actividad del coronel Agualongo, obligándolo a distraer considerables destacamentos para vigilar el río y las rutas del Juanambú. Corrió como el viento el anuncio de que al frente de doscientos cincuenta soldados y de un cuadro de oficiales de trayectoria y distinción, venía de Popayán un general joven, si bien con harta guerra en las espaldas y en el curriculum, el de brigada José María Córdoba, que imaginando a Salom todavía inmovilizado en Túquerres, planeaba una operación combinada entre el norte y el sur, que encerraría para destruirlo, todo el poderío de Agualongo. Córdoba se aproximó sin serios contratiempos a San Juan de Pasto y el primer enfrentamiento con unidades de Agualongo tuvo lugar entre Chacapamba, el viejo Camino del Oso, Tacines y el Alto de Cebollas, sitios todos de triste recordación por la tragedia del general

Antonio Nariño en los albores de la república.

Esta nueva fase de la guerra en el Sur no creó circunstancias decisorias para ninguno de los adversarios, a pesar de los numerosos encuentros que la jalonaron, especialmente en la zona del temido río Juanambú y en sus cercanas lomas de La Cañada por donde se distendía en ascenso el antiguo camino hacia el pueblo de la Ventaquemada, municipio contemporáneo de La Unión, y donde el mismo general Córdoba corrió una vez peligro inminente de morir o de caer prisionero.

La verdad es que los republicanos de San Juan de Pasto experimentaron un alivio al ausentarse Agualongo con varios de sus incansables conmilitones para batirse con el general Córdoba en diversas encrucijadas del Juanambú, en tierras distritales del Tablón de los Gómez, en proximidades del río Mayo y en el pueblo de Veinticuatro donde el militar patriota estableció por unos cuantos días su cuartel general y donde rechazó un desaforado ataque de Agualongo. Después, no habiendo conseguido la combinación que deseaba con tropas del Sur y considerando un éxito haber salvado las suyas de la temeridad y de la rapidez guerrille-

ra con que actuaba el jefe rebelde, Córdoba decidió volver a Popayán, dando fin al sangriento paseo por territorios que no lo acogieron con glorias y honores, al estilo de un Libertador. E hizo bien; aunque hubiera de enfrentarse a grupos desprendidos del núcleo principal que combatía en San Juan de Pasto, el general republicano no contaba con un ejército, entendiendo por tal un poder si no aplastante, al menos temible por el número y consecuencialmente, por sus capacidades para una campaña con todas las de la ley.

Ciertamente, no todas las campañas militares han de cerrarse con el broche de oro del triunfo; sin embargo, el general José María Córdoba conservó de la suya por el Sur, que no fue coronada por ningún suceso indiscutible y que apenas si produjo cierto desorden en el desarrollo de los planes de Agualongo, concentrados todos en la toma definitiva de San Juan de Pasto, conservó, pues, el recuerdo de una valiosa experiencia, según lo certifica su segundo de entonces, el general José Hilario López en sus *Memorias:* "El general Córdoba me expresó muchas veces entusiasmado, aún después de la batalla de Ayacucho en que aumentó in-

mensamente su celebridad de valeroso, que esta era la campaña más lucida que había hecho en toda su carrera militar; pero que por desgracia no se hizo el mérito debido a ella a causa de haber sido en tan pequeña escala y contra un enemigo de tan débil prestigio; pero que él (Córdoba) se proponía escribirla y publicarla con todos sus detalles, para que se viera que nunca se habían aplicado en tan poco tiempo todos los principios del arte de la guerra, ni combatido tan desventajosamente, ni desplegado tanto valor, ni usado de tanta habilidad como esta vez. Yo participo de esa opinión y me vanaglorio de haber contribuído eficazmente al brillo de esa columna y a su prodigiosa salvación".

Si realmente la campaña fue así —no existiendo argumentos ni sutilezas ni reservas para dudar de la palabra de los dos generales patriotas que la llevaron a cabo—, si se aplicaron como nunca todos los principios del arte de la guerra, si hubo tanto valor, tanta habilidad y tanta desventaja en la contienda y, por último, si el enemigo no quedó vencido ni exterminado, es lógico suponer que su prestigio pudo ser débil en cuanto no sirvió para realzar la acción

adversaria, pero no lo fue en la práctica porque frustró casi todas las iniciativas y en fin de fines, empleándose a fondo, convenció a su eximio contrincante de la prudencia de volver a su punto de partida. A pesar del fastidio de las repeticiones, aquí cabe anotar otra vez cuánto sufrió Agualongo por la falta de herramientas esenciales para el suceso militar. Confiaba siempre en apropiarse de las armas del enemigo y hacerlo puede ser un acto de audacia y de buena suerte, pero generalmente las contiendas no se planean sobre tan ilusa o temeraria confianza; actuando así, tácitamente admitían los rebeldes su inferioridad material. Y con todo, tampoco el general José María Córdoba logró ponerlos fuera de combate.

A su regreso a San Juan de Pasto, reinician actividades los contingentes que se desplazaron al norte, pero su situación empieza a cambiar de color, porque dos mil soldados republicanos han venido de Quito —y solo doscientos cincuenta vinieron de Popayán!— veteranos en su mayoría, y ahora ejerce la comandancia el coronel Juan José Flórez en substitución del general José Mires, quien deberá prestar servicios en el ejército destinado al Perú. Las co-

sas presentan, pues, un aspecto poco confiable y no tarda en cundir el desconcierto entre los milicianos, luego vienen la desesperanza y el desánimo, y por extraño que parezca, se inicia la deserción en las filas de Agualongo; decenas de cansados indígenas desaparecen de los campamentos y por ninguna parte aparece la inmediata posibilidad de reemplazarlos, menos aún la de conseguir municiones, vituallas, vendas y pomadas, hierbas medicinales para los enfermos y los heridos.

Forzados por las dificultades y su previsible agravamiento, Agualongo, Merchancano, Enríquez, Angulo y demás cabecillas de la facción suriana examinan la situación y advirtiendo la proximidad de un ataque republicano que pudiera tornarse irresistible, resuelven abandonar su enconada porfía contra San Juan de Pasto, no sin asaltarla furiosamente en los primeros días de febrero de 1824 con las unidades restantes y algunos grupos indígenas aparecidos a última hora como por obra de milagro. Es una acción final, para jugarse el todo por el todo; tal vez no se habrían lanzado a ella, si una serena meditación la hubiera precedido. Pero

en fin, una vez más probó Agualongo su impulsividad.

El coronel se presentó por el ejido y calle por calle avanzó hasta la plaza principal y luego hasta el cuartel de San Francisco, donde logró apoderarse de un parque de los patriotas que le serviría para prolongar el asalto por tres días más, un asalto que fue verdadero torneo de ferocidad, a cuchillo y machete, cuerpo a cuerpo, con descargas a quemarropa, degollamamiento, barbarie, demencia. Como si se sintieran envueltos por una ola de lástima o de espanto, la mayoría de los historiadores que se han topado con la remembranza de aquellos acontecimientos, no han visto buenas razones para su examen o siquiera para su bosquejo y han preferido pasar a la carrera sobre aquellas escenas y su mención, últimas en todo caso de la guerra entre la República y la Monarquía en la zona por todos aspectos difícil de San Juan de Pasto. Quizás por ser las últimas constituyeron un derroche indescriptible de coraje y de brutalidad.

El coronel Agustín Agualongo no fue en esa tragedia héroe exclusivo de las clases bajas, del pueblo humilde de la tienda y de la esqui-

na, del pueblo campesino y de un puñado de clérigos, terco y obstinado e impenitente, como en su día lo fuera Benito Boves; lo acompañaron algunas figuras de la sociedad, sobresaliendo como anteriormente el capitán Ramón Astorquiza, que pocos días después habría de ser fusilado en presencia de su familia. Otros personajes hubo, de menor cuantía, que cayeron en las calles bajo el fuego republicano, durante los tres días de inenarrable y dramático batallar en San Juan de Pasto que configuraron una especie de reacción postrera, un renacer de sentimientos disminuídos y de pasiones represadas, semejante a lo que suele ocurrir en organismos desfallecidos que reaccionan poco antes de morir. Dejó varios centenares de muertos, heridos y baldados en ambos bandos y su solución se debió por fin a motivos harto conocidos en estas páginas, a saber, la veteranía de los hombres y la superioridad de las armas.

SEGUNDA ALARMA EN EL CONVENTO

En los varios siglos de existencia con que cuenta ya el convento de monjas concepcionistas, se registra ahora una segunda e intensa turbación, otro caso en que la angustia se mueve como un cuerpo tangible en el tranquilo ambiente del monasterio. Si no lo fuera de otro modo, lo delatan las facciones y el nerviosismo de las reclusas del Señor, que van y vienen, hablan en voz baja, se santiguan a cada paso, y no atinan a nada que no sea rezar jaculatorias y pedirle a Dios que las libre de todo mal. Y se estremecen a cada disparo que se produce contra las ventanas perpetuamente cerradas o desde las ventanas ahora entreabiertas de la casa bendita, según sea la dirección de los proyectiles, porque todo indica que el combate ha venido a concretarse en un duelo sostenido entre la calle y el conventual domi-

cilio, al que don Juan José Flórez ha puesto cerco, al tener conocimiento que el indomable Agualongo y sus tenientes están refugiados allí y sin la menor vacilación resistirán, hasta que su sangre se deslice sobre los ladrillos polvorientos del religioso asilo. Tal vez en el fondo de sus almas aspiran a morir allí; manos piadosas pondrán un cristo sobre su labios en el momento de la agonía.

Amo virtual de la victoria, el coronel republicano exige la rendición y envía un ultimátum; sospecha razonablemente que ni las monjas entregarían a sus protegidos ni ellos lo harían de su voluntad. Espera con impaciencia y mientras tanto siguen cruzándose los disparos. Próxima ya la hora de emplear la fuerza contra el edificio, como un ángel tutelar hace su aparición el muchas veces citado presbítero Aurelio Rosero y persuasivamente solicita del coronel Flórez permiso para negociar con el jefe Agualongo un alto en el fuego agonizante, una tregua para hablar, para concertar, quiéralo Dios, una rendición. ¿Una rendición? Articular la palabra rendición en presencia de Agustín Agualongo habría sido una ofensa imperdonable y sugerírsela directamente habría equiva-

lido a ejercer presión mental sobre una roca para que se partiera en dos, en un acto imposible de humana ternura. Flórez no era capaz de penetrar en los secretos pensamientos del presbítero Rosero que, sin ir más lejos, agotó ante Agualongo sus nobles argumentos, en una atmósfera de recíproca deferencia; habló de las enseñanzas del Divino Maestro, de los bienes incomparables de la paz, de la generosidad del Libertador, deformada por el apasionamiento que la guerra creaba aún en las almas simples, de las posibilidades de una patria sin sumisión ni coloniaje, del derecho de los hombres a organizarse libre y cristianamente, bajo el imperio de la ley, de todos los temas útiles para provocar un avenimiento y por encima de todo, para salvar a los insurrectos cuya destrucción era ya una irremediable fatalidad. Pero no ultrajó al caudillo hablándole de rendición.

Con esporádico acompañamiento de tiros de fusil en las afueras del monasterio, la conversación del buen hombre de Dios y los rudos jefes de la revuelta, se prolongó hasta la caída del sol y la hora del Angelus que en la paz o en la guerra, las campanas de San Juan de Pasto solían tocar con un dejo de extasiante

melancolía. Y una vez entrada la noche, caminando con lentitud de anciano o de enfermo y deteniéndose de cuando en cuando como si le fuera indispensable para tomar aire o reflexionar, el bondadoso presbítero se abrió paso entre las largas bayonetas sitiadoras y se hizo conducir ante don Juan José para darle cuenta del resultado de su misión. Y lo hizo entre silencios, con innecesarias figuras retóricas, enternecidos suspiros y movimientos de cabeza, dándoles con intención secreta de su alma tiempo al tiempo y a la noche, con tanta finura y sutileza, que el ultimátum de Flórez vino a frustrarse, pues cuando dió la orden de allanamiento y arma en mano entraron los primeros legionarios para cumplirla, Juan Agustín y sus fieles compañeros habían abandonado el convento, sin que nadie explicara por dónde. Se diluyeron en la noche profunda de San Juan de Pasto, evitándoles a las caritativas monjas de la Concepción la entrada irrespetuosa y multitudinaria de la soldadesca en su venerable clausura. El disguto de Flores fue descomunal y lo expresó con ademanes y sobre todo con vocablos de origen y de gran sonoridad venezolana, ¿pero qué hacer? Someter a las re-

ligiosas a interrogatorio? Amenazarlas con el destierro y aún con el fusilamiento? No. Por honda y amarga que fuera su destemplanza, don Juan José Flórez no pudo atreverse a tanto.

Numerosas patrullas salieron desde el día siguiente hacia los treinta y dos rumbos del horizonte y otros retenes cerraron los caminos; pero los prófugos solo reaparecieron antes de finalizar el mes en el caserío de Chachaguí, habiendo permanecido ocultos en los montes vecinos, y bajo techos amigos iniciaron reuniones en dicho lugar a veinticinco o treinta kilómetros de la ciudad, en tertulias o corrillos que no serían para beber chicha o aguardiente en compañía o para rezar devotamente los tres rosarios de la Virgen. El hecho de estar juntos les devolvería cierta sensación de seguridad, además, hablarían no solo de su situación presente sino de nuevos planes para reanudar la guerra, ya que para aquellos individuos irreductibles toda derrota era más bien un estímulo, por absurdo o por ridículo que en últimas parezca.

Uno de aquellos recogidos conventículos del campo, fue súbitamente interrumpido por el propio coronel Flórez con un fuerte golpe de espadones republicanos y no les fue posible a

los confabulados organizar rápidamente su defensa. Atados en cadena, entre sesenta y setenta guerrilleros fueron conducidos en el término de la distancia a la ciudad y pasados por las armas al siguiente mediodía en la plazuela de San Sebastián. El procedimiento, el juicio, ¿para qué?. Flórez no hubiera perdido media hora de su precioso tiempo en tan inocuas diligencias.

Cabezas malintencionadas y lenguas ligeras o calumniadoras, lo dieron como un hecho positivo y celebraron lo que no era más que una supuesta ocurrencia: entre los ajusticiados no estuvo el coronel Agualongo, tampoco Estanislao Merchancano ni Joaquín Enríquez ni Jerónimo Toro ni Juan José Polo ni nadie que en aquellos días ejerciera comandancia en las milicias surianas de la Religión y del Rey. Como de costumbre, se esfumaban en el momento del peligro y ningún demonólogo podría conjeturar a pesar de todo, que tenían pacto con el diablo, cosa imposible, repulsivo, abominable, entre gentes que al batirse sin respiro contra la República estaban convencidas que lo hacían en defensa del Señor y de Su Santa Doctrina. Y así fue cómo solo sujetos menores,

campesinos rudamente fogueados, pero todos anónimos, cayeron para no levantarse más, bajo la inexorable fusilería del corornel Juan José Flórez, en la plazuela de San Sebastián.

RECURSOS EPISTOLARES

En la época que tiene ahora acceso a la narración se verificaron dos hechos epistolares de importancia; merecen relieve y hasta bastardilla, por cuanto sugieren un cambio en el espíritu y en el comportamiento de la República en relación con los sediciosos de San Juan de Pasto... Era si no inútil, ya probadamente impolítico empecinarse en que tarde o temprano surtirían el efecto de amedrentación y sometimiento que de ellas se esperó en un principio, las medidas tomadas después de Taindala, la navidad sangrienta y la feroz batalla de San Miguel de Ibarra. La violencia y la fuerza no hicieron otra cosa que inspirar estados correlativos de fuerza y de violencia, y aunque la razón y el buen consejo hicieran su aparición un poco tarde, no eran de pronóstico reservado, no daban pie para ser mirados con

gratuito pesimismo, como si finalmente nada existiera de efecto superior que las armas en los terrenos en que se mueven las relaciones humanas.

El primero de los recursos en lista, fue la actitud directa asumida por el general Francisco de Paula Santander, vicepresidente en ejercicio, a que el autor se refirió alguna vez en estos términos: "Santander resolvió sin más recelos, consultas y meditaciones, dirigirse a los jefes de la resistencia, utilizando medios de persuasión menos acongojantes y dramáticos que los fusiles, lanzas y demás artefactos, comunes en aquella época de desatada beligerancia...". Hubiera sido de mayor exactitud decir: en aquella época de enloquecida guerra civil.

El vicepresidente concretó su invitación a razonar en la carta que con fecha 6 de noviembre de 1823 envió a Merchancano y Agualongo, por intermedio de la Comandancia del Cauca, y que cabe muy bien en cuanto trabajo evoque las vicisitudes y los personajes de ese tiempo. Viene transcrita en toda su extensión:

"Señores Jefes de Pasto, don F. Merchancano y don F. Agualongo". (No queda más remedio

que notar la información inexacta del general don F. de Paula Santander). "Muy señores míos: He llegado a entender que ustedes estaban dispuestos a renunciar a la locura desesperada en que se han metido sin esperanza de suceso, y que no pudieron avenirse con el general Salom por la falta de ciertas garantías que ustedes solicitaban. En este supuesto no he querido omitir un medio de reconciliación como el presente, antes de llevar nuevamente la guerra a ese desgraciado territorio.

"Si ustedes reflexionan un poco lo que han hecho, deben convencerse de que su empresa es desesperada, y que es imposible que ustedes resistan a las fuerzas que el Gobierno puede hacer marchar por el Sur y por Patía. Son ustedes los únicos enemigos que le quedan a Colombia y por mucha confianza que les inspiren sus rocas y desrriscaderos, al fin debemos triunfar porque somos más y tenemos infinitos recursos. ¿Y qué ganarían ustedes de morir peleando o de andar huyendo por las montañas? ¿Mejorarán por eso su causa y harán feliz a su país? ¿Les dará recompensa el rey de España? ¿Sus familias vendrán a ser felices? Piensen ustedes bien estas considera-

ciones. Por el contrario, reunidos a Colombia tendrán quietud, podrán buscar el alivio de sus familias, el pueblo de Pasto no padecerá tantos males y ustedes tendrán menos reatos y cargos de conciencia. La paz es un bien muy apreciable, y a ella debemos sacrificarle resentimientos y odios personales. ¿Por qué fatalidad no disfruta Pasto de la tranquilidad y contento de que gozan los pueblos de la República? ¿Por qué desgracia no disfrutan ustedes como hijos de Colombia, de los placeres de que están en posesión todos los demás colombianos? Que ustedes estuviesen antes equivocados respecto al poder de España, hasta el punto de creer que nos pudiera conquistar, es disculpable; pero que ahora estén pensando que podemos volver a sucumbir a los españoles, y que piensen ustedes solos, metidos en un punto insignificante, hacernos perder nuestra libertad, es el colmo del delirio y la locura.

"Como magistrado de Colombia tengo la obligación de emplear la suavidad y la dulzura para atraer a los ciudadanos descarriados y disipar sus errores. La muerte de cualquier colombiano es para mí un suceso de dolor y amargura, y mi corazón me dicta evitarla. Así,

pues, yo dirijo a ustedes con mucho gusto una comisión autorizada ampliamente, para que convenga con ustedes en el modo decoroso de restablecer la paz en su territorio y ahorrarle los desastres que pudieran sobrevenirle. Hablen ustedes con confianza y libertad, explíquense claramente y de una vez establezcamos la paz y tranquilidad o declárense los enemigos irreconociliables de Colombia.

"Espero que ustedes, instruyéndose del poder que hoy tiene Colombia, después de haber destruído el ejército del general Morales, y de que Lima ha quedado libre, no atribuyan este paso a debilidad o temores. El pueblo que en otro tiempo no ha temido a Morillo, a Murgeon ni a Morales, menos puede temer ahora a cuatro hombres arrinconados en Pasto, sin elementos de guerra y sin protección. Envíen ustedes una persona de su confianza que venga a Popayán y Neiva a ver con sus propios ojos las tropas que están marchando hacia Pasto y ella les podrá decir si el Gobierno de Colombia al proponer a ustedes una reconciliación, solo consulta el bien de esos pueblos y de la humanidad.

"Quiera el cielo romper la venda que cubre

los ojos de ustedes y darnos quietud para recoger los frutos de la paz a la sombra de la libertad. Quiera ahorrarme el dolor de renovar en Pasto escenas trágicas que solo pueden atribuirse a la obstinación y ceguedad de ustedes —Es de ustedes atento servidor, q.b.s.m., F. de P. Santander".

El intendente General del Cauca escogió en Popayán los comisionados del vicepresidente, y la escogencia recayó en dos religiosos, Fray Angel Piedrahita y el reverendo presbítero Tomás Villegas. Eran personas de calidad, las mejores para desempeñar el difícil encargo con probabilidades de éxito; no opusieron dificultad alguna y recibidas sus instrucciones y el documento conciliador, se prepararon para el viaje, que preciso es suponer estaba desprovisto de atractivos, a pesar de cuantas facilidades les procuró el Intendente.

Con fecha 15 de diciembre, informaron a dicho funcionario, coronel José María Ortega, acerca de los azarosos incidentes del viaje y el resultado de la misión. Con notorio recelo, con marcada inhospitalidad se les recibió en algunos lugares del tránsito; al fin y al cabo, las del Patía y alrededores, no eran comarcas ami-

gas. Al arribar al Tablón de los Gómez fueron objeto del más injusto tratamiento, habiendo sido "arrestados en una casa muy despreciable, con centinela de vista". Su parlamento con el gobernador Estanislao Merchancano fue por demás desagradable, obligados a soportar estóicamente "sus sarcasmos, insultos y desprecios contra el Gobierno... y sus quejas particularmente contra el general Salom". Merchancano dijo por último que "siempre que se les dejaran sus armas en Pasto y libres en su gobierno, no harían ostilidad y entrarían en tratados con Colombia, en lo que no convinimos por ser opuesto a nuestras instrucciones y a la carta de Su Excelencia..." Como culminación de sus penosas gestiones, los padres Piedrahita y Villegas recibieron un pliego con la respuesta de Merchancano a Santander y a punto de emprender el viaje de regreso, descubrieron que manos clandestinas se habían apropiado de sus ruanas y de los frenos de sus cabalgaduras; con gran susto en el camino se toparon con "seis guerrillas de negros y bandidos". Y para colmo de su frustrada misión, nada lograron saber en concreto acerca del paradero del jefe Agualongo, y así, un poco irri-

tados y bastante maltrechos, los reverendos comisionados retornaron a Popayán, al término de "un penosísimo viaje de tres semanas".

El pliego de respuesta echa por tierra, como en un derrumbamiento, todo concepto favorable a las letras y a la ponderación de don Estanislao Merchancano, que desde tanto tiempo atrás venía figurando como hombre versado en ciencia política, en derecho, sobre todo en derecho penal, lo mismo que en asuntos pertinentes a la organización del Estado. Vino a mostrarse inferior a su fama, indigno de la confianza que le profesaban el coronel Agualongo y en general, la habitancia del Sur; si de naturaleza fue descortés, vulgar, terco y tonto, que tales fueron los aspectos de su conducta ante los comisionados del gobierno, ¿cómo fue posible que se le confiaran las consignas políticas e intelectuales de la sedición? Otra persona, dotada de mínima sensibilidad, habría percibido en las gestiones de aquellos días una ceja de luz, desde luego celebrada, bienvenida, dadas las precarias condiciones de los revoltosos; pero el letrado don Estanislao nada vió, no tuvo un rasgo de inteligencia, menos de sutileza, ni siquiera un presentimiento; estaba ce-

gado acaso por la vanidad, por la desmesura, por la inesperada importancia que el gobierno le concedía. La increíble respuesta fue concebida en los siguientes términos:

"Al titulado Vicepresidente Francisco Santander. —La nota de V.S. fechada en Santafé a 6 de noviembre me hace ver los deceos o mejor dicho seducciones de que Pasto, la imbencíble Pasto, se someta al infame gobierno de Colombia, mas como ha tomado la defensa de los principios de la Religión, no entraré en otra negociación no siendo en la de que Colombia rinda las armas y buelba al rebaño de donde se descarrió desgraciadamente, qual es la España y sus leyes; y de lo contrario tendrán sus hijos la gloria de morir por defender los sagrados derechos de la Religión y la obediencia al rey, su Señor natural, primero que obedecer a los lobos carniceros he irreligiosos de Colombia. —Dios guarde a U. muchos años.— Tablón de los Gómez, diciembre 7 de 1823.— Estanislao Merchancano". Si semejante contestación llegó a manos de Santander, el vicepresidente debió reafirmarse en su idea de que los problemas de San Juan de Pasto no eran una prueba de fidelidad heroica sino un des-

quicio mental, una palmaria cuestión de manicomio.

No hay buena voluntad, por simple que sea, que no se malquiste con el "desgraciado lapsus epistolar" de don Estanislao Merchancano cuyo apellido descompuso don Rufino Gutiérrez en Merchán Cano, y bien pudo ser así, aunque familias de la capital de Nariño usan en el presente siglo las dos palabras en una sola. A pesar de la relativa cultura que le ha reconocido la historia, su carta al vicepresidente no indica ni ponderación ni capacidad reflexiva, ni siquiera dominio del lenguaje, menos de la ortografía. Demuestra que en su ignorancia el hombre no veía más allá de sus narices y no tenía idea del ridículo, porque exigir que para entrar en negociaciones con él (!), la Colombia ya independiente después de tanto dolor y tanta sangre, rinda las armas y vuelva al redil monárquico del que para su desgracia se separó, es una exigencia que ahora como entonces causa risa o despierta la misma compasión entristecida que suelen inspirar ciertos actos de demencia senil.

Que sus letras fueran muchas y bien asentadas no se deduce precisamente de la página

que le dedica don José Rafael Zarama en su *Biografía de Hombres Notables de Pasto;* las supuestas letras que lo decoraron, le vinieron probablemente de la práctica y no del estudio. "Hijo de Pasto —dice el señor Zarama— dedicado al comercio en su ciudad natal cuando estalló la revolución libertadora, durante la cual sirvió a la causa de España; se distinguió en varias acciones militares. En el año de 1813, con el grado de teniente, le tocó intervenir en el diezmo de los soldados de Caycedo y Cuero que debían ser fusilados con este prócer, y conducir de Pasto a Barbacoas a varios otros prominentes republicanos, quienes fueron enviados al destierro en diciembre de ese año, Mariano Arroyo, Mariano Lemos, Joaquín Fernández de Soto, Fray Pedro Paredes y algunos más que en buena parte murieron lejos de la patria. Por su comportamiento en la campaña contra Nariño, lo ascendieron a capitán el 28 de julio de 1814, juntamente con Antonio Merchancano y otros oficiales. Estuvo de administrador de rentas en Pasto y gobernador de la misma Provincia por los realistas en 1823". Poca cosa realmente, para sustentar las ínfulas de la carta al vicepresidente Santander.

EL LIBERTADOR Y EL OBISPO

El segundo hecho de naturaleza epistolar, es la comunicación que hallándose en Pativilca dictó el Libertador a su secretario José D. Espinar, para el general Bartolomé Salom. Por causa de su temperamento y de sus antecedentes personales, Salom la encontraría desentonada e ilusa, pero al subalterno no le cabía otro recurso que poner en práctica las disposiciones contenidas en ella; nadie se atrevió jamás a desconocer una orden del Libertador:

"Deseando poner término a los males que afligen a una sección interesante de la República de Colombia, cuyos habitantes son reconocidos más bien como enemigos de ella que por adictos al sistema español, y deseando al mismo tiempo calmar el ímpetu de unas pasiones desenfrenadas que han elevado el valor y

coraje de aquellos pueblos hasta el grado de desesperación, S. E., ha dispuesto que al dignísimo Obispo de Popayán (Don Salvador Jiménez de Enciso y Cobos Padilla) se le ruegue se dirija a Pasto a exhortar en nombre de la Divinidad a los rebeldes y a proponerles una completa amnistía a nombre de S.E.. y del Congreso de Colombia, con tal de que depongan su furor militar y se sometan a las leyes de la República, entreguen todas las armas de que se hallan en posesión y que tan hostilmente emplean contra sus hermanos.

"De consiguiente, es necesario que Ud. dipute un comisionado cerca de los jefes de la División enemiga de los Pastos, el cual debe anunciarles la ida del reverendo Obispo con el indulto general que se les ofrece en nombre de Dios y de la humanidad. Conviene recordarles en una proclama la religiosidad con que S.E. el Libertador ha cumplido siempre sus promesas. Se les ofrecerá no ser molestados en cosa alguna, antes bien, serán tratados con toda consideración como hijos predilectos de la República. Se les procurará inspirarles la más grande confianza en unos ofrecimientos que les hace el cuerpo de Representantes de la

Nación, por órgano del Ilustrísimo Prelado de aquella Diócesis. No se omitirá medio alguno de hacerles deponer su rencor y de invitarles a una fraternal y amigable reconciliación. Por último, Ud. añadirá a este intento todo lo demás que crea conveniente en la seguridad y persuasión de la inviolabilidad de estas promesas. Así todos los convenios que se celebren con los pastusos por el reverendo Obispo, serán exactamente cumplidos. Ud. instará por su parte al Ilustrísimo señor Obispo de Popayán, para que no tarde en verificar esta misión. Además, facilitará al mismo reverendo Obispo todos los auxilios que necesite para el pronto y mejor desempeño de esta importante comisión. Dios guarde a U. muchos años. —Pativilca, enero 25 de 1824.— José D. Espinar".

Refiriéndose a la comunicación anterior, tomada de las *Memorias* del general O'Leary, el doctor Roberto Botero Saldarriaga hace este comentario en su Biografía de Córdoba: "...Cómo había fracasado el sistema venezolano de Salom entre los bravos y abnegados pastusos, y cómo Bolívar alarmado y corrido, apelaba a la misma Divinidad para domar los arrestos de un pueblo que luchaba por su propia exis-

tencia, por la de sus hogares y sus haberes! ¡Qué lección, aun para estos días de revaluaciones del honor colombiano!".

Don Salvador Jiménez de Enciso y Cobos Padilla, "último Obispo español, fue un varón eminente por su ilustración y sus virtudes", dice el doctor Arcesio Aragón. "...Aunque decidido realista por la sangre, después de la batalla de Bomboná, estando en Pasto, se entendió con el Libertador, cuyo genio le sedujo, y quien le convenció de que debía desistir de su proyectado viaje a España y quedarse en Colombia, reconociendo la República, y dedicándose al servicio de su grey...".

En comunicación del 19 de abril de 1823, don Salvador dio cuenta de su conducta al Papa Pío VII, agregándole copias de su correspondencia con el Libertador, de las que se extraen los siguientes apartes: "La historia, que enseña todas las cosas, ofrece maravillosos ejemplos de la grande veneración que han inspirado en todos los tiempos los varones fuertes que sobreponiéndose a los mayores riesgos han mantenido la dignidad de su carácter delante de los más fieros conquistadores y aún pisando los umbrales de la muerte... Yo me

atrevo a pensar que S.S.I. lejos de llenar el curso de su carrera religiosa en los términos de su deber, se aparta notablemente de ella, abandonando la iglesia que el cielo le ha confiado, por causas políticas y de ningún modo conexas con la viña del Señor... no creo que V.S.I. pueda hacerse sordo... a la voz del Gobierno de Colombia que suplica a V.S.I. sea uno de sus conductores en la carrera al cielo...".

Estas y otras frases y otros razonamientos del Libertador, fueron contestados en Pasto, el 10 de junio de 1822, por don Salvador Jiménez en esta forma: "Excmo. Señor: Con la mayor complacencia acabo de recibir el oficio de V.E. y mi corazón se regocija al ver los sentimientos tan religiosos que animan a la República de Colombia. Me convencen las poderosas razones que V.E. tiene a bien manifestarme para que sacrificando mis deseos de retirarme a España, prefiera los intereses de la religión a cuanto yo pudiera apetecer. Por estas razones me someto en un todo a la voluntad de V. E. y estoy pronto a permanecer en el territorio de la República, prestándole mi más sumisa obediencia, con tal de cooperar en cuanto mis

fuerzas alcancen a que prospere en estos países el tesoro inestimable de la religión de Jesucristo. — Dios Nuestro Señor guarde la importante vida de V. E., muchos y dilatados años.— Excmo. Señor, — Salvador, Obispo de Popayán".

Con armas espirituales ganó, pues, el Libertador una sin igual batalla al Ilustrísimo señor Jiménez, Obispo de Popayán, lo que alcanzará relieve una vez que sean leídas las líneas que vienen ahora y que describen la conducta del Ilustrísimo unos cuantos meses antes y sobre todo cuando llegaron a sus manos las comunicaciones que desde La Plata le remitiera el Brigadier español don Sebastián de la Calzada, desplazándose rumbo al sur, en busca de aires menos peligrosos para él y para sus tropas. Le dijo el Brigadier: "Nos hemos visto envueltos en una desgracia que casi no era posible calcular. La Tercera División del Ejército más fuerte que el de Bolívar, fue derrotada por este...". Se contaban apenas diez y siete días después de Boyacá. "Con todo, se puede decir que hemos perdido poco, y se puede asegurar del todo que la ventaja de los enemigos no durará muchos días. Nuestra pérdida en la acción fue

muy corta... de modo que Bolívar no ha sacado más fruto que saquear a Santafé, como lo ha hecho implacablemente; esta conducta es muy propia de este cabecilla y de su pandilla, acabará por desengañar a muchos sobre el objeto de los rebeldes, que no es otro que robar...".

En ninguna parte menciona la historia otro regreso de los realistas a Santafé, donde el Libertador y sus soldados victoriosos fueron recibidos bajo arcos de triunfo "y al estruendo de músicas marciales" y donde en la fecha de la carta del Brigadier de La Calzada, 24 de agosto, había ya un gobierno organizado y donde estuvo por poco tiempo el Cuartel General, antes de que, sentenciado al perpetuo movimiento, el Libertador partiera en otras direcciones. Desde luego, estaban en su derecho los generales del rey al desdibujar el perfil de sus reveses, y ejerciéndolo el Brigadier de La Calzada le pidió a don Salvador Jiménez "hacer presente el estado ventajoso en que están las tropas del rey y que asciende a más de catorce mil hombres en Venezuela, prontos a marchar a este Reyno si fuere necesario, y establecer la confianza en los corazones, para

prevenir la impresión que puede hacerles una pequeña desgracia...".

En la misma medida de los generales, el Obispo Jiménez era entonces un fanático servidor de Su Majestad. También él, a la manera de otros prelados de su categoría, v. gr. don Remigio de la Santa y Ortega, Obispo de La Paz, en el Alto Perú, consideraba la autoridad real como un reflejo divino y frecuentemente se inclinaba a confundir el ejercicio eclesiástico con la investidura castrense; lo único que le faltó fue comandar de hecho un ejército, si bien aseguraba tener milicias diocesanas bajo sus órdenes. Contestó a Calzada sin demora, el 27 de agosto, con jubilosas expresiones: "Esta agradable noticia se difundirá por todo el Valle con la velocidad del rayo, por los buenos y por los malos, y apagará el fuego subterráneo, que ya se iba inflamando con el soplo de cuatro malvados, pues no creo que la masa general esté corrompida...". Sí, cuatro gatos endemoniados e insurgentes haciendo ruido a la luz de la luna!

Para no quedarse atrás de los brigadieres y demás Calzadas que todavía merodeaban por tierras granadinas y para contribuir a la rea-

grupación de los fieles y a la victoria final de su señor el rey, lanzó el prelado su propia ofensiva con el eficaz concurso de sus curas y de los púlpitos de su Diócesis, y por este último medio hizo conocer un documento en que aparte de otras cosas, expresaba las siguientes: "...en uso de las facultades que Dios me ha dado por medio de su Vicario en la tierra, excomulgo con excomunión mayor *ipso facto incurrenda,* a todos aquellos que cooperen de cualquier modo que sea o presten auxilio a los traidores para que lleven adelante su revolución; declaro en entredicho a todos los pueblos que no se sometan a las legítimas autoridades del Rey Nuestro Señor y a todos los eclesiásticos seculares o regulares que estuviesen con ellos les suspendo el uso de sus licencias, les prohibo que digan misa y les mando que no den sepultura eclesiástica ni hagan oficios divinos por todos aquellos que muriesen con las armas en la mano peleando contra las tropas reales... El Señor por su infinita misericordia os preserve por medio de vuestra tranquilidad y fidelidad a nuestro legítimo Soberano de incurrir en un abismo de males que nos estremecemos al vernos precisados a fulminar

contra nuestros amados hijos. Sed dóciles a mis amorosas voces y os preservaréis de todos ellos mereciendo las bendiciones del cielo como se lo pido al Señor, y también las mías que ahora os doy con la ternura de mi corazón".

Entre las gentes buenas e ingenuas de la Diócesis era de temerse el eco de la excomunión, pero en resumen de nada valieron las medidas episcopales del santo Obispo don Salvador Jiménez de Enciso y Cobos Padilla; nadie hizo caso de la endiabladura decretada por el famoso delito de rebelión contra la Corona, y en contados días el Brigadier de La Calzada hubo de salir de Popayán, acosado por las irradiaciones militares de la "pequeña desgracia" sufrida por la Tercera División de Su Majestad don Fernando en el fatídico puente de Boyacá. Su Ilustrísima se fue con él, por cuanto mayor protección le brindaban los mosquetones del señor de La Calzada que las campanas y demás recintos acogedores y olorosos a incienso de su sede diocesana. Había de ser en San Juan de Pasto donde lo alcanzaran las notas amistosas e insinuantes del traidor Bolívar, en busca de entendimiento y concertación de la

paz. De todas maneras, antes de su conversión al servicio de la fe republicana, el santo pastor no pudo escapar a la tristeza y al mismo tiempo a la ignominia de ver su Diócesis revolucionariamente invadida por "la pandilla del Libertador".

Y en esas condiciones terminó por reafirmar el ilustre prelado tanto el sentido como el carácter de sus obligaciones con la religión, que por su parte Agualongo, Merchancano y sus partidarios concebían en forma intensa y profunda, pero igualmente confusa y descabellada. No cabe la menor duda de que el Obispo Jiménez de Enciso y Cobos Padilla habría cumplido al pie de la letra y con el formidable respaldo de su formación eclesiástica y de su clara mentalidad, la misión inapreciable que le confiaba el Libertador, si le hubiera sido posible entrevistar al coronel Agualongo y a sus bravos edecanes y consejeros, pero tropezó con la circunstancia no prevista de que todos andaban dispersos; de algunos, como el gobernador Merchancano y los comandantes Juan José Polo y Joaquín Guerrero no se tenía noticia; corridos algunos días vino a saberse que los dos últimos habían sido fusilados en San Juan

de Pasto; por demás está reiterar que las órdenes para su fusilamiento fueron impartidas como tantas otras, por la tranquila conciencia (!) del señor coronel Flórez.

Tampoco había indicios ni se hacían cábalas sobre el paradero de Agualongo, certeza nadie la tenía, y apenas si entre sombras, murmullos e incertidumbre algo se conoció de su paso por la población de Taminango, no muy distante de la ciudad en cuestión de kilómetros, pero sí en materia de asperezas y otras dificultades camineras. Más tarde, se habló de su aparición en algún indeterminado lugar del Patía, donde fue acogido por la guerrilla de negros patianos que comandaba el coronel Jerónimo Toro.

La guerrilla del mulato Jerónimo estaba a cien leguas no de ser un ejército, sino una tropa organizada; queda bien definida si se dice que era una partida ambulante, más bandolera que militar, y casi hambrienta, pero todavía reacia al desaliento y a la disolución. Y quién sabe si la compañía de negros patianos, que evidentemente más conformaban una banda de forajidos que un conjunto militar con planes de campaña y disciplina y moral suficientes para realizarlos, no lo desilusionara, no lo con-

venciera de que con ellos sería vano empeño lanzarse a nuevos emprendimientos, y quizás no le diera alguna cosa así como una premonición del desastre. No debió entenderla, debió desecharla, no reparar en ella, con una actitud de avestruz, tanta era su porfía, tan pétrea o tan cerrada su voluntad.

LA ILUSION DEL MAR

En medio de su tozudez, Agualongo ha concebido otro programa de acción; ya no volverá a las montañas ni a las sierras que palmo a palmo ha trajinado y a cuyas soledades confió su salvación un sinnúmero de veces. Ha resuelto salir al mar, conducir sus teas incendiarias a toda la costa que se extiende desde La Buenaventura hasta Tumaco y Esmeraldas; supone acaso que el mar Pacífico ha de serle más propicio que las cordilleras y que el cañón de muchos ríos y el enclave de tantas corrientes interiores, para organizar activa beligerancia en favor de las tropas reales que todavía son fuertes y que dominan una extensa zona del Perú. Por segunda vez Agualongo da la impresión de pensar en grande, aunque tampoco están ahora en armonía con su pensamiento los medios indispensables para respaldarlo y que

en fin de cuentas son los sustentáculos y el respeto mismo de la fuerza; carece ahora de material humano tan ferviente y numeroso como el de su malhadada expedición a Quito, que cayó destrozado en los sectores urbanos y en los campos aledaños a San Miguel de Ibarra; las bocas de fuego en estado de servicio que componen su parque de guerra ni siquiera alcanzan para armar la mitad de los efectivos que pudieran dispararlas; ninguna situación anterior fue como la de ahora tan desmedrada y descaecida.

No obstante, el indómito sujeto insurge contra sus imposibilidades, por ningún motivo se rendiría ante la evidencia, aceptando que las gentes que ahora comanda no son más que una agrupación de fantasmas abandonados de la fe de otros tiempos, ni que la última leva diera la impresión de ser una súplica angustiada. Tras de mucho pedir y sobre todo, tras de mucho amenazar, concentró un poco más de cuatrocientos hombres, en su mayoría pertenecientes a las partidas diseminadas en la Provincia de los Pastos. Sin errar se diría que ni sus ojos ven ni su sensibilidad presiente que está entrando en una hora crepuscular, en una

especie de premoriencia de su recio movimiento. Y aún en tan desbaratadas circunstancias, el caudillo se empecina en la ejecución de los nuevos planes, que inicia resueltamente entre el 30 de mayo y el 1º de junio de 1824, disponiendo el asalto del puerto fluvial de Barbacoas, población que por sus riquezas auríferas hubiera podido rivalizar con el reino de Midas; al parecer fue fundada por un capitán Pedro Martín Navarro, corriendo los años de 1616 a 1620. El ataque comienza por el río Telembí, pero pronto Agualongo modifica sus propósitos y lo dirige por tierra, produciéndose un incendio en una de las manzanas de la población.

No tenía Barbacoas verdadera trayectoria guerrera hasta entonces; en su documentado y utilísimo libro "Geografía Guerrera Colombiana", don Eduardo Riascos Grueso informa que el puerto fluvial de Barbacoas fue atacado en 1684 por el pirata inglés Eduardo David. Para su proeza debió cubrir poco menos de doscientos kilómetros río arriba desde el mar. El mencionado autor anota también los hechos de armas que se registraron allí durante la guerra de la Independencia y cita como jefes divisio-

narios al gobernador Miguel Tacón, a Manuel Cestaris, Agustín Agualongo, y a los republicanos Angel María Varela, Ignacio Torres, Lucas Carvajal, Pedro Murgueítio y Tomás Cipriano de Mosquera.

Como era su costumbre, las milicias de Agualongo desplegaron prodigiosa temeridad; una vez comprometidos, los fieros pastusos nunca calcularon su riesgo personal, no tuvieron en cuenta que el primer deber del soldado es proteger su vida en cuanto pueda, por cuanto los muertos ya no sirven para nada, acaso de estorbo y finalmente para alimento de gusanos. Ellos no le temieron a la muerte y quizás se consideraban inmunes contra su asedio y su imprevisto designio. A la sazón se encontraba en Barbacoas el gobernador y comandante de armas, Tomás Cipriano de Mosquera, y este importante ciudadano y bizarro militar que llenaría después tantas y tan notables páginas de la historia colombiana, asumió la defensa del puerto, con la eficaz ayudantía del capitán Manuel Ortiz y Zamora, nativo del lugar, muy respetado allí y baqueano como ninguno en el mapa acuático y en las zonas selváticas de la región; si habría navegado por el Telembí, si

conocería en detalle las riberas del gran río que hasta bien entrado el siglo XX impresionaba por la majestad de su deslizamiento y por la transparencia verdosa de sus aguas. Implacable y ávidamente destruyeron su legendaria belleza grandes máquinas extractoras, al llevarse el rico aluvión escondido en su lecho.

En su conocida *Memoria sobre la Vida del General Simón Bolívar*, el entonces coronel Tomás Cipriano de Mosquera, hizo el relato de la acción de armas de Barbacoas que a creer en sus apreciaciones, no fue simplemente un encuentro sino una rigurosa batalla. Por motivos que no explicarían su inclusión en este libro, no se transcriben los comentarios que el general José María Obando tejió sobre el caso de Barbacoas; desde luego, no coincidieron con la narración de Mosquera que aparte algunas frases sentimentales o anecdóticas, de apariencia heroica, es bastante objetiva.

Tratándose de la postrera hazaña militar del coronel Agualongo, no desentona citar unos cuantos párrafos de don Tomás Cipriano, que pintan la jornada más o menos como fue: "Llamé a las armas la milicia de la ciudad y a los esclavos que quisieron enrolarse, ofrecién-

doles la libertad a los que se condujesen bien... El 30 hice seguir dos lanchas con destacamento a reconocer al enemigo, y no habían andado un kilómetro cuando lo encontraron... Con mucho arrojo me atacaron por agua, pero un tiro de una pieza de a cuatro con metralla despedazó una canoa matando y ahogando 30 hombres que venían en ella. El enemigo se retiró para hacer el ataque por tierra, tuvo que hacer una trocha para entrar a la ciudad, y el 1º intentó tomar por asalto el cuartel en que me había fortificado. Comenzó el combate a las seis de la mañana y a la una fue rechazado con la pérdida de 30 muertos entre ellos el llamado coronel Toro. Salí en su persecución con un destacamento, y un soldado Martínez, del batallón Aragón, se pasó y volviendo la cara, a dos pasos, me hizo fuego y me rompió ambas quijadas y pasó la lengua; tuve que regresar al cuartel a curarme... A las dos de la tarde fue nuevamente atacado el cuartel e incendiada la ciudad... viendo que se incendiaba la iglesia matriz, mandé sacar la custodia y el copón con el Sacramento, con un oficial; al llegar al cuartel le hice los honores y escribí en la pizarra: "Dios está con nosotros, somos

invencibles"... El enemigo perdió como 140 muertos... fue derrotado a las cinco de la tarde, y en la persecución de esa noche y el 2 de junio se tomaron 33 oficiales prisioneros y 150 de tropa. Nuestra pérdida fue de 13 muertos y 18 heridos, incluso yo. Jamás en mi vida he tenido un combate como aquel. Las llamas del incendio con el humo se elevaban al cielo con una horrible belleza y los lamentos de la población al estampido de las maderas que se reventaban, y el ataque del enemigo, era un cuadro muy particular que tengo aún grabado en mi mente. Los 33 oficiales los mandé pasar por las armas por incendiarios". Entre las bajas de Agualongo, Mosquera menciona al "llamado coronel Toro". Se trató de Jerónimo Toro, muerto de certero disparo; fue uno de los más leales y eficientes compañeros del caudillo. Hay quien cree que Agualongo también fue herido en Barbacoas, pero el hecho de que viajara inmediattamente por los dramáticos caminos que conducían hasta Cumbitara y El Castigo, desvirtúa la creencia o reduce la supuesta herida a un tolerable rasguño.

En otra parte quedó establecido lo que se reproduce a continuación: "Quizá por razones

de prestigio, Agualongo no podía reconocer de inmediato y ante los demás, la magnitud de su catástrofe, y es así como en carta enviada probablemente al capitán Francisco Angulo, consigna una versión menos grave y vergonzosa de lo ocurrido en el puerto del Telembí. Este documento, que puede verse en el Archivo Nacional, es del tenor siguiente: "Comandancia General. — Desde el 30 del pasado ataqué al enemigo desde las vueltas que llegan a Playa Grande, en donde tuve la suerte de tomarle tres buques, doce fusiles, un latón, una espada, algunos paquetes de cartuchos, los que sirvieron a ellos mismos, algo de carne y arroces y algunos atados de ropa, lo que disfrutó nuestra valiente columna. El día 1 del que rige atacamos al enemigo con valiente entusiasmo, entrando nuestra columna por caminos intransitables por tierra a la de Barbacoas y por agua mandé otra corta columna al comando del coronel Joaquín Enríquez, las que obraban de una y otra parte en un mismo tenor, pero aunque se hizo una carnicería de enemigos no pudimos forzar sus parapetos por estar muy esforzados, que aunque más travajó nuestra valiente tropa, jefes y oficiales, se rompió el

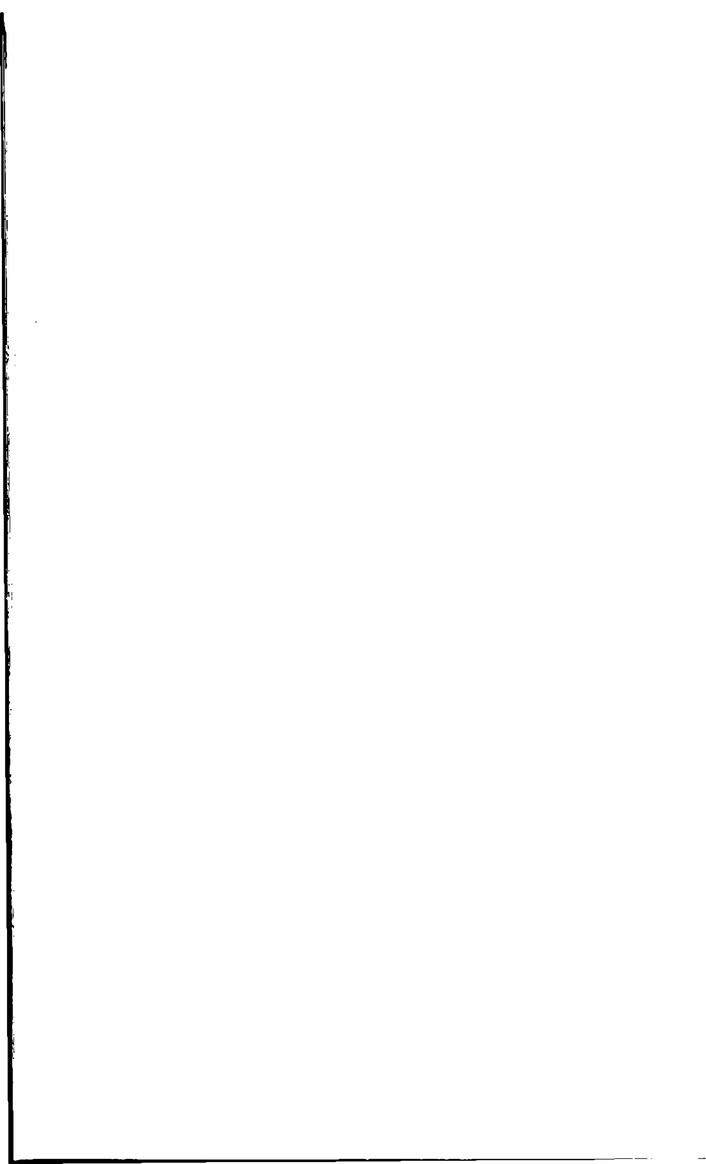
fuego hasta las cuatro de la tarde y quedándonos ya pocos pertrechos tuve a bien retirarme con el honor que acostumbran las tropas militares sin haber perdido más que diez hombres entre paisanos y tropa nuestra, por cuyo motibo anticipo esto a Vmd. para que se me tenga prontas seis reses de buen tamaño en el Guadual para racionar doscientos hombres; en Nachaco otras tantas y así sucesivamente hasta que me encuentre con Vmd., y debiendo acopiar plátano, arroz y toda raíz que se pueda, sin tocar con cinco cabezas de Policarpo Angulo que es el que se ha portado en su oficio con honor. Las caballerías estarán prontas en Nachao, que luego llegue al Guadual oficiaré a Vmd. para que se ponga el día citado en el Alto. — Dios guarde a Vmd. muchos años. — Cumbachira, 8 de junio de 1824. — Fdo. Agustín Agualongo". Era por demás lógico que el coronel Agualongo hubiera hecho mención de su herida si en realidad la hubiera recibido.

Y así, pues, se han frustrado los planes del tenaz caudillo pastuso, de salir a la costa por el río Telembí, dejando asegurada la posesión del puerto fluvial de Barbacoas para cuidar sus espaldas. Se diría que todo se conjura con-

tra él: su resolución de marchar hacia Nachao, punto cualquiera en la zona de El Castigo, más parece una trampa del destino, ya que también hacia allá se orienta, aunque desde bases distintas, el general José María Obando, con un fuerte golpe de soldados. Podía ser una cita del misterio o de la mala suerte. Región inhóspita, de El Castigo partían las plagas de langosta que de época en época arrasaban campos y sementeras a muchas leguas a la redonda.

Equivale a un inútil desgranar de hipótesis empeñarse ahora en configurar el verdadero propósito de Agualongo, si no es el de esconderse por algún tiempo en El Castigo, territorio poco poblado entonces, que sea como fuere, no le va a suministrar ni hombres ni bastimentos ni mucho menos armas. Ninguno de los rastreadores de la vida del jefe rebelde, que no se cuentan por legión, ha logrado adivinar cuáles pudieron ser en aquellas circunstancias de casi total desventura, sus verdaderas intenciones, sobre todo las relacionadas con el inmediato futuro. En compañía de unos cuantos partidarios suyos, probablemente desmoraliza-

dos, qué se proponía hacer Agustín Agualongo en aquella región ardiente, triste, solitaria, fuera de urdir otras pobres ilusiones y esperar?.



CAPITULO EN SORDINA

¡Esperar! Pero por imperio de lo ineluctable ya no esperó mucho tiempo el señor coronel Agustín o Juan Agustín Agualongo, porque exactamente veinticuatro días después de la fatalidad de Barbacoas, fue escrita la comunicación que viene en seguida, bosquejo de un drama que se aproxima a su desenlace:

"ALTO DEL CASTIGO — Junio 25 de 1824. — Al señor Coronel José María Ortega. — El 23 a las doce del día tomé esta altura al mismo tiempo que descubrí al enemigo que venía de Nachao al pueblo de El Castigo. Era conveniente dejarlos llegar, permanecer oculto y atacarlos el mismo día, porque una hora habría bastado para perder el tiro. Dispuse que el capitán Córdoba con 80 hombres bajase por una quebrada que favorecía su marcha y atacase el pueblo, y yo con 46 hombres acercar-

me por la altura a apoyar esta operación. Luego que me descubrí se pusieron en retirada, hice cargar al trote a Córdoba y se derrotaron. Una lluvia y el vosque no dejó que todos cayesen en mis manos. Pernoctó Córdoba en Nachao; el 24 salieron partidas en todas direcciones y logré la aprehensión del incendiario de Barbacoas, el general Agualongo, el coronel Joaquín Henríquez, el capitán Francisco Terán, el capitán avanderado Manuel Insuarte, doce hombres, doce fusiles, una caja de guerra y la vandera de sangre están en mi poder. Protesto a VS. que la mayor parte o el todo de este buen éxito es debido a la audacia y precaución del capitán Córdoba. Yo recomiendo mucho su comportamiento como el de igual clase Romualdo López y teniente Domingo Torres. Me he atrevido a ascender al sargento segundo Eustaquio González a sargento 1º, a los cabos primeros Andrés Ruiz y Pedro Quiñones a sargentos 2ºs por conducta atrevida. El número de enemigos era de 87; en Guadual han quedado otros. Todos han de ser prisioneros o morirán de hambre. Aquí dejaré sesenta hombres cogiendo esos restos miserables; mañana seguiré para Mercaderes, en El Trapiche fuci-

laré al coronel Henríquez y a los dos capitanes y llevaré a esa al general para que el gobierno le haga las averiguaciones que creo son importantes. — Dios guarde a VS., José María Obando. — Adición: el teniente Matías Peralta fue fucilado el 22. . ."

Algunos historiadores aceptan que el apellido del abanderado de Agualongo fuera Insaurte; en realidad, parece ser una adulteración del apellido Insuasti, que si no es originario del Sur colombiano, ha sido bastante conocido al menos en secciones de importancia como el Municipio de Yacuanquer. Si bien es cierto que en cuestiones onomásticas la variedad carece de límites, en el caso del capitán abanderado de Agualongo, la existencia ampliamente comprobada del apellido Insuasti y la rareza de Insaurte, dan pleno fundamento para la admisibilidad del primero. Valga, pues, aclimatar la creencia de que fue Manuel Insuasti el militar rebelde a quien le cupo en suerte, bastante negra y dolorosa para un guerrillero veterano como él, entregar la "bandera de sangre", última insignia y poco menos que fúnebre, de la resistencia monárquica; no vale la pena dudar que fuera la misma que Agualongo llevara con-

sigo en otras jornadas memorables. Se verían extraños, un poco solitarios a pesar de su fiel compañía, y desde luego descoloridos, en las tierras desiguales y bien llamadas de El Castigo, el gualda y el rojo de tantas leyendas inmarcesibles y de tanta grandeza en mundos donde no se puso el sol. Y acaso estarían rotos, apenas recosidos, formando un emblema adecuado, ya insustituíble para ochenta y siete su jetos desfallecientes, condenados también a una ruptura definitiva con su esperanza.

En cuanto a una posible traición del general José María Obando, tema que no ha faltado en la crítica o en el razonamiento de algunos escritores, no aparece la ética con argumentos incontrovertibles para sentar la base sólida del calificativo de traidor aplicado al célebre general payanés. En sus primeros tiempos beligerantes, también Obando fue guerrillero, batiéndose sin tregua contra los republicanos, y en asocio de los temibles facciosos del Patía y probablemente en asocio del mismo Agualongo, con quien después de la captura desplegaría todas las consideraciones de un viejo amigo, con excepción de una sola, la de permitirle la fuga y muchísimo menos, la de ponerlo vo-

luntariamente en libertad. Hacía ya tiempo que Obando había jurado la Constitución, habiendo asumido el servicio de la República por su libre raciocinio; su conocimiento del territorio y de su habitancia, lo convirtió bien pronto en un elemento inapreciable para la estrategia libertadora en el Sur. Y ya en carácter de oficial republicano, con juramentos qué respetar y con órdenes qué cumplir, ¿debía hacerse de la vista gorda y rehuir todo enfrentamiento con su antiguo correligionario Agustín Agualongo?. ¿Cometió una deslealtad con Agualongo, siendo leal a la República? ¿O la vieja amistad lo obligaba a traicionar la fe jurada, en homenaje a los antiguos sentimientos?. Hay, en fin, situaciones mentales que son más bien efectos del cristal político que las mira y que en todo caso no conseguirán alterar la esencia de los hechos históricos. Lo que unos hombres hicieron en lejanas épocas hecho quedó, aunque al ser examinado después, no reciba la consagración de la unanimidad, que tampoco es cosa de este mundo.

"Cayó, pues, el guerrillero, a los trece años de indomable combatir al pie de las ya desteñidas banderas del rey", dijo alguien en San

Juan de Pasto, y su captor, el general José María Obando, anotó en sus *Apuntamientos* y entre otras cosas las siguientes: "Hice los mayores esfuerzos por que también fueran indultados, por el respeto e interés que me inspiraba un guerrero valiente y generoso, cuyas hazañas y moderación había presenciado yo en aquella larga y obstinada guerra. Todo es relativo en este mundo, y Agualongo había sido demasiado grande en su teatro, tanto por su valor y constancia, como por la humanidad que había desplegado e incompetencia de tantas atrocidades cometidas contra ellos. Yo pude haber manchado mis manos con la sangre de aquellos desgraciados en un tiempo en que era mayor el lucimiento cuanto era mayor la matanza; pero no quise igualarme a los bárbaros...".

No pierde nada el ciudadano de la Colombia de hoy que estudie serenamente los tiempos, las influencias religiosas, el medio físico en que se desarrolló ese rudo e inverosími capítulo de la historia del país, y la acción indómita, vendeana, soberbia, de Juan Agustín Agualongo; no pierde nada ni en sus ideas ni en su nacionalismo, por el contrario, hace gala de imparcialidad, de calma en el análisis, de formación

liberal y de ánimo esclarecido para juzgar los acontecimientos del Sur que fueron la etapa postrimera en el proceso de consolidación de la patria libre. Algo perdería de altura en su estilo humano, si se dejara guiar por los espectros de un rencor tardío o por un desdén altanero e inútil, todo lo cual en alguna forma significara condenar todavía hoy y sin misericordia la actuación valerosa aunque ingenua, si se quiere, de los compatriotas que optaron por resistirse a la Independencia. Y nadie que goce de sindéresis elemental y admita sin recelo que la desigualdad en los sentimientos es un principio simple en la humana filosofía se irritará con Agualongo porque se enfrentó a Bolívar, a Sucre, Salom, Mires, Córdoba, Flórez, Valdés, Mosquera, Maza, Sanders y posiblemente a Nariño, también a otros astros de la constelación republicana, en nombre de su rey amado aunque desconocido, y de la religión que trajeron a San Juan de Pasto los franciscanos, los dominicos, los jesuítas, los mercedarios y las reverendísimas monjas del Convento de la Concepción.

JULIO 13, 1824

La alegría del coronel Juan José Flórez rebasó toda frontera cuando el de igual grado José María Obando le comunicó el final apresamiento de Agustín Agualongo. Sin duda alguna se echó varios "palitos" al coleto, como todo buen venezolano y además, militar de profesión, y nada de cómico habría sido que bailara sin música unos pasos de joropo para exteriorizar su acalorada satisfacción. Se cuenta y el caso que aquí se menciona no implica disonancia, que don Adolfo Hitler, personaje de este siglo, a quien el mundo recuerda por varios graves motivos, bailó también sin música un par de compases alemanes frente al Arco del Triunfo o a la Torre Eiffel, en el curso de su visita a Paris, después de la derrota de Francia. Porque en todas partes, bajo todos los soles, en medio de todos los climas,

hechos ocurren que han de celebrarse con la ingestión de ciertos líquidos espiritosos, con risas, abrazos, danzas, malas palabras y pirotecnia. A ningún investigador le ha venido a la calamorra la idea de averiguar si en el curso del festejo o inmediatamente después, don Juan José Flórez produjo el memorial cuya lectura se propone a continuación: "Pasto, julio 3 de 1824. — Al señor Intendente del Cauca. — Acabo de recivir en este momento comunicación del comandante Obando, en la que me da parte de la muy interesante y gloriosa aprehensión que ha hecho en el punto del Castigo, del corifeo de la rebelión de Pasto, Agustín Agualongo, y otros consocios suyos. En el mismo aviso me advierte de conducirlos a esa Intendencia a disposición de VS., y creo un deber mío hacer una reclamación de esos memorables personajes, primero porque siendo los héroes de la maldad que han representado en esta ciudad y su cantón excecrable farza que inventaron en ella, por último desenlace de la escena deben ser heridos con la espada de la justicia, no tanto para su castigo sino para la importante impreción que debe obrar la vista de su suplicio en los ánimos de los demás y

que se destierre de ellos toda levadura de sedición. Segundo, porque existen motivos urgentes de indagaciones de consecuencia que sería difícil evacuarlas a distancia. Tercero en fin porque entre otras razones que omito para no ser molesto a VS., la estúpida malignidad de muchas personas da por falsa la presa de esos genios de la iniquidad y turbulencia, y quiero que para sofocar de una vez tan necia incredulidad y para colmo de su amargura tengan con su aspecto una prueba irresistible, cual es la inspección ocular. En conclusión, debo, pues, pedir a VS. se sirva remitirme a la brevedad posible a esos hombres con la escolta suficiente para su seguridad y al cargo de un oficial de su confianza, por no ser acto (sic) al intento el que conduce esta comunicación, en la inteligencia de que yo haré se reciban en la línea del Juanambú. — Dios guarde a VS., Juan José Flórez".

Aparte de las razones de jurisdicción y de autoridad a las que en ningún caso habría de renunciar, el Intendente del Cauca, coronel José María Ortega, veterano de la Independencia, de quien más adelante se intercalará una nota biográfica, se imaginó tal vez que el ren-

cor y el fuego de la venganza, ardiendo siempre en el imborrable recuerdo de los palos de Catambuco, endiablaría el comportamiento de Flórez respecto de Agualongo y de sus compañeros, y quizá se producirían abusos y crueldades antes de la ejecución, que inevitablemente sería su sentencia. Y el coronel Ortega no se demoró en responder así la nota de don Juan José:

"Para contestar el folio de VS. de fecha 3 del corriente, que acabo de recibir, en que reclama a los facciosos Agualongo, Henríquez, Terán e Insaurte (sic) solo debo decir a VS. dos cosas, primera, que habiendo sido hechos prisioneros por una partida de las tropas del Cauca y en su territorio, la Comandancia General de él es la que debe conocer de su causa, y segunda, que siendo su castigo tan público como debe ser, no solo escarmentará a los facciosos de Pasto, sino a todos lo que sean enemigos de la libertad. Si VS. tenía motivos urgentes para indagaciones de consecuencia, pudo con la partida que condujo este pliego de VS. haberlos manifestado a esta Comandancia General, quien con el mismo interés de VS. habría tratado de descubrir la verdad. —

Dios guarde a VS., José María Ortega". La nota anterior le clausuró a Flórez toda posibilidad de insistir.

En sus varias veces citados *Apuntamientos para la Historia,* refiere el general José María Obando que cediendo a las generosas instancias de Agualongo, tuvo a bien conceder indulto al coronel Estanislao Merchancano, a quien el caudillo vencido escribió, aconsejándole que se estableciera en Popayán donde su vida no correría peligro alguno. Merchancano se encontraba entónces en el Cantón de La Cruz y por razones familiares prefirió dirigirse a San Juan de Pasto, al amparo del indulto. Todo fue cortesía, atenciones y melosidad por parte de Flórez en el curso de los primeros días; pero una noche, el gobernador de la Provincia expresó repentino temor de que algo le sucediera al aventurarse por las calles oscuras y desamparadas, de regreso a su domicilio, y dispuso que lo acompañara un oficial subalterno, de apellido Vela, español de origen. Y en realidad, algo infinitamente desagradable — término empleado por Flórez — le sucedió al sobredicho Merchancano, pues según el relato de Obando, "al pasar por la plazuela de San Sebastián,

Vela desenvainó su machete, cortó la cabeza a Merchancano y. . . asunto concluido". Las averiguaciones y los interrogatorios y los llantos y demandas de la viuda, tanto como las repetidas promesas gubermentales de hacer justicia, no condujeron a nada. Pasó el tiempo y el crimen quedó impune.

De acuerdo con disposiciones penales dictadas por el vicepresidente Santander contra conspiradores, se abrió una especie de juicio en Popayán contra el coronel Agualongo y sus tenientes. Sin embargo, de toda evidencia eran prisioneros de guerra y como tales debían estar amparados por el derecho de gentes. En su caso, que bien merecería atención y estudio de penalistas contemporáneos, paisanos del caudillo, parece haber primado en últimas el espíritu del vencedor sobre la condición del caído. No hubo ambiente, por ejemplo, para examinar si Agualongo y los suyos eran culpables de tantos delitos de guerra como los que cometieron Bartolomé Salom, Juan José Flórez, Arturo Sanders, Juan de la Cruz Paredes, Hermógenes Maza y otros republicanos, encargados de una tarea de pacificación que sin exceso imaginativo, alguna similitud guardó con la que años

antes realizaran don Pablo Morillo y sus subalternos. No quedó huella de que a los acusados se les comprobara un asesinato, una tortura, una crueldad que emulara a la que sufrieron las "parejas" del Guáitara. Tan inanes serían los cargos, fuera del de desconocimiento de la Constitución, que ni siquiera el fiscal del rápido proceso abogó por la pena de muerte. Sí, eran rebeldes; sí, eran facciosos; sí, defendían un absurdo con las armas en la mano; sí, eran culpables de una guerra civil. Merecían por tanto la pena capital? Recae sobre el coronel José María Ortega la absoluta responsabilidad de la sentencia, y no estará por demás suponer que no admitía observación su autoridad sobre los oficiales reunidos para juzgar con estilo de consejo de guerra al coronel Agualongo y sus tenientes.

Entre líneas la historia deja entrever la posibilidad de que tanto el Intendente Ortega como los vocales hubieran modificado su decisión si a su turno Agualongo se hubiese mostrado dispuesto a rectificar su conducta anterior; se le hizo entender que al sumarse a los republicanos y jurar la Constitución, podría conservar su grado militar, aunque sin mando

de tropas; lo mucho que tendría que hacer a partir de su incorporación a la República sería colaborar en el implantamiento definitivo de la paz en su Provincia.

Y es cierto que varios de los militares de guarnición en Popayán se empeñaron amistosamente en convencerlo, en hacerle ver que hasta su propio nacimiento lo liberaba de seguir atado a una causa extranjera, ya totalmente perdida. ¡Si hubiera sido español! Pero había nacido en tierras ahora libres, ahora dueñas de su nacionalidad y de su destino. Recibió alguna vez órdenes directas de España? A lo mejor en la Península se ignoraban sus esfuerzos y hasta su nombre. A las seducciones cordiales de los oficiales republicanos, unió las suyas un español, el presbítero don Félix Liñán y Haro, secretario del Obispo Jiménez, que siguiendo el ejemplo de su prelado se acogió también a la Constitución, atraído por el discernimiento del Libertador y sus ideas en relación con el culto católico en la nueva República. Y fue una de argumentar, de construir silogismos y de pintar en colores fascinantes los incentivos, los fines y aún las amenidades de la existencia. Por otro lado, era ya seguro que Espa-

ña no volvería, respetuosa de las transformaciones rotundas, irrevocables, ocurridas en América, y en tales circunstancias era de esperar que tampoco condenaría a sus antiguos súbditos americanos que optasen por plegarse a la realidad. Sus lazos anteriores estaban rotos, sus compromisos disueltos, eran dueños de su conciencia.

El sacerdote vertió en el empeño todos los recursos de su dialéctica, que no eran pocos, y no existe motivo alguno para pensar que no hiciera lo mismo con el torrente de su sinceridad. Cualquiera habría dicho, sin embargo, que el posible catecúmeno era un hombre de acero, tal vez un impenitente, que no derrochaba palabras, que no se veía acosado por la necesidad de explicar ni su concepción de gobierno ni sus sentimientos; esencia y definición les habían sido dadas por su propio estilo de vida y no las cambiaría nunca, así su olvido o su renunciamiento fueran las únicas condiciones para salvarse de la pena capital.

De todas las pruebas de valor y de altivez que a lo largo de su existencia dió Agualongo, ninguna alcanzó la dimensión increíble de su actitud frente a la muerte, y es esa, sin duda,

la mayor de sus victorias. Nada logró quebrar su negativa, ni la visión de una vida en paz, ni las charreteras republicanas, ni el cordial ambiente que los militares colombianos trataron de crearle en la prisión. Despertó simpatías en las clases populares de Popayán; damas de alta posición social le hicieron llegar regalos que agradeció cortesmente; sus centinelas no ocultaban la admiración que su serena hidalguía les causaba. Fue la comidilla de Popayán en aquellos días; muchos lo imaginaban de gigantesca estatura y apenas la suya era mediana; otros comentaban su trayectoria como una sucesión criminal y nadie pudo equivocarse tanto; para algunos no era más que un indiecillo insignificante y atrevido, y fue un gran indio rebelde, estóico, temerario, batido como un adalid; no faltó quien creyera que su muerte le abriría las puertas del olvido, y los que en realidad le abrió fueron las puertas de la leyenda. Y así, en medio de general expectativa, amaneció el 13 de julio, fecha calendaria a que hace marco de luto la nota que viene a continuación:

"Popayán, 17 de julio de 1824. — Al Secretario de Guerra en los Despachos de Guerra y

Marina. — El 13 del corriente han sido ejecutados los facciosos Agustín Agualongo, Joaquín Henríquez, Francisco Terán y Manuel Insaurte (sic). Sin embargo que la publicidad y multiplicación de sus crímenes era bastante para haberlos fusilado en el momento, se les siguió causa conforme al último Decreto contra conspiradores y aplicó la pena que en él se indica. Aunque en el dictámen para sentencia se separa el Asesor de la pena capital que impone el Decreto citado a los oficiales conspiradores de mayor complicidad, yo por el mérito de la causa manifestado por el mismo Asesor y porque los he encontrado por la misma razón convictos y confesos, les apliqué la última pena.... — José María Ortega".

Este documento no hace honor al Intendente del Cauca, porque no consigna el severo raciocinio que se supone debía anteceder a la ejecución de unos militares que venían combatiendo abiertamente desde trece años antes por una causa conocida. Ya no eran conspiradores, eran soldados en campaña. El documento no demuestra que los ajusticiados fueron vencidos en juicio, ni siquiera que hubo una detallada relación penal de sus "crímenes". Probable-

mente el consejo de guerra no fue más que un tribunalillo de subalternos, destinado a tapar apariencias, y no dejó huellas de proceso para los archivos ni registros ni papel alguno que contuviera actas procesales como las que estructuró don Estanislao Merchancano cuando en cumplimiento de órdenes superiores, abrió juicio y no precisamente sumario, contra el coronel Alejandro Macaulay. Y hasta cierto punto, el parte de la ejecución, tan breve como irrazonado e intrascendente, que enviara el coronel Ortega al Secretario de Guerra y Marina, desmiente los rumores que quedaron flotando en la tradición acerca del cauteloso propósito del funcionario de suspender la acción de la justicia militar a cambio de la abjuración de Agualongo a sus principios. Sería trivial dudar que el gran indio vió en ese renunciamiento su único, su máximo crimen, y no se sintió capaz de cometerlo. En todo caso ,habrá que convenir que la actuación del coronel Ortega correspondió a las costumbres de la época y al implacable espíritu de la pacificación del Sur; en la misma forma fusilaron don Bartolomé Salom y don Juan José Flórez sin formalismos, sin consideraciones, y ni siquiera cons-

tituye un crédito a favor del coronel Ortega, el mencionado tribunalillo de que se sirvió no para examinar las razones de la justicia y permitir la defensa de los acusados, sino para aplicar un Decreto reciente contra conspiradores.

Al señor presbítero don Rafael María Carrasquilla se debe una biografía quizás no muy difundida de don José María Ortega, general desde 1827. Sorprendido en plena adolescencia por el ímpetu de la guerra emancipadora, se alistó como cadete en el Batallón Auxiliar que comandaba don José Moledo; corriendo los días se halló entre los primeros ciento cincuenta granadinos enviados a Venezuela en auxilio de Bolívar. Sus compañeros fueron Antonio Ricaurte, Luciano D'Eluyart, Joaquín París, Atanasio Girardot, Francisco de Paula Vélez; su jefe fue el general José Félix Rivas. Estuvo presente en numerosas acciones y destacada sería su conducta militar, ya que antes de los veintiún años era teniente coronel. Después de la batalla de La Puerta y del sitio de Valencia, donde recibió graves heridas, la existencia del teniente coronel Ortega se convierte en tema de una novela romántica: lo salva su joven es-

posa del lanceamiento a que condenó Tomás Bobes a los rendidos en Valencia, y la pareja vive días de angustia y miseria en una casucha del monte, donde los dos oraban ante una estampa de la Virgen de Chiquinquirá, para sentirse reconfortados y conservar la esperanza. Descubierto, una patrulla realista lo conduce en compañía de su esposa nada menos que a presencia del Pacificador Morillo, y nadie sabe por qué este señor no ordenó de inmediato su fusilamiento. Lo condenó sin embargo, a una vergonzosa humillación: servir como recluta en las filas del coronel Tomás Morales, de quien Bobes decía: "Este Morales es un buen muchacho, solo que es un poco sanguinario". El infortunado recluta se halló en el sitio de Cartagena y lo que allí pudo hacer no consta en archivos ni en tradiciones. Se sabe que Morales le dió grado de sargento y que después, a punto de ser fusilado para castigar en él la deserción de varios soldados de su compañía, unos oficiales españoles consiguieron el aplazamiento de la sentencia y le facilitaron la fuga. Estuvo oculto en Santafé hasta la llegada de Bolívar, después de Boyacá.

Salvo opacas actuaciones en contiendas civi-

les, la segunda parte de la vida del general Ortega estuvo copada por servicios de lata y mediana burocracia; no fue partidario de la dictadura del Libertador, pero jamás le negó su respeto, su amistad y su admiración. Fue consejero de Estado, ocupó curul en el Congreso, fue comandante general en Santa Marta y Cundinamarca, intendente en el Cauca. Del padre Carrasquilla son estas líneas: "No tenía la instrucción que se adquiere en los libros, ni la elocuencia aprendida en las escuelas, pero poseía entendimiento clarísimo, sumo conocimiento de los hombres y los negocios, y aquel buen juicio práctico tan escaso en esta tierra pródiga de talentos... Defendió siempre con brío los principios del orden, amó la libertad cristiana y nunca quiso la anarquía o la licencia".

No era explicable que a la Península no llegaran noticias de Agualongo; en qué extensión y detalle no se sabe, pero tardíamente, y tarde también se reconocieron sus méritos. Al hablar de su fin, un cronista pastuso anotó que "por una ironía de la suerte, cuando estaba en capilla en Popayán, llegó a San Juan de Pasto la Cédula Real que le confería el grado de General

de Brigada, tardía e inútilmente expedida por don Fernando Séptimo en Aranjuez".

Ciertamente la de Agualongo fue una vida heroica y para los tiempos, ciertamente desorientada; con otro rumbo habría sido más brillante y colmada de elogios por la posteridad. O tal vez Agualongo republicano habría sido tan solo un coronelillo más, de los muchos que comprometieron su existencia y sirvieron con valor, pero que se quedaron en las sombras, máxime con una o varias menciones en los cuadros del Estado Mayor. En todo caso, otro oficial en el montón. Pero no por lo desorientada, la vida del general Agustín Agualongo fue una vida bandolera y condenable, ni dejó de ser un ejemplar, un admirable monumento a la lealtad que los hombres deben a sus convicciones y sus sentimientos. No es fácil hallar una figura semejante a la suya en la historia colombiana; Agualongo resumió quién sabe qué atavismos incáicos, el cristianismo y la mística modelaron su sencillo corazón indígena y creyó con fe carbonera, de la que no abjuró nunca, ni a cambio de su vida, que le servía al Señor de las almas y de los Ejércitos a través del servicio al rey. Y tampoco se hizo la ilusión

de que ese rey distante, casi mitológico, premiara con glorias y gratitudes su conducta. Si algún desinterés personal hubo a lo largo de toda una vida, en ningún momento pudo ser superior al suyo. Y en esas condiciones, es justo convenir en que si el general Agustín Agualongo no fue un hombre iluminado, por lo menos fue un hombre puro. Lo demás, su origen humilde, la falta de pulidez de sus zonas intelectuales, su tozuda posición frente al arrebato y a la gloria de la Independencia, ni arruinan ni siquiera empañan su recuerdo.

"¿Debió fusilarse a Agualongo?" pregunta el doctor Antonio José Lemos Guzmán en su celebrada biografía del general José María Obando, *De Cruz Verde a Cruz Verde*, y él mismo contesta: "...militarmente quizás sí, pero esa vida algo valía, era respetable, el hombre tenía dimensiones heroicas, simbolizaba una viva raíz de nuestra estirpe y no era traidor, sino simplemente un rebelde convencido, con el revoltillo en la mente inculta, de ideas políticas atrabiliarias y exasperados sentimientos religiosos. Don Juan Montalvo lo exalta, y su nombre aún vive; tal vez se merecía la clemencia, y más que todo porque no fue sanguinario.

Obando rehusó mancharse con esa linfa altiva, pero no fue oído. Agualongo en todo caso fue grande, y es también un prócer colombiano, si no de la libertad, sí de la rebeldía".

EPILOGO I

En una película colombiana para televisión, cuyo tema fue la vida del general José María Córdoba, apareció una personificación bastante trivial, más bien un simulacro de Agustín Agualongo en algunas escenas que lo presentaron como un indiecito atortolado y vulgar, vestido con una ruana de dos tapas, a la manera de la "cuzma" de los naturales de Sibundoy, pantalón de lienzo que aparecía más o menos blanco y arremangado a la rodilla, sombrero de paja, de anchas alas, muy posible, y luciendo un bigote no muy espeso; todo lo cual más correspondía al libre ingenio del ambientador y del encargado del vestuario. En el caso específico del bigote, no se tuvo en cuenta que los indígenas del Sur han sido generalmente barbilampiños.

Sus gestos y ademanes eran rápidos y ner-

viosos, impropios de un hombre tan callado, sereno y taciturno como el auténtico Agualongo. De otra parte, el guerrillero fue siempre altivo y orgulloso, lo comprueba en exceso su indiferencia o mejor dicho, su rechazo final al perdón, y si alguna vez se arrodilló, lo sería ante los crucifijos y las imágenes santas de las cuales fue devoto, en especial, ante la imagen de la Virgen de las Mercedes. La televisión lo mostró arrodillado ante varias monjas del muy famoso monasterio de la Concepción, y besando desaforadamente el ruedo de sus hábitos talares.

Si bien cada cual es dueño de darle a su imaginación el vuelo que le plazca, y sobre todo en materia peliculesca, en ninguna parte consta otro de los sucesos, tema de la obra comentada, a saber, que el general Córdoba obligara al caudillo pastuso con una monumental paliza militar, a refugiarse en el citado convento, después de correr enloquecido por lomas, barrancos, rastrojos, páramos y soledumbres. Lo evidente es que las monjas, tan bondadosas como adictas al rey Fernando VII, violaron ellas mismas su conventual clausura para acoger al rebelde y a su estado mayor cuando, como siem-

pre en inferioridad numérica y penuria de armas, peleaba una de las tantas veces que lo hizo, contra el coronel Juan José Flórez en San Juan de Pasto. *Pictura historiis ad libita televisarum decorata.*

En una de las secuencias finales de la película, relativas al prisionero Agualongo, se decidió mejorar su atuendo, de tal manera que no fuera fusilado con la ruana original, descalzo y con los pantalones de lienzo arremangados en las rodillas. La verdad es que la Comandancia General del Cauca, atendiendo su solicitud, le permitió vestir su uniforme de coronel para el momento supremo, uniforme que de todas maneras no sería igual al de los coroneles republicanos, como parece mostrarlo la película.

Lo que no admite duda es que el último general de la monarquía en tierra colombiana libre, tuvo derecho para usar y usó vestidura militar desde 1811 cuando firmó la planilla de alistamiento; sería entonces el menguado equipo de un recluta, pero en fin de cuentas debía ser el indumento de un soldado. Distinto es que las charreteras, los alamares y otros adornos deslumbrantes, no dieran testimonio de sus ascensos.

EPILOGO II

Importantes ciudadanos pastusos acometieron en diversas épocas la tarea laboriosa de buscar los restos del General Agualongo, que según indicios de la historia fueron sepultados en la nave izquierda de la iglesia de San Francisco en Popayán, mientras los de sus compañeros de la fe, de la vida y de la muerte, fueron llevados al cementerio común.

La más decidida y generosa persecución fue desatada por don Alfonso Ibarra Revelo a quien no le quedó rincón por escudriñar ni archivo por revolver; interrogó a la ancianidad, visitó a la sapiencia histórica, pero la suerte no lo condujo al osario donde reposan hasta ahora los despojos del guerrillero. Ojalá don Alfonso no haya perdido la esperanza, aunque pierda en su tesonero emprendimiento el color de su cabello y su cabello mismo. Agualongo

regresaría entonces a su antiguo San Juan de Pasto, Ciudad Teológica, Ciudad Sorpresa, sin tantos apodos y adiciones inútiles simplemente Pasto. Y Pasto alzaría el mausoleo que la osamenta de su héroe merece; habría ceremonias religiosas y civiles, y discursos académicos al estilo de la vida moderna y tal vez en el convento de las monjas concepcionistas se rezaría una novena de acción de gracias por el retorno tardío pero anhelado del paradigna de una virtud en los tiempos presentes escasa y difícil, la lealtad.

Atardeciendo el año de 1939, un gobernador del Departamento de Nariño se propuso modernizar hasta donde fuera posible la tradicional avenida de San Sebastián en Pasto, adecuada para desfiles, gimnasia estudiantil, ejercicios militares, procesiones y otros actos públicos. El proyecto llevaba en dos tramos la avenida hasta el Ejido de la ciudad, convirtiéndola no solo en una arteria para el tráfico, sino parcialmente en un paseo. Serio obstáculo para su realización vino a constituir la vieja iglesia que no era más que un caserón rectangular, ya sin campanas y sin misas, puesto que el centro parroquial había sido trasladado a la vecina

iglesia de la Panadería. Agréguese a la ninguna importancia de la arquitectura la ninguna importancia histórica de la decrépita fábrica religiosa; cuando mucho sus muros laterales sirvieron como una especie de telón de fondo para varios fusilamientos, lo que no les daba derecho a su perpetuación en calidad de testigos de la historia. Ciertamente, se trataba de una construcción al menos tricentenaria, pero a los edificios no les confiere realce histórico, artístico, legendario, el hecho inevitable de la pátina del tiempo, en lo que guardan semejanza con los seres del común que nunca sobresalen y que viven y mueren en el anonimato.

El funcionario negoció la compra de la iglesia de San Sebastián con el señor cura de la Panadería, autorizado a su vez por la máxima autoridad diocesana, y cumplidas las diligencias del traspaso, dispuso que la sección de Obras Públicas Departamentales procediera a la demolición del vetusto edificio. Una inesperada emoción cundió entonces entre algunas de las buenas gentes del vecindario, que formaron corrillos, se visitaron y entendieron en voz baja. No permitirían que el templo fuera demolido, por todos los medios se opondrían a seme-

jante desacato, pero era al fin y al cabo un testigo del pasado y sobre todo porque diversos convecinos suponían que debajo de los gastados ladrillos reposaban los restos de Agualongo. Fue necesario proteger a los obreros con policía y apelar a la prensa hablada y escrita para recordar prudentemente a los habitantes del barrio que aquellos huesos ilustres se hallaban en algún sitio sagrado de Popayán.

Hubo todavía conciliábulos, ceños fruncidos, incierto discurrimiento, situación que acabó por transformarse en paz y tranquilidad y más todavía cuando la operación de aterramiento nada produjo en el piso de la iglesia. Ni en las hornacinas, que años atrás fueron desamparadas por sus santas imágenes, ni en las paredes, ni en las bases de calicanto de los altares vacíos. Personas hubo que pacientemente presenciaron los trabajos, con ojo vigilante, por si acaso, o de todos modos presionados por su silenciosa incredulidad.

Los obreros que cuidadosamente derruían el coro, descubrieron para su sorpresa, en un rincón de las gruesas paredes del mismo, un cajón deteriorado que contenía restos humanos, que no conformaban un esqueleto, puesto que

faltaba la calavera. Ninguno de los domiciliarios del sector, a quienes se comunicó el hallazgo y lo examinaron, se sintió en condiciones de insistir en la falsa conseja de los despojos de Agualongo. Cuyos recuerdos, analectas y leyendas se conservarán en Pasto a lo largo de las edades, sin necesidad de que su huesa hubiera sido encontrada en la desaparecida iglesia de San Sebastián.

Apenas escrito lo anterior, llegan noticias sobre el hallazgo —!por fin!— de los restos, tan persistentemente buscados. Parece que le cupo en suerte a otro buscador de las venerables reliquias, el Dr. Emiliano Díaz del Castillo, descubriéndolas en alguna dependencia de la iglesia de San Francisco, en Popayán, e identificándolas gracias a sus informaciones históricas personales y a la ayuda científica de destacados osteólogos de la mencionada ciudad.

Ojalá, pues, no haya dudas, mucho menos incredulidad y muchísimo menos equivocación. Que haya palmas, en cambio, para el afortunado descubridor y que al fin reposen en su tierra amada los huesos del General Agualongo, calmando de paso los angustiados reclamos de Monseñor Justino Mejía y Mejía, sacerdote de

merecidas campanillas, escritor de grande estilo, adicto a la historia como al latín y al cánon, y que alguna vez se lamentaba de la ausencia contemporánea de Agustín, baleado por rebelde a la Independencia en 1824. "Qué falta — dijo en 1973 — Monseñor Mejía y Mejía — nos está haciendo Agualongo el indio noblete, corajudo, híspido, terco, introvertido, caudaloso, agresivo, ceñudo, rollizo, metálico, místico... Qué falta nos está haciendo este Agualongo, epopeya pastusa de cuatro siglos, zumo de la sangre quillasinga, vértice de la gloria pastusa de ayer, monumento desnudo a la hombría y al valor, a la nobleza y a la lealtad...".

En las frases anteriores, Monseñor Mejía y Mejía da la pauta para el bronce que ahora ha de representar al general Agustín Agualongo en Pasto, con tanto honor como justicia. Será, quién se atrevería a discutirlo?, un "monumento a la hombría, al valor, a la nobleza y a la lealtad".—

EPILOGO III

El convento de las monjas concepcionistas o conceptas ha figurado a la manera de una decoración repetida, en este libro, lo que fácilmente se explica, por cuanto si no con positiva actividad guerrillera, que de todos modos hubiera sido imposible en aquellos católicos tiempos, la comunidad prestó valiosos auxilios a los resistentes pastusos con su gran estilo religioso y con la influencia de su callada pero sabida y rigurosa adhesión a la monarquía.

Después de Agualongo, siguió siendo por muchos años, santuario venerable, "nostálgico pozo de olvido", aplicándole una conocida frase poética del maestro Guillermo Valencia, para las reclusas que preferían su humildad y su silencio a todas las tentaciones y los encantos del mundo. Acogida con sincero beneplácito por San Juan de Pasto, la comunidad gozó de rentas, honradas sindicaturas se ocuparon de la

administración de sus bienes y del juicio y parquedad de sus expensas, asegurando en esa forma su beatitud y supervivencia.

Pero la vida común y las organizaciones humanas han sufrido profundos trastornos, los vientos actuales no soplan como soplaban los de hace ciento cincuenta y más años y a lo mejor, el diablo anda en ellos escondido; y ahora no existen Agualongos a quienes proteger ni reyes lejanos de la calidad y el dibujo de don Fernando VII en quienes representar la proyección soberana, todopoderosa del Altísimo. Por otra parte, la inextricable y cada vez más diabólica economía contemporánea asesta golpes sin discriminación y reparte exigencias y problemas, a que no escapan ni siquiera las seráficas vidas contemplativas.

Es así cómo, y según parece, atropellada por las importunaciones y los requerimientos que surgen todos los días en el inmenso refugio de orates que es el mundo de hoy, la santa comunidad de monjas conceptas del viejo San Juan de Pasto, su joya incomparable por antigüedad y por excelencia, se ha visto en la desapacible y apretada necesidad de enajenar valores de añoso y tranquilo dominio y no esperar más a que

los buenos corazones vengan como antes venían a palpitar en la benigna atmósfera de su portería, y por el contrario, ha roto su tradicional y reglamentaria clausura, tal vez para que las exreclusas se sacrifiquen buscándolos en persona.

Si a tal dolor se ha visto sometido en el Siglo XX el monasterio de doña Leonor de Orense, quién sabe cuántos otros habrá de sufrir cuando se posesione del antiguo San Juan de Pasto, el espíritu delirante del año 2000!.

EPILOGO IV

En un pequeño altozano, junto al camino que une las importantes poblaciones de Consacá y Sandoná, entre "bouganvilles", cafetos y otros árboles y plantas de clima medio, existía una casa de un piso cuya construcción, pintura blanca, pilares y pasamanos de color verde viejo y enladrillado común, aunque más o menos pulido, denotaban la calidad acomodada de sus propietarios, una pareja de campesinos, bastante entrada en bondades y en años, a quien se le conocía un hijo doctor que curaba enfermos en otros continentes y que según creencias, al suyo ya no volvería jamás. Frecuentes andanzas establecieron amistad invariable entre los septuagenarios dueños de casa y un político ocasional que solía viajar por la región en procura de simpatías, con prudente anticipación a los domingos electorales que le interesaban. La

pareja lo acompañó con sus votos cuantas veces se presentó la ocasión y el individuo así favorecido terminó por acostumbrarse a hacer alto en el promontorio del camino, para saludarla y ser atendido por ella con un delicioso café del producido y también tostado en la propiedad.

Una tarde de confidencias, crítica al gobierno y a los adversarios políticos, evocaciones y algo de aguardientillo del campo, el anciano propietario le insinuó a su esposa que trajera "la reliquia" para mostrársela a su amigo que, como era de elemental cortesía, desplegó el mayor interés por admirarla. La anciana, de cabello gris y algo coja y lenta por efectos de la artritis, trajo a la pequeña habitación donde se encontraban, una caja de cristal envuelta con cinta tricolor. Desatado el lazo de la cinta, la vieja señora extrajo con cuidado "la reliquia", de su cofre transparente. No era más que un rosario de cuentas negras un poco deterioradas y desteñidas, y con una crucecita que pudo ser de plata.

Los amables anfitriones del altozano no ocultaron una sonrisa al notar que la ninguna importancia de "la reliquia" era la causa real de



la sorpresa del visitante. En realidad, el objeto no representaba gran cosa, pero la emoción del viajero fue tan sencilla como cierta al oir que el dueño de la casa le decía: "Este rosario perteneció al general Agustín Agualongo, y según mi familia, se lo regaló a un abuelo mío que fue uno de sus soldados más fieles y que peleó junto a él en todas sus guerras".

Al examinar el humilde rosario que carecía de valor distinto al afetivo que los dueños de casa le atribuían, el transeúnte pensó que la caja de cristal en que lo conservaban debía estar ceñida con los colores de España, pero se abstuvo de expresar su impertinente y fugaz pensamiento; al fin y al cabo, los colores colombianos que engalanaban "la reliquia" personalísima del legendario caudillo, eran un símbolo de reconciliación, a tiempo que un ingenuo y afable homenaje a su recuerdo y a su alma.

Bajo la mirada visiblemente enternecida del dueño de casa y con cariñoso respeto, la señora volvió a guardar el rosario que de acuerdo con los verídicos testimonios familiares, le sirvió al general Agustín Agualongo para llevar la cuenta de sus oraciones. Ambos tenían moti-

vos para considerarlo como una reliquia, de la que no se hubieran desprendido por nada en el mundo. Si hubieran sido conservadores, más simple y fácil habría sido la explicación del devoto respeto con que la guardaban; pero no, ambos eran liberales. —

LAUS DEO

7

BIBLIOGRAFIA:

Sergio Elías Ortíz — El Convento de la Concepción.
Sergio Elías Ortíz — Agualongo y su Tiempo.
José Rafael Sañudo — La Colonia bajo la Casa de Austria
José Rafael Sañudo — Estudios sobre la Vida de Bolívar
Luis López de Mesa — De cómo se ha formado la Nación Colombiana.
Justino Mejía y Mejía — Boletín de Estudios Históricos
Kathleen Romoli — Colombia.
Alfredo Galeano — Monografía del Municipio de El Tambo.
Alberto Montezuma Hurtado — Introducción a la historia de los Caminos Colombianos.
Alberto Montezuma Hurtado — Nariño, Tierra e Historia
Fortunato Pereira Gamba — La Vida en los Andes Colombianos.
Rufino Gutiérrez — Repertorio Colombiano.
Aníbal Galindo — Batallas Decisivas de la Libertad.
José María Obando — Apuntamientos para la Historia.
Vergara y Scarpetta — Diccionario Biográfico.
Gustavo Arboleda — Historia Contemporánea de Colombia.
Luis Bermúdez de Castro — Bobes.

Antonio José Lemos Guzmán — Obando. De Cruz Verde a Cruz Verde.

Daniel Florencio O'Leary — Memorias.

Alberto Mario Salas — Las Armas de la Conquista.

José Manuel Groot — Historia Eclesiástica y Civil de la Nueva Granada.

José Manuel Restrepo — Historia de la Revolución en Colombia.

Carlos Pereyra — El General Sucre.

Guillermo Ruíz Rivas — Bolívar más allá del Mito.

Nicolás A. González — El Asesinato del Gran Mariscal de Ayacucho.

Abelardo Forero Benavides — Lecturas Dominicales.

Alfredo Díez Canseco — Historia del Ecuador.

Alfonso Ibarra Revelo — Agualongo.

Luis Martínez Delgado — Traiciones a la Independencia Hispanoamericana.

Carlos Delgado Nieto — Hermógenes Maza.

Carlos Cortés Vargas — Participación de Colombia en la Libertad del Perú.

José Félix Merizalde — Higiene.

José Hilario López — Memorias.

José Rafael Zarama — Biografías de Hombres Notables de Pasto.

Arcesio Aragón — Popayán.

Eduardo Riascos Grueso — Geografía Guerrera Colombiana.

Rafael María Carrasquilla — El General José María Ortega.

Archivo Nacional.

Se acabó de imprimir
este libro el día 12 de
junio de 1981, en los
Talleres Gráficos de
Editorial "COSMOS"
Bogotá, Colombia, S. A.